

OBRA
DE



DRPS
FA
852

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500776320

OBRA
DE
FIGARO

Ex Libris



Russell Perry Sebold III

Faltan los números 4, 7, 8 y 11.

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

D. JUAN PEREZ DE MUNGUÍA,



N.º I.º

¿Quién es el Público, y dónde se le encuentra?

Artículo robado.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Agosto de 1832.

FL DRPS/FA/0852

0500776320

EL PORRECTO HARIADOR

REVISTA SATIRICA DE GOBIERNOS, SOC. SOC.

EN MADRID

D. JUAN PEREZ DE MURCIA

N.º 1.

Quien es el Público y dónde se le encuentra?

Madrid

MADRID

REVISTA DE GOBIERNOS

1881

DOS PALABRAS.

No tratamos de redactar un periódico: 1.º porque no nos creemos ni con facultad, ni con ciencia para tan vasta empresa: 2.º porque no gustamos de adoptar sujeciones, y mucho menos de imponérselas nosotros mismos. Emitir nuestras ideas tales cuales se nos ocurren, ó las de otros, tales cuales las encontremos para divertir al público, en folletos sueltos de poco volumen y de menos precio, este es nuestro objeto; porque en cuanto á aquello de instruirle, como suelen decir arrogantemente los que escriben de profesion ó por casualidad para el público, ni tenemos la presuncion de creer saber mas que él, ni estamos muy seguros de que él lea con ese objeto cuando lee. No siendo nuestra intencion sino divertirle, no seremos escrupulosos

en la eleccion de los medios, siempre que estos no puedan acarrear perjuicio nuestro, ni de tercero, siempre que sean lícitos, honrados y decorosos. A nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecersele. Adoptamos por consiguiente con gusto toda la responsabilidad que conocemos del epíteto satíricos que nos hemos echado encima: solo protestamos que nuestra sátira no será nunca personal, al paso que consideramos la sátira de los vicios, de las ridiculeces y de las cosas, útil, necesaria, y sobre todo muy divertida.

Siendo nuestro objeto divertir por cualquier medio, cuando no se le ocurra á nuestra pobre imaginacion nada que nos parezca suficiente ó satisfactorio, declaramos francamente que robaremos donde podamos nuestros materiales, publicándolos íntegros ó mutilados, tra-

ducidos, arreglados ó refundidos, citando la fuente, ó apropiándonoslos descaradamente, porque como pobres habladores hablamos lo nuestro y lo ajeno, seguros de que al público lo que le importa en lo que se le da impreso no es el nombre del escritor, sino la calidad del escrito, y de que vale mas divertir con cosas ajenas que fastidiar con las propias. Concurriremos á las obras de otros como los faltos de ropa á los bailes del Carnaval pasado: llevaremos nuestro miserable ingenio, le cambiaremos por el bueno de los demas, y con ribetes distintos lo prohijaremos, como lo hacen muchos sin decirlo; de modo que habrá artículos que sean una capa ajena con embozos nuevos. El de hoy será de esta laya. Ademas, ¿quién nos podrá negar que semejantes artículos nos pertenezcan despues de que los hayamos robado? Nuestros serán indudablemente por derecho de conquista. Habrálos tambien sin embargo enteramente nuestros.

Siguiendo este sistema no podemos

fijar las materias de que hablaremos; sabemos poco, y aun sabemos menos lo que se nos podrá ocurrir, ó lo que podremos encontrar. Reirnos de las ridiculeces; esta es nuestra divisa: ser leídos; este es nuestro objeto: decir la verdad; este nuestro medio.

Aunque nos damos tratamiento de nos, bueno es advertir que no somos mas que uno, es decir, que no somos lo que parecemos; pero no presumimos tampoco ser mas ni menos que nuestros co-escritores de la época.

Quién es el Público, y dónde se le encuentra!

(Artículo mutilado, ó sea refundido. Hermito de la Chaussée d'Antin.)

El Doctor tú te le pones,
el Montalban no le tienes,
con que quitándote el Don
vienes á quedar Juan Perez.

Epigrama antiguo contra el Dr. D. Juan Perez de Montalban.

Yo vengo á ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo, como ya se echará de ver en mis escritos: no tengo mas defecto, ó llámese sobra si se quiere, que hablar mucho, las mas veces sin que nadie me pregunte mi opinion: váyase porque otros tienen el de no hablar nada, aunque se les pregunte

la suya. Entremétome en todas partes como un pobrecito, y formo mi opinion, y la digo, venga ó no al caso, como un pobrecito. Dada esta primera idea de mi carácter pueril é inocenton, nadie estrañará que me halle hoy en mi bufete con gana de hablar, y sin saber qué decir; empeñado en escribir para el público, y sin saber quién es el público. Esta idea, pues, que me ocurre al sentir tal comezon de escribir será el objeto de mi primer artículo. Efectivamente, antes de dedicarle *nuestras* vigili-
as y tareas *quisiéramos* saber con quién *nos* las *habemos*.

Esa voz *público*, que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodin de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vana de sentido, ó es un ente real y efectivo? Segun lo mucho que se habla de él, segun el papelon que hace en el mundo, segun los epítetos que se le prodigan, y las consideraciones que se le guardan, parece que debe de ser alguien. El público es *ilus-*

trado, el público es *indulgente*, el público es *imparcial*, el público es *respetable*; no hay duda, pues, en que existe el público. En este supuesto, ¿quién es el público, y dónde se le encuentra?

Sálgome de casa con mi cara infantil y bobalicona á buscar al público por esas calles, á observarle, y á tomar apuntaciones en mi registro acerca del carácter, por mejor decir, de los caracteres distintivos de ese respetable señor. Paréceme á primera vista, segun el sentido en que se usa generalmente esta palabra, que tengo de encontrarle en los dias y parages en que suele reunirse mas gente. Elijo un domingo, y donde quiera que veo un número grande de personas llámolo público, á imitacion de los demas. Este dia un sin número de oficinistas y de gentes ocupadas ó no ocupadas el resto de la semana, se afeita, se muda, se viste y se perfila: veo que á primera hora llena las iglesias, la mayor parte por ver y ser visto; observa

á la salida las caras interesantes, los talles esbeltos, los pies delicados de las bellezas devotas, les hace señas, las sigue, y reparo que á segunda hora va de casa en casa haciendo una infinidad de visitas: aquí deja un cartoncito con su nombre cuando los visitados no estan, ó no quieren estar en casa: allí entra, habla del tiempo, que no le interesa, de la ópera, que no entiende &c. Y escribo en mi libro: *el público oye misa, el público coquetea* (permítaseme la espresion mientras no tengamos otra mejor), *el público hace visitas, la mayor parte inútiles, recorriendo casas, á donde va sin objeto, de donde sale sin motivo, donde por lo regular ni es esperado antes de ir, ni es echado de menos despues de salir; y el público en consecuencia (sea dicho con perdon suyo) pierde el tiempo, y se ocupa en futesas*: idea que confirmo al pasar por la puerta del Sol.

Entrome á comer en una fonda, y no sé por qué me encuentro llenas las mesas de un concurso que, juzgando

por las facultades que parece tener para comer de fonda, tendrá probablemente en su casa una comida sabrosa, limpia, bien servida &c., y me lo hallo comiendo voluntariamente, y con el mayor placer, apiñado en un local incómodo (hablo de cualquier fonda de Madrid), obstruido, mal decorado, en mesas estrechas, sobre manteles comunes á todos, limpiándose las babas con las del que comió media hora antes en servilletas sucias sobre toscas, servidas diez, doce, veinte mesas, en cada una de las cuales comen cuatro, seis, ocho personas, por uno ó solos dos mozos mugrientos, mal encarados, y con el menor agrado posible; repitiendo este dia los mismos platos, los mismos guisos del pasado, del anterior y de toda la vida; siempre puercos, siempre mal aderezados; sin poder hablar libremente por respetos al vecind; bebiendo vino, ó por mejor decir agua teñida, ó cocimiento de campeche abominable. Digo para mi capote: ¿qué alicientes traen al públi-

co á comer á las fondas de Madrid? Y me contesto: *el público gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local.*

Salgo á paseo, y ya en materia de paseos me parece difícil decidir acerca del gusto del público, porque si bien un concurso numeroso, lleno de pretensiones, obstruye las calles y el salon del Prado, ó pasea á lo largo del Retiro, otro mas llano visita la casa de las fieras, se dirige hácia el rio, ó da la vuelta á la poblacion por las rondas. No sé cuál es el mejor; pero sí escribo: *un público sale por la tarde á ver y ser visto; á seguir sus intrigas amorosas ya empezadas, ó enredar otras nuevas; á hacer el importante junto á los coches; á darse pisotones, y á ahogarse en polvo; otro público sale á distraerse, otro á pasearse, sin contar con otro no menos interesante que asiste á las novenas y Cuarenta Horas, y con otro, no menos ilustrado atendidos los carteles, que concurre al teatro, á los novillos, al fantasmagóri-*

co Mantilla, y al circo olímpico.

Pero ya bajan las sombras de los altos montes, y precipitándose sobre estos paseos heterogéneos arrojan de ellos á la gente: yo me retiro el primero, huyendo del público que va en coche ó á caballo, que es el mas peligroso de todos los públicos; y como mi observacion hace falta en otra parte, me apresuro á examinar el gusto del público en materia de cafés. Reparo con singular estrañeza que el *público tiene gustos infundados*: le veo llenar los mas feos, los mas oscuros y estrechos, los peores, y reconozco á mi público de las fondas. Por qué se apiña en el reducido, puerco y opaco café del Príncipe, y el mal servido de Venecia, y ha dejado arruinarse el espacioso y magnífico de Santa Catalina, y anteriormente el lindo del Tíboli, acaso mejor situados? De aqui infiero que *el público es caprichoso.*

Empero aqui un momento de observacion. En esta mesa cuatro militares disputan, como si peleáran, acerca

del mérito de Montes y de Leon, del volapie y del pasatoro; ninguno sabe de tauromaquia; sin embargo se van á matar, se desafian, se matan en efecto por defender su opinion, que en rigor no lo es.

En otra cuatro leguleyos, que no entienden de poesía, se arrojan á la cara en forma de alegatos y pediimentos mil dicitrios, disputando acerca del género clásico y del romántico, del verso antiguo y de la prosa moderna.

Aqui cuatro poetas, que no han saludado el diapason, se disparan mil epigramas envenenados, ilustrando el punto *poco tratado* de la diferencia de la Tossi y de la Lalande, y no se tiran las sillas por respeto al *sagrado* del café.

Alli cuatro viejos, en quienes se ha agotado la fuente del sentimiento, avaros, digámoslo asi, de su época, convienen en que los jóvenes del dia estan perdidos, opinan que no saben sentir como se sentia en su tiempo, y echan abajo sus ensayos, *sin haberlos querido leer siquiera*.

Acullá un periodista *sin período*, y otro periodista con *períodos interminables*, que no aciertan á escribir articulos que se vendan, convienen en la manera indisputable de redactar un papel que llene con su fama sus gavetas, y en la importancia de los resultados que tal ó cual artículo, tal ó cual vindicacion debe tener en el mundo, que no los lee.

Y en todas partes muchos majaderos, que no entienden de nada, disputan de todo.

Todo lo veo, todo lo escucho, y apunto con mi sonrisa, propia de un pobre hombre, y con perdon de mi examinando: *el ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende*.

Salgo del café, recorro las calles, y no puedo menos de entrar en las hosterías y otras casas públicas: un concurso crecido de parroquianos de domingo las alborota merendando, ó bebiendo, y las conmueve con su bulliosa algazara: todas estan llenas; en todas el Yepes y el Valdepeñas mue-

ven las lenguas de la concurrencia, como el aire la veleta, y como el agua la piedra del molino; ya los densos vapores de Baco comienzan á subirse á la cabeza del público, que no se entiende á sí mismo. Casi voy á escribir en mi libro de memorias: *el respetable público se emborracha*; pero felizmente rómpese la punta de mi lápiz en tan mala coyuntura, y no siendo aquel lugar propio para afilarle, quédase *in pectore* mi observacion y mi habladuría. †

Otra clase de gente entre tanto me ruidó en los villares, y pasa las noches empujando las bolas, de lo cual no hablaré, porque este es de todos los públicos el que me parece mas tonto.

Abrese el teatro, y á esta hora creo que voy á salir para siempre de dudas, y conocer de una vez al público por su indulgencia ponderada, su gusto ilustrado, sus fallos respetables. Esta parece ser su casa, el templo donde emite sus oráculos sin apelacion. Representase una comedia nueva: una parte del público la aplaude con furor; es

sublime, divina; nada se ha hecho mejor de Moratin acá: otra la silva despiadadamente; es una porquería, es un sainete; nada se ha hecho peor desde Comella hasta nuestro tiempo. Uno dice: está en prosa, y me gusta solo por eso; las comedias son la imitacion de la vida; deben escribirse en prosa. Otro: está en prosa, y la comedia debe escribirse en verso, porque no es mas que una ficcion para agradar á los sentidos; las comedias en prosa son cuentecitos caseros, y si muchos las escriben asi es porque no saben versificarlas. Este grita: ¿dónde está el verso, la imaginacion, la chispa de nuestros antiguos dramáticos? Todo eso es frio; moral insípida, lenguaje helado; el clasicismo es la muerte del *genio*. Aquel clama: ¡gracias á Dios que vemos comedias arregladas y morales! La imaginacion de nuestros antiguos era desarreglada; ¿qué tenían? Escondidos, tapadas, enredos interminables y monótonos, cuchilladas, graciosos pesados, confusion de clases, de géneros;

el romanticismo es la perdición del teatro; solo puede ser hijo de una imaginación enferma y delirante. Oído esto, vista esta discordancia de pareceres, ¿á qué me canso en nuevas indagaciones? Recuerdo que Latorre tiene un partido considerable, y que Luna sin embargo es tambien aplaudido sobre esas mismas tablas donde busco un gusto fijo; que en aquella misma escena los detractores de la Lalande arrojaron coronas á la Tossi, y que los apasionados de la Tossi despreciaron, destrozaron á la Lalande; y entonces ya renunció á mis esperanzas. ¡Dios mio! ¿dónde está ese público tan indulgente, tan ilustrado, tan imparcial, tan justo, tan respetable, eterno dispensador de la fama, de que tanto me han hablado, cuyo fallo es irrecusable, constante, dirigido por un buen gusto invariable, que no conoce mas norma ni mas leyes que las del sentido *comun*, que tan pocos tienen? Sin duda el público no ha venido al teatro esta noche: acaso no concurre á los espectáculos.

Reuno mis notas, y mas confuso que antes acerca del objeto de mis pesquisas, llego á informarme de personas mas ilustradas que yo. Un autor silvado me dice cuando le pregunto: ¿quién es el público? "Preguntadme mas bien cuántos necios se necesitan para componer un público." Un autor aplaudido me responde: "es la reunion de personas ilustradas, que deciden en el teatro del mérito de las producciones literarias."

Un escritor cuando le silvan dice que el público no le silvó, sino que fue una intriga de sus enemigos, sus envidiosos, y este ciertamente no es el público; pero si le critican los defectos de su comedia aplaudida llama al público en su defensa: el público la ha aplaudido; el público no puede ser injusto; luego es buena su comedia.

Un periodista presume que el público está reducido á sus suscriptores, y en este caso no es grande el público de los periodistas españoles. Un abogado cree que el público se compone de

sus clientes. A un médico se le figura que no hay mas público que sus enfermos, y gracias á su ciencia este público se disminuye todos los días; y así de los demas: de modo que concluyo la noche sin que nadie me dé una razon exacta de lo que busco.

¿Será el público el que compra la Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas, y las poesías de Salas, ó el que deja en la librería las vidas de los españoles célebres y la traduccion de la Iliada? ¿El que se da de cachetes por coger billetes para oír á una cantatriz pinturera, ó el que los revende? ¿El que en las épocas tumultuosas quema, asesina y arrastra, ó el que en tiempos pacíficos sufre y adula?

Y esa opinion pública tan respetable, hija suya sin duda, ¿será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradiccion hasta con las leyes y con la justicia? ¿Será la que condena á vilipendio eterno al hombre juicioso que rehusa salir al campo á verter su sangre por el capricho ó la impruden-

cia de otro, que acaso vale menos que él? ¿Será la que en el teatro y en la sociedad se mofa de los acreedores en obsequio de los tramposos, y marca con oprobio la existencia y el nombre del marido que tiene la desgracia de tener una loca ú otra cosa peor por muger? ¿Será la que acata y ensalza al que roba mucho con los nombres de señor ó de héroe, y sanciona la muerte infamante del que roba poco? ¿Será la que fija el crimen en la cantidad, la que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte, y la razon en la punta incierta de un hierro afilado?

¿En qué consiste, pues, que para grangear la opinion de ese público se quema las cejas toda su vida sobre su bufete el estudioso é infatigable escritor, y pasa sus días manoteando y gesticulando el actor incansable? ¿En qué consiste que se espone á la muerte por merecer sus elogios el militar arrojado? ¿En qué se fundan tantos sacrificios que se hacen por la fama que

de él se espera? Solo concibo, y me esplico perfectamente, el trabajo, el estudio que se emplean en sacarle los cuartos.

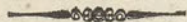
Llega empero la hora de acostarse, y me retiro á coordinar mis notas del dia: léolas de nuevo, reuno mis ideas, y de mis observaciones concluyo:

En primer lugar que el público es el pretexto, el tapador de los fines particulares de cada uno. El escritor dice que emborriona papel, y saca el dinero al público por su bien y lleno de respeto hácia él. El médico cobra sus curas equivocadas, y el abogado sus pleitos perdidos por el bien del público. El juez sentencia *equivocadamente* al inocente por el bien del público. El sastre, el librero, el impresor, cortan, imprimen y roban por el mismo motivo; y en fin, hasta el... ¿Pero á qué me canso? Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí.

Y en segundo lugar concluyo: que

no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; que cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caracteres diversos y aun heterogéneos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que este es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la mayor parte de los hombres que le componen; que es intolerante al mismo tiempo que sufrido, y rutinero al mismo tiempo que novelero, aunque parezcan dos paradojas; que prefiere sin razon, y se decide sin motivo fundado; que se deja llevar de impresiones pasajeras; que ama con idolatría sin *por qué*, y aborrece de muerte sin causa; que es maligno y mal pensado, y se recrea con la mordacidad; que por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; que suele ser su favorita la medianía intrigante y *charlatana*, y objeto de su olvido ó de su desprecio el mérito modesto; que

olvida con facilidad é ingratitud los servicios mas importantes, y premia con usura á quien le lisonjea y le engaña; y por ultimo, que con gran sinrazon queremos confundirle con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados.



NOTA. *El pobrecito hablador, por no dejar meter baza á nadie, no admite ni da contestaciones.*



En el siguiente número daremos una sátira nuestra en tercetos contra la Corte.

EL
POBRECITO HABLADOR:

REVISTA SATÍRICA.

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

DON JUAN PEREZ DE MUNGUÍA.

N.º 2.º

Sátira contra la Corte.

Artículo nuestro.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Agosto de 1832.

SATIRA
CONTRA LOS VICIOS
DE LA CORTE.

(Artículo enteramente nuestro.)

«... A nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija; en su mano estará pues que deje de parecersele.»

Pobrecito Hablador, n.º 1.º Dos palabras.

Déjame, Andrés, que de la Corte huyendo,
de tantos vicios hórridos me aleje,
como en mi patria mísera estoy viendo:

Ni te asombre que, al tiempo que los deje,
ya que enmendarlos mi razon no pueda,
en sátiras amargas los moteje.

Tú enhorabuena contemplarlos queda,
tú, á quien fortuna próspera ó contraria
salir de entre ellos para siempre veda.

Viva en la Corte el que sin renta diaria
triunfa y pelea, y sin saber por dónde
fija la rueda de la suerte vária.

Mírale andar en coche como un conde,
la bolsa llena de oro, y por su oficio
pregúntale, por ver si te responde.

Pues ese es jugador; noble ejercicio;
tiene en el *candelero* que sustenta,
si no un condado real, un beneficio.

Y son las heredades con que cuenta,
y aqui vive, el *amurre* y el *pegote*,
y su casa y su honor que pone en venta.

¿Ves aquel otro erguido de cogote,
que tambien opulento y sin empleo
sabe existir? pues ese es un *pegote*.

Sin ese nunca hay boda, ni bateo,
ni hay *ambigú*, ni baile, ni banquete,
ni hay partida de caza ó de recreo.

Al que encuentra en la calle le arremete,
y le pide, y le ostiga, y á que al cabo
le convide á comer le compromete.

Y no pienses hartarle con un pabo,
porque es un sabañon, aunque un poema
te recite al comer de cabo á rabo.

Que aun esa gracia tiene; pues no hay flemma
que aguante los sonetos que te encaja
entre uno y otro cangilon de crema.

De todo habla incansable, y corta y raja,
lanzando un epigrama á cada uno,
pues no siendo sus versos, todo es paja.

¿Quién es aquel que ayer aun hecho un tuno,
roto paseaba y andrajoso el Prado,
y hoy no saluda, en zancos, á ninguno?

¡Pardiez que sé quién es! un hombre honrado
que de prisa y corriendo con la moza
se casó de un señor encopetado.

A quien en vez de darle una corozá,
un destino le dieron, y se mama
dos mil duros, y gages, y carroza.

Y el muy desvergonzado se nos llama padre de un hijo que nació á seis meses de haber casado con la honesta dama.

Llega, háblale de honor; con los Meneses se dice emparentado y los Quincoces, y segundo de casa de Marqueses.

Soy un hombre de honor, diráte á voces, que está de vanidad que ya rebienta el muy::: mas tú ya, Andrés, bien le conoces.

¿Ves aquel otro que en landó se ostenta, con lentes, y cadenas, y trãilla de galgos por detrás, palco, y la renta

gasta de un Rey, causando maravilla? Pues ese debe el *frac* que lleva puesto, y el *sobre-todo*, á un sastre de esta villa,

y el caballo al chalan, la casa á Ernesto, la comida en la fonda, y cien sorbetes en el café, y cigarros por supuesto.

Y al paso que en la cárcel mil pobretes por un duro se mueren de ictericia, ese pasea libre de corchetes;

porque es conde y señor, y aunque desquicia con su vivir el orden, insolente de las leyes se burla y la justicia.

¿Quién es aquella que anda entre la gente, abrumada de encajes y diamantes, que parece sultana del Oriente?

Esa es moza de prendas relevantes; un intendente, aunque la ves soltera, sostiene á la maldita y sus amantes.

Su madre, que la adiestra, hedionda, fiera, vieja, pintada y con postizo, á infame precio vendió su doncellerz primera.

¡Y es posible! ¡qué horror! ¿no hay quien la llame por las calles á voces.... torpe y bruja, ni hay galera en Madrid que la reclame?

¿Y no quieres, Andrés, que brame y cruja el látigo tendido en la cloaca que á Sodoma y Gomorra sobrepuja?

Pues no llueve flamígera y opaca rayos aquí una nube tronadora, ¿querrás que yo no aplique mi triaca?

¿Quién es aquella cara que enamora,
con el gesto mirlado, rubio el pelo,
ceñido el talle y dengues de señora?

¿Es hombre, ó es muger? Pisando el suelo
con ademan pulido, barbilucio,
gayado de colores el pañuelo,

en afeites envuelto, ¿ese tan lucio,
tan vestido y compuesto, es algun dige
que del pais nos vino de Confucio?

Pues aquese es un hombre; un año exige
su tocado al espejo; á ese bonito
le ampara protector, si es que nos rige

la voz pública, Andrés, un... pero ¡chito!
huye conmigo, Andrés; antes nos vamos,
que trague tanto crimen el Cocito.

¿Qué haremos por acá los que ignoramos
el fraude, y la lisonja, y la mentira,
y los que por orgullo no adulamos?

Vibrar no sé para adular mi lira,
ni aguantar supe nunca humillaciones;
la voz entonces en mi labio espira.

¿Qué suerte haré yo aquí con mis renglones,
yo que el humo jamas echo á ninguno
del incienso vertido en mis borrones?

¿Yo que no tengo el diálogo oportuno
de Inarco, ni su sal para la escena,
ni el aura injusta y popular de alguno?

Aunque haga una comedia mala ó buena,
sino entiendo del teatro las intrigas,
¿cuándo á pública luz saldrá mi vena?

Si no tengo allá dentro un par de amigas,
si no adulo al cortejo que las paga,
serán de mis comedias enemigas.

¿He de alabar á un necio que se traga
como agua la alabanza no adquirida,
aunque el papel destroce ó lo deshaga?

¡O he de sufrir, en fin, cuando aplaudida
mi comedia enriquezca el escenario,
que mil reales me den? No por mi vida.

¿Pido limosna acaso, ó perdulario
copleto soy de esquina por ventura?
¿Y eso ha de producirme el incensario,

¿y el quemarme las cejas? ¡Qué locura!
 Cómanse con el resto ese dinero,
 ó al hospital lo den para una cura.

¡No hay Vates! gritarán: ¡en lastimero
 estado el teatro está!... Dime, ¿los Vates
 se mantienen de versos, majadero?

¿O no hay mas que zurcir seis disparates
 para grangear aplauso? ¿hacer escenas
 tan fácil es como decir dislates?

¿Y quién protege las comedias buenas?
 ¿Los señores acaso? ¿El...? ¡Vive el cielo!
 ¡Y las oyen tal vez á duras penas!

Malhaya para siempre el torpe suelo
 donde el pícaro solo hace fortuna;
 donde vive el honrado en desconsuelo;

donde es culpa el saber; donde importuna
 la ciencia, y donde el genio perseguido
 ahogados mueren en su propia cuna;

donde no es otro mérito atendido
 que el oro; donde al mísero atropella
 el coche de un bribon vano y henchido;

donde en millones nada, por su estrella,
 quien al pueblo los roba desangrado
 en un destino que le dió una bella;

donde al ciento por ciento da prestado,
 sin que nadie lo mate, un usurero,
 y vive rico, alegre y respetado;

Donde el abate aquel farandulero,
 que mudó de opinion cual de camisa,
 lleva su moza al Prado de bracero;

donde marcha la faz bañada en risa,
 el crimen descarado, alta la frente,
 corrompiendo el terreno por do pisa....

¿Y esto es vivir, Andrés? ¿Y entre esta gente
 me invitas á quedarme? ¿Por qué indicio
 pudiste sospechar que esté demente?

Viva aqui el abogado que en su oficio
 hace blanco lo negro, y que defiende
 la virtud ofendida, como el vicio.

Y el médico aqui viva, que se entiende
 con algun boticario, y nos receta
 drogas que á medias con aquel nos vende.

Mas yo, que soy un mísero poeta,
antes que por decir verdades claras
en un encierro un alguacil me meta,

y me cuesten mis sátiras mas caras,
ó en el hospicio muera miserable,
quiero del riesgo huir doscientas varas:

que ni es lícito hablar, donde intratable
pone á la lengua la mordaza el miedo,
y ¡ay del primero que rompiéndola hable!

A Dios, te queda, Andrés; que ya no puedo
tanta bilis sufrir, ni tanta ira,
y ¡ay de mí, triste, si á verterla quedo!

Que si Apolo su fuego no me inspira,
para hacer buenos versos contra el vicio
sabrà la indignacion templar mi lira.

Y mientras que huyo el riesgo á su ejercicio,
viva en la Corte el que aguantarle sabe,
y el que de embrollos gusta y de bullicio,
viva en la corte, y que la Corte alabe.

El Bachiller Don Juan Perez de Munguia.

NOTA. El Pobrecito Hablador no admite ni da contestaciones.

Se hallará con el número anterior en la librería de Escamilla, calle de Carretas.

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES &c. &c.

POR EL BACHILLER

DON JUAN PEREZ DE MUNGUÍA.

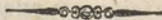


NÚMERO 3.º

¿No se lee porque no se escribe,
no se escribe porque no se lee?

Artículo enteramente nuestro.

“Rómpanse las cadenas que embarazan los progresos; repruébense los estorbos; quítense los grillos que se han fabricado de los yerros de dos siglos...” *M. A. Gándara. Apuntes sobre el bien y el mal de este país.*



CARTA Á ANDRÉS

*escrita desde las Batuecas por el Pobrecito Habrador.
(Artículo enteramente nuestro.)*

DE LAS BATUECAS ESTE AÑO QUE CORRE.

Andrés mio.

Yo pobrecito de mí, yo Bachiller, yo batueco, y natural por consiguiente de este inculto país, cuya rusticidad pasa por proverbio de boca en boca, de region en region, yo hablador, y careciendo de toda persona dotada de chispa de razon

con quien poder dilucidar y ventilar las cuestiones que á mi embotado entendimiento se le ofrecen y le embarazan, y tú cortesano y discreto!!! ¡Qué de motivos, querido Andrés, para escribirte!

Ahí van, pues, esas mis incultas ideas, tales cuales son, mal ó bien compaginadas, y derramándose á borbotones, como agua de cántaro mal tapado.

“¿No se lee en este país porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?”

Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada mas. Terrible y triste cosa me parece escribir lo que no ha de ser leído; empero mas árdua empresa se me figura á mí, inocente que soy, leer lo que no se ha escrito.

¡Mal haya, amen, quien inventó el escribir! Dale con la civilización, y vuelta con la ilustración. ¡Mal haya, amen, tanto achaque para emborronar papel!

A bien, Andrés mio, que aqui no pecamos de ese esceso. Y torna los ojos á mirar en derredor nuestro, y mira si no estamos en una balsa de aceite. ¡O feliz moderacion! ¡O ingenios limpios los que nada tienen que enseñar! ¡O entendimientos claros los que nada tienen que aprender! ¡O felices aquellos, y mil veces felices, que ó todo se lo saben ya, ó todo se lo quieren ignorar todavía!

¡Maldito Guttemberg! ¡Qué genio maléfico te inspiró tu diabólica invencion? ¡Pues imprimie-

ron los egipcios y los asirios, ni los griegos, ni los romanos? ¡Y no vivieron, y no dominaron?

¡Que eran mas ignorantes, dices? ¡Cuántos murieron de esa enfermedad? ¡Qué remordimientos atormentaron la conciencia del Omar, que destruyó la biblioteca de Alejandría?

¡Que eran mas bárbaros, añades? Si crímenes, si crueldades padecian, crímenes y crueldades tienen diariamente lugar entre nosotros. Los hombres que no supieron, y los hombres que saben, todos son hombres, y lo que peor es, todos son hombres malos. Todos mienten, roban, falsean, perjuran, usurpan, matan y asesinan. Convencidos sin duda de esta importante verdad, puesto que los mismos hemos de ser, ni nos cansamos en leer, ni nos molestamos en escribir en este buen país en que vivimos.

¡O felicidad la de haber penetrado la inutilidad del aprender y del saber!

Mira aquel librero ricachon que cerca de tu casa tienes. Llégate á él y dile: ¿Por qué no emprende usted alguna obra de importancia? ¿Por qué no paga bien á los literatos para que le vendan sus manuscritos? — ¡Ay señor! te responderá. Ni hay literatos, ni manuscritos, ni quien los lea: no nos traen sino folletitos y novelicas de ciento al cuarto: luego tienen una vanidad, y se dejan pedir: No señor, no. — ¿Pero no se vende? — ¿Vender? Ni un libro: ni regalados los quiere nadie; llena tengo la casa... ¡Si fueran billetes para la ópera ó los toros...

¿Ves pasar aquel autor escuálido, de todos

conocido? Dicen que es hombre de mérito. Anda, y pregúntale: ¿Cuándo da usted á luz alguna cosa? Vamos:: — ¡Calle usted por Dios! te responderá furioso como si blasfemases: primero lo quemaria. No hay dos librereros hombres de bien. ¡Usureros! ¡Mire usted, dias atras me ofrecieron una onza por la propiedad de una comedia extraordinariamente aplaudida, seiscientos reales por un Diccionario Manual de Geografía, y por un Compendio de la Historia de España, en 4 tomos, ó mil reales de una vez, ó que entraríamos á partir ganancias, despues de haber hecho él las suyas, se entiende!!! No señor, no. Si es en el teatro, cincuenta duros me dieron por una comedia que me costó dos años de trabajo, y que á la empresa le produjo doscientos mil reales en menos tiempo; y creyeron hacerme mucho favor. Ya ve usted que salia por real y medio diario. ¡Oh! y eso despues de muchas intrigas para que la *pasaran* y *representaran*. Desde entonces, ¿sabe usted lo que hago? Me he ajustado con un librero para traducir del francés al castellano las novelas de Walter Scot, que se escribieron originalmente en inglés, y algunas de Cooper, que hablan de marina, y es materia que no entiendo palabra. Doce reales me viene á dar por pliego de imprenta, y el dia que no traduzco no como. Tambien suelo traducir para el teatro la primer *piececilla* buena ó mala que se me presenta, que lo mismo pagan y cuesta menos: no pongo mi nombre, y ya se puede hundir el teatro á silbidos la noche de la representacion. ¿Qué quiere usted?

En este pais no hay aficion á esas cosas.

¿Conoces á aquel señorito que gasta su caudal en tiros y carruages, que lo mismo baila una mazurca en un sarao con su pantalon *colan* y su *clac*, hoy en traje diplomático, mañana en polainas y con chambergo, y al otro arrastrando sable, ó en breve chupetin, calzon y faja? Mil reales gasta al dia, dos mil logra de renta; ni un solo libro tiene, ni lo compra, ni lo quiere. Pues publica tú algun folleto, alguna comedia:: Prevalido de ser quien es, tendrá el descaro de enviarte un gran lacayo aforrado en la magnífica librea, y te pedirá prestado para leerlo, á tí, autor, que de eso vives, un ejemplar que cuesta una peseta. Ni con eso se contenta: darálo á leer á todos sus amigos y conocidos, y por aquel ejemplar leerálo toda la corte, ni mas ni menos que antes de descubrirse la imprenta, y gracias si no te pide mas para regalar. Pregúntale: ¿Por qué no se suscribe á los periódicos? ¿Por qué no compra libros, ni fiados siquiera? — ¿Qué quiere usted que haga? te replicará: ¿qué tengo de comprar? Aqui nadie sabe escribir; nada se escribe: todo eso es porquería. Como si de coro supiera cuántos libros buenos corren impresos.

Por allá cruza un periodista... Llámale, grítale: ¡Don Fulano! Ese periódico, hombre; mire usted que todos hablan de él de una manera... — ¿Qué quiere usted? te interrumpe: un redactor ó dos tengo buenos, que no es del caso nombrar á usted ahora; pero los pago poco, y asi no extraño que no hagan todo lo que saben; á otro le

doy casa; otro me escribe por la comida... — ¡Hombre! ¡Calle usted! — Sí señor; oiga usted, y me dará la razón. En otro tiempo convoqué cuatro sabios, díles buenos sueldos; redactaban un periódico lleno de ciencia y de utilidad, el cual no pudo sostenerse medio año; ni un cristiano se suscribió; nadie le leía; puedo decir que fue un secreto que todo el mundo me guardó. Pues ahora con eso que usted ve estoy mejor que quiero, y sin costarme tanto. Todavía le diría á usted mas... pero... Desengáñese usted, aquí no se lee. — Nada tengo que replicar, le contestaría yo, sino que hace usted lo que debe, y llévase el diablo las ciencias y la cultura.

Lucidos quedamos, Andrés. ¡Pobres batuecos! La mitad de las gentes no lee porque la otra mitad no escribe, y esta no escribe porque aquella no lee.

Y ya ves tú que por eso á los batuecos ni nos falta salud, ni, buen humor; prueba evidente de que entrambas cosas ninguna falta nos hace para ser felices. Aquí pensamos como cierta señora, que viendo llorar á una su parienta porque no podia mantener á su hijo en un colegio, "calla, tonta, le decia: mi hijo no ha estado en ningun colegio, y á Dios gracias bien gordo se cria y bien robusto."

Y para confirmacion de esto mismo, un diálogo quiero referirte que con cuatro batuecos de estos tuve no ha mucho, en que todos vinieron á contestarme en sustancia una misma cosa, concluyendo cada uno á su tono y como quiera.

Aprenda usted la lengua de su país, les decia, coja usted la gramática. — La parda es la que yo necesito, me interrumpió el mas desembarazado con aire zumbon y de chulo, fruta del país: lo mismo es decir las cosas de un modo que de otro.

Escriba usted la lengua con correccion. — ¡Monadas! ¿Qué mas dará escribir *vino* con *b* que con *v*? ¿Si pasará por eso de ser vino?

Cultive usted el latin. — Yo no he de ser cura, ni tengo de decir Misa.

El griego. — ¿Para qué, si nadie me le ha de entender?

Dése usted á las matemáticas. — Ya sé sumar y restar, que es todo lo que puedo necesitar para ajustar mis cuentas.

Aprenda usted fisica. Le enseñaré á conocer los fenómenos de la naturaleza. — ¿Quiere usted todavía mas fenómenos que los que está uno viendo todos los dias?

Historia natural. La botánica le enseñará el conocimiento de las plantas. — ¿Tengo yo cara de herbolario? Las que son de comer, guisadas me las han de dar.

La zoologia le enseñará á conocer los animales y sus... — ¡Ay! ¡Si viera usted cuántos animales conozco ya!

La mineralogia le enseñará el conocimiento de los metales, de los... — Mientras no me enseñe dónde tengo de encontrar una mina no hacemos nada.

Estudie usted la geografia. — Ande usted, que

si el día de mañana tengo que hacer un viaje, dinero es lo que necesito, y no geografía; ya sabrá el postillon el camino, que esa es su obligación, y dónde está el pueblo adonde voy.

Lenguas. — No estudio para intérprete; sí voy al extranjero, en llevando dinero ya me entenderán, que esa es la lengua universal.

Humanidades, bellas letras... — ¿Letras? de cambio; todo lo demas es broma. — Siquiera un poco de retórica y poesía. — Sí, sí, venga usted con coplas; ¡para retórica estoy yo! Y si por las comedias lo dice usted, yo no las tengo de hacer: traducidas del francés me las han de dar en el teatro.

La historia. — Demasiadas historias tengo yo en la cabeza. — Sabrá usted lo que han hecho los hombres... — ¡Calle usted por Dios! ¿Quién le ha dicho á usted que cuentan las historias una sola palabra de verdad? ¡Es bueno que no sabe uno lo que pasa en casa!

Y por último, concluyeron: Mire usted, dijo el uno, déjeme usted de quebraderos de cabeza; mayorazgo soy, y el saber es para los hombres que no tienen sobre qué caerse muertos. — Mire usted, dijo otro, mi tío es general, y ya tengo una charretera á los quince años; otra vendrá con el tiempo, y algo mas, sin necesidad de quemarme las cejas: para llevar el chafarote al lado y lucir la casaca no se necesita mucha ciencia. — Mire usted, dijo el tercero, en mi familia nadie ha estudiado, porque las gentes de la sangre azul no han de ser médicos ni abogados, ni han de tra-

bajar como la canalla... Si me quiere usted decir que don *Fulano* se grangeó un grande empleo por su ciencia y su saber, ¡buen provecho! ¿quién será él cuando ha estudiado? Yo no quiero degradarme. — Mire usted, concluyó el último, verdad es que yo no tengo grandes riquezas, pero tengo tal cual letra: ya he logrado meter la cabeza en rentas por empeños de mi madre; un amigo nunca me ha de faltar, ni un empleillo de mala muerte; y para ser oficinista no es preciso ser ningun catedrático de Alcalá, ni de Salamanca.

Bendito sea Dios, Andrés, bendito sea Dios, que se ha servido con su alta misericordia aclararnos un poco las ideas en este particular. De estas poderosas razones trae su origen el no estudiar, del no estudiar nace el no saber, y del no saber es secuela indispensable ese hastío y ese tedio que á los libros tenemos, que tanto redundan en honra y provecho, y sobre todo en descanso de la patria.

¿Pues no da lástima, me decia otro batueco dias atras, ver la confusion de papeles que se cruzan y se atropellan por todas partes en esos paises cultos que se llaman? ¡Válgame Dios! ¡Qué flujo de hablar, y qué caos de palabras, y qué plaga de papeles, y qué turbion de libros, que ni el entendimiento barrunta cómo hay plumas que los escriban, ni números que los cuenten, ni oficinas que los impriman, ni paciencia que los lea! ¡Y con aquello se han de mantener un sin número de hombres, sin mas oficio ni beneficio que el de li-

teratos? Y dale con las ciencias, y dale con las artes, y vuelta con los adelantos, y torna con los descubrimientos. ¡O siglo gárrulo y lenguaraz! ¡Mire usted qué mina han descubierto!

¡Qué de ventajas, Andrés, llevamos en esto á los demás! Muérense miserables aqui los autores malos, y digo malos, porque buenos no los hay (1); y lo que es mejor, lo mismo se han muerto los buenos, cuando los ha habido, y volverán á morir cuando los vuelva á haber: ni aqui se enri-

(1) No comprendemos en estas proposiciones generales *tal cual jóven aplicado, tal cual poeta original, tal cual hombre de nota* que se esfuerzan por salir del comun oprobio, que nos alcanzan, descollando entre el general abatimiento, y luciendo, como menuda luciérnaga entre las tinieblas de oscura noche. ¡Qué significan estas contadas escepciones? Por mucho favor que les haga tal conducta, y por muchos elogios que merezca, no basta su número tan corto para destruir la triste verdad general, que de medio á medio nos coge y nos abruma.

Ni menos tratamos de olvidar en nuestros folletos los elogios y agradecimiento que merece de nuestra parte el ilustrado Gobierno que nos rige, y que tanto impulso da al adelanto de la prosperidad y de la ilustracion: antes bien clara se manifiesta nuestra intencion de cooperar á su misma benéfica idea con nuestros débiles conatos. ¡Pero acaso puede enderezarse en un dia el vicio de tantos años, y aun siglos? ¡Puede ser dado á la penetracion, ni á la fuerza del mejor gobierno, romper tan pronto, ni desvanecer del todo tantos obstáculos como oponen la educacion des-

quecen los ingenios pobres con la lectura de los discretos ricos; ni tienen aqui mas vanidad fundada que la que siempre traen en el estómago, pues por no hacerlos orgullosos nadie los alaba, ni ni los da que comer. ¡O idea cristiana! Ni aqui prospera nadie con las letras, ni se cruzan los libros y periódicos en continua batalla; aqui las comedias buenas no se representan sino muy de tarde en tarde, sin otra razon que porque no las hay á menudo, y las malas ni se silban, ni se pagan por miedo de que se lleguen á hacer buenas todos los dias. Aqui somos tan bien criados, y tanto gustamos de ejercer la hospitalidad, que vaciamos el oro de nuestros bolsillos para los extranjeros. ¡O desinterés! Aqui se trata mal á los actores medianos, y peor á los mejores por no ensoberbecerlos. ¡O deseo de humildad! No se les da siquiera precio por no ahitarlos. ¡O caridad! Y á la par se exige de ellos que sean buenos. ¡O indulgencia! No es aqui, en fin, profesion el escribir, ni aficion el leer; ambas cosas son pasatiempo de gente vaga y mal entretenida; que no puede ser hombre de provecho quien no es por lo menos tonto y mayorazgo.

cuidada, las ideas viciadas, y un sin número, en fin, de circunstancias que no son de nuestra inspeccion, y que gravitan en nuestro mal? Luengos remedios necesitarán acaso tan largos males. Esperemos que algun dia hemos de ver triunfar sus esfuerzos, y cooperemos todos en el interin con los nuestros.

¡O tiempo y edad venturosa! No paseis nunca ni tengan nunca las letras mas amparo (1), ni se hagan jamas comedias, ni se impriman papeles, ni libros se publiquen, ni lea nadie, ni escriba desde que salga de la escuela.

Que si me dices, Andrés, que se escribe y se lee, por los muchos carteles que por todas partes ves, diréte que me saques tres libros buenos del pais y del dia, y de lo demas no hagas caso, que no es mas ni mejor el agua de una cascada por mucho estruendo que meta, ni eso es otra cosa que el espantoso ruido de los famosos batanes del hidalgo manchego; despues de visto, un poco de agua sucia; ni escribe, en fin, todavía quien solo escribe palotes.

Asi que, cuando la anterior proposicion senté no quise decir que no se escribiese, sino que no se escriba bien, ni que no fuese el de emborronar papel el pecado del dia, pecado que no quiera Dios perdonarle nunca, ni quiero yo negar la triste verdad de que no hay dia que algun libro malo no se publique, antes lo confieso, y de ello y de ellos me pesa y tengo verdadero dolor, como si los compu-

(1) Reproducimos las ideas de nuestra nota número 1.º Algun Excelentísimo Señor pudiéramos nombrar amigo de las letras y de las artes, y Mecenas de literatos y artistas, y de buena gana le nombráramos á no temer ofensas de su modestia: empero si bien esto basta á probar que hay algun protector, no asi convence de que haya proteccion. Demos á Dios lo que es de Dios, y al Cesar lo que es del Cesar.

siera yo. Pero todo ese atarugamiento y prisà de libros reducido está, como sabemos, á un centon de novelitas fúnebres y melancólicas, y de ninguna manera arguye la existencia de una literatura nacional que no puede suponerse siquiera donde la mayor parte de lo que se publica, si no el todo, es traducido, y no escribe el que solo traduce, bien como no dibuja quien estorce y pasa el dibujo age-no á otro papel al trasluz de un cristal. Lo cual es tan verdad, que no me dejaria mentir ni decir cosa en contrario todo ese enjambre de autorcuellos, á quienes pudiéramos aplicar los tercetos de Rey de Artieda:

“Como las gotas que en verano llueven,
con el ardor del sol, dando en el suelo,
se convierten en ranas y se mueven;

Con el calor del gran señor de Delo
se levantan del polvo poetillas
con tanta habilidad, que es un consuelo.”

Y mas que me cuentes entre ellos, y por tanto me reconvenas, pues si me preguntas por qué me entrometo yo tambien de embadurnar papel, sin saber mas que otros, te recordaré aquello de “donde quiera que fueres, haz lo que vieres.” Asi, si fuese á pais de cojos, pierna de palo me pondria; ya que en pais de autorcillos y traductores he nacido y vivo, autorcillo y traductor quiero y debo, y no puedo menos de ser, pues ni es justo singularizarme, y que me señalen con

el dedo por las calles, ni depende además del libre albedrío de cada uno el no contagiarse en una epidemia general. Ni á nadie hagas cargos tampoco por lo de traductor, pues es forzoso que se eche muletas para ayudarse y andar quien nace sin pies, ó los trae trabados desde el nacer. /

Y si me añades que no puede ser de ventaja alguna el ir atrasados con respecto á los demás, te diré que lo que no se conoce no se desea ni echa menos; así suele el que va atrasado creer que va adelantado, que tal es el orgullo de los hombres, que nos pone á todos una venda en los ojos para que no veamos ni sepamos por dónde vamos, y te citaré á este propósito el caso de una buena vieja, que en un pueblo, que no quiero nombrarte, ha de vivir todavía, la cual vieja era de estas muy leídas de los lugares, estaba suscrita á la Gaceta, y la habia de leer siempre desde la Real orden hasta el último partido vacante, de seguido, y sin pasar nunca á otra sin haber primero dado fin de la anterior. Y es el caso que vivia y leía la vieja (al uso del país) tan despacio y con tal sorna, que habiéndose ido atrasando en la lectura, se hallaba el año 29, que fue euando yo la conocí, en las Gacetas del año 23, y nada más; hube de ir un día á visitarla, y preguntándola qué nuevas tenia, al entrar en su cuarto, no pudo dejarme concluir, antes, arrojándose en mis brazos con el mayor alborozo, y soltando la Gaceta que en la mano á la sazón tenia: "Ay, señor de mi alma, me gritaba con voz mal articulada y ahogada en lágrimas y sollozos, hijos de su contento, ¡ay, se-

ñor de mi alma! ¡ Bendito sea Dios! que ya vienen los franceses, y que dentro de poco nos han de quitar esa pícara constitucion, que no es mas que un desorden y una anarquía." Y saltaba de gozo, y dábase palmadas repetidas; esto en el año 29, que me dejó pasmado de ver cuán de ilusion vivimos en este mundo, y que tanto da ir atrasado como adelantado, siempre que nada veamos, ni queramos ver por delante de nosotros.

Mas te dijera, Andrés, en el particular si mas voluntad tuviese yo de meterme en mayores honrras; empero solo me limitaré á decirte para concluir que no sabemos lo que tenemos con nuestra feliz ignorancia, porque el vano deseo de saber induce á los hombres á la soberbia, que es uno de los siete pecados mortales, por el plano resbaladizo de nuestro amor propio; de este feo pecado nació, como sabes, en otros tiempos la ruina de Babel, con el castigo de los hombres y la confusion de las lenguas, y la caída asimismo de aquellos fieros titanes, gigantazos descomunales, que por igual soberbia escalaron tambien el cielo, sea esto dicho para confundir la Historia Sagrada con la profana, que es otra ventaja de que gozamos los ignorantes, que todo lo hacemos igual.

De que podrás inferir, Andrés cuán dañoso es el saber, y qué verdad es todo cuanto arriba te llevo dicho acerca de las ventajas que en esta como en otras cosas á los demás hombres llevamos los batuecos, cuánto debe regocijarnos la proposicion cierta de que

"en este pais no se lee porque no se escribe , y no se escribe porque no se lee."

que quiere decir en conclusion que aqui ni se lee, ni se escribe ; y cuánto tenemos por fin que agradecer al cielo, que por tan raro y desusado camino nos guia á nuestro bien y eterno descanso, el cual deseo para todos los habitantes de este incultísimo pais de las Batuecas, en que tuvimos la dicha de nacer, donde tenemos la gloria de vivir, y en el cual tendremos la paciencia de morir.
A Dios, Andrés.

Tu amigo, el Bachiller.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS: 1836.

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES &c. &c.

POR EL BACHILLER

DON JUAN PEREZ DE MUNGUÍA.

Número 5.º

QUE TRATA DE COSAS QUE NO ESTAN ESCRITAS.

SEGUNDA EDICION.

SÁTIRA

CONTRA LOS MALOS VERSOS DE CIRCUNSTANCIAS.

... El corazon entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente
antes que la rodilla al poderoso.

Rioja.

No hay cosa, Andrés, como nacer poeta.
No hay plaga que al alumno de las nueve,
no hay mal que al infeliz no le acometa.
¿ Creerás que huyendo de la turba aleva
de los necios, sin fin, siempre he buscado
un rincón en el mundo oscuro y breve,
donde esconderme de ellos resguardado?
¿ Y presumes que en valde lo pretendo

desde que la razon su luz me ha dado?

Donde quiera que voy, vánme siguiendo;
agárranse de mí, como la yedra
del árbol que la vive sosteniendo.

Entre los pies me nacen, como medra
entre cepas la grama; que parece
que aquí produce un necio cada piedra.

Ni me sirve correr, que tambien crece
su paso con el mio, ni el embozo
en los ojos llevar aunque tropiece.

Me ven, y dánme gritos sin rebozo.
¿No es el fátuo don Blas aquel que alarga
el paso allá detrás con tanto gozo?

¡Ay del que sufra su infernal descarga!
¿Es él, mi Andrés? Pues en mi busca viene,
que tengo de eso mi esperiencia larga.

No hay escapar, que hablarme se previene.
Ayúdame á salir de tanto aprieto,
y dejémosle aquí si nos conviene. —

¡D. Juan! — ¡D. Blas! — Os busco. — ¿Si? — Un soneto
os tengo que pedir. — Andrés, ¿no digo? —
No os le perdono por ningun respeto:

que sobre ser poeta, sois mi amigo. —
¿Pues qué ocurrió, don Blas? Vuestra honda saña,
¿qué vestigio mató, que alto enemigo?

¿Otra América hallásteis para España?
¿Qué bienes á la Patria le produce
vuestro insigne valor ó vuestra hazaña? —

¿Qué Patria? ¿Qué valor? ¿A qué conduce
todo eso que mentásteis tan prolijo?
Causa mayor mi gozo reproduce.

Un chico me nació. ¿Nadie os lo dijo? —
¡Jesus! ¡Sea enhorabuena! ¡Os juro, hermano,
que es caso singular! ¿Hay tal? ¿Un hijo?

Dios os le haga, don Blas, muy buen cristiano. —
¿Os vais? — Estoy de prisa. — ¡Oid! Mohino

quedo, don Juan. — Don Blas, bésoos la mano. —

¡Voto á tal, que el asunto es peregrino!
¿Lo oíste, Andrés? No exige el majadero
que las gracias le cante del mezquino?

Pues esto á cada punto mas certero
que un destino se encuentra el pobre vate,
ó que un bolson henchido de dinero.

Pídenos versos otro, mas orate,
porque se casa. ¡Pícara demencia!
¡Mala muger le hostigue y le maltrate!

¿Y versos va á buscar? Busque paciencia,
pues bien la ha menester aquel holonio
que se pone en tan dura penitencia.

Pues otro que andará por esos trigos
envuelto en paño negro, solitario,
no pedirá consuelo á sus amigos;

vendrá á pedirme un canto funerario
porque ha enviudado de su casta esposa.
De elegias se deje el perdulario. —

¡Ay, que me fue tan buena, tan virtuosa! —
¡Embustero! Ponzoña tan nociva
guarde encerrada la inclemente losa.

Vaya; entiérrela presto, no reviva,
y descanse del susto el maridazo.

Mas si tanto la quiso cuando viva,
calle y llore en silencio su porrazo;
que mas dice una lágrima abrasada,
que no el yerto poema de un pelmazo.

¿Yo á todo he de hacer versos? ¡Qué! ¿Templada
habrá de estar mi musa á todas horas,
y á todo como cera preparada?

Pues deja, que ya atruenan las sonoras,
campanas y cañones. ¿Por ventura
públicas fiestas hay? ¡Bien! Las canoras

liras se templen, porque el tiempo apura.
Versos haya en las próximas funciones.

Versos vomite el vate con premura (1).

Ya el resplandor de innúmeros hachones,
que confunden la noche con el día,
nos deslumbra en ventanas y balcones.

Y no es nada la pública alegría,
ni es la función magnífica y completa
si el vate no aumentó la algarabía.

Fulmine la *Tertulia* á la *Luneta*
en papeles azules y encarnados
las lisonjas del mísero poeta;

(1) *Nada hay mas justo ni mas plausible que un Ayuntamiento que en nombre de la poblacion que representa, agradecida, festeja dignamente á su Monarca; nada mas laudable que un poeta que pulsa dignamente la lira en honor de su Soberano; pero nada mas impertinente tampoco que el graznido desapacible de mil aves importunas que se atraviesan á perturbar el contento público con sus desconcertados chirridos. A un Soberano solo se deben rendir homenajes dignos de su Magestad. Asi, pues, solo son objeto de nuestra sátira los malos versos de circunstancias. Quien quiera ver en ella otra cosa, traspasará nuestra idea. Sabemos que de todo se puede hacer mal uso: el espadero hace la espada para defensa de los derechos de la sociedad, y el asesino la convierte en daño de esa misma sociedad. El mal no está en el artifice ni en la espada, sino en el asesino. Asi la malicia nunca estaria en nosotros, sino en el malicioso. El que ciertas cosas quiera volver en mal, capaz será de envenenar el aire que respiramos. ¡Gloria, pues, al Soberano! ¡Gloria á la corporacion ilustre que sabe festejarle dignamente cuando la ocasion se presenta! ¡Odio eterno á los malos versos que vienen á deslucir tan justos sentimientos!*

como suelen llover santos pintados,
concluida la cuaresma, en aleluyas,
que arrebatan los chicos á puñados.

Ni te escuses, Andrés, ni les arguyas,
ni al viento vuelvas para huir la proa;
no han de valerte las razones tuyas;

que habrá quien luego la opinion te roa,
si no haces de la noche á la mañana
un himno por lo menos, ó una loa.

Salga el pirene con figura humana,
y la España, en el diálogo terciando,
la coronada villa Mantüana.

Y aparezca el olimpo relumbrando,
y hablen Mercurio, Júpiter, Minerva,
que es cosa nunca vista, y todo el bando
de la usada alegórica caterva,
mas que á todos nos tenga bien molidos
esa canalla idólatra y proterva.

Mas oye, que ya zumba en mis oidos
el rumor de los versos que á millares
por las troneras bajan impelidos.

Atruenen el bronce los inmensos mares,
el vate empezará de circunstancias,
y levanta su frente *Manzanares*.

Y acaso entre metáforas mas rancias,
salve ó salud, continuará diciendo,
y una oda embutirá de estravagancias.

A Febo en ella invocará, fingiendo
modestia y miedo, porque su arpa de oro
templada nunca estuvo al son tremendo.

Sin olvidar aquello del decoro,
y de la Iberia sol, luciente Estrella,
y puebla el viento y su cantar sonoro;

tal confusion atarugando en ella,
de contento, de gloria, de esperanza,
de aurora, de horizonte y de centella,

de dicha y de ventura y bien andanza,
del Iris, de la paz, de corazones,
de discordia apagada y de venganza;

que no habrá quien entienda dos renglones,
si antes para espantar al diablo oscuro,
diez conjuros no le echa y bendiciones.

¿Yo he de hacer un soneto, estruendo puro?
¿Yo he de alabar en versos de hojarasca
al Soberano, Andrés? No; te lo juro.

No haya funcion, si quieren, sin tarasca;
mas sé alabar yo poco: soy sincero.

La lisonja en las fáuces se me atasca.

No porque al Rey ¡pardiez! no amo y venero;
me estimo ¡vive Dios! tan buen vasallo
como cualquier poeta chapucero.

Mas no mis fuerzas suficientes hallo,
y para no aturdirle con sandeces,
le amo en silencio, le respeto y callo.

Pero si alguna, en fin, de tantas veces
le hubiese de ensalzar, echando afuera
sesquipedales voces y vejeces,

ya que indigna y humilde no creyera
de tan escelso honor el arpa mia,

“ Buen Rey, en versos claros le dijera;
ese aplauso que escuchas y alegría,
de gratitud son muestras generosas,
que hasta el trono, Señor, tu pueblo envia.

Tu pueblo, que con lágrimas copiosas
de antiguas glorias los recuerdos tristes
llora, y por cuyo bien nunca reposas.

Tú á la España benéfico infundistes
nuevo aliento, Señor; tú á glorias nuevas
con tu noble teson la dispusistes.

Y acaso tornarán. Ilustres pruebas
responden de tu amor por todas partes;
tú con las ciencias hasta el cielo elevas

el esplendor hermoso de las Artes;
dásles hogar (1), y premios y laureles
á sus alumnos tímidos repartes.

Tú un santuario sublime á los Apeles (2),
á los Zensis de España consagrando,
y á sus Fideas tambien y Praxiteles (3),
para la Patria en él irás formando
Canos, Murillos, cuya falta llora,
émulos dignos del romúleo bando.

Tú á la dulce armonía halagadora
digna escuela ofreciste (4). Tú levantas
con tu pródiga mano bienhechora
nuevo Templo á las musas (5), ¡oh! de cuántas
naciones envidiado, que descuella
mayor grandeza entre grandezas tantas.

Tú al Terencio Español la honra mas bella,
la recompensa das mas esplendente,
que nunca pudo ambicionar su estrella (6).

Tú eternos monumentos, reverente
y justo á Temis erigiste (7). El oro
tú al seno de la Patria nuevamente

le arrancas (8); que la América el tesoro
no rinde á la metrópoli en tributo,
triste ocasion de nuestra afrenta y lloro.

(1) Conservatorio de Artes.

(2) Museo de Pinturas.

(3) Idem de Escultura.

(4) Conservatorio de Música.

(5) Teatro de la plaza de Oriente.

(6) La excelente edicion de las obras del Sr.
Moratin, hecha á costa de S. M.

(7) El Código de Comercio ya planteado, y el
criminal mandado hacer por S. M.

(8) La Direccion de Minas y proteccion á es-
te ramo.

El llanto apenas del colono enjuto,
pueblos enteros á tu impulso nacen,
que en gozo truecan el dolor y el luto (1).

La honra perdida y crédito renacen (2);
no hay para tí costoso sacrificio,
que á tu voz los estorbos se deshacen.

Para siempre aniquilas el suplicio
que holló la noble dignidad del hombre (3).

Cada aurora un reciente beneficio
viene en los pechos á grabar tu nombre.
¿Quién los dirá?... ¡En sus páginas la Historia
quizá á tus hijos con su cuento asombre!

Esto es mejor, buen Rey, que una victoria,
¡Plegue al cielo, Señor, de tu reinado
hacer eterna la naciente gloria!"

Esto entre tanto vate adocenado
ni unos jamás le dijo. Así le hablára,
si mi númen á tanto fuera osado.

Que es mi alabanza, cuanto justa, clara,
sin enturbiar las ondas del Pactolo,
ni el curso blando de la fuente avara,
sin llamar en mi auxilio al rubio Apolo,
ni andarme por los cielos tras las musas.

(1) *La reedificación casi entera de varios pueblos arruinados por los terremotos, ejecutada durante el reinado de S. M.*

(2) *El crédito restablecido en el interior y en el extranjero.*

(3) *La derogación de la pena de horca. Mucho nos dejamos por decir en esta materia; pero ni este género de poesía lo consiente, ni somos historiadores. Basta esa corta muestra para que nunca se nos pueda atribuir una mala intención que no tenemos, y para que se vea hasta qué punto llevamos el rigor de la verdad.*

Para decir verdades basto solo.

Que eso de echarse, Andrés, en mil confusas
y altisonantes voces sin sentido
á buscar por las nubes garatusas,
y amontonar á tientas de seguido
sin salir del eterno formulario,
que ni es del ensalzado apetecido,
encomio sobre encomio mercenario,
mas que incensar á un hombre generoso
es tirarle á la cara el incensario.

Mejor como el de Aguino vigoroso,
en levantar diviértome una ampolla
con cada verso al necio y al vicioso;
el estruendo dejando y la bombolla
del estro metafórico afectado
al que ha de echar sus versos en la olla.

Ni pido, ni ambiciono: bien hallado
me estoy con esa honesta mediania,
en que es independiente el hombre honrado.

Ni he menester para acatar un día,
como es feudo, á mi Rey, que el oro suyo
descienda á desatar la lengua mía.

Mas reniego de tí, si el númen tuyo,
Andrés, á todo viento se menea,
y que eres torpe adulator concluyo.

¿Versos al que en la cuna bambonea?
¿Y al que vive mas versos y al que muere?...
¡Mal haya quien los haga y quien los lea!

Yo quiero por mi parte, si acudiere
á importunar al Dios que nos inspira,
para versos que un necio me pidiere,
que airado el númen de la torpe lira
rompa las cuerdas que mi indigna vena
vendiere á la lisonja ó la mentira.

Y contento seré si en justa pena
de la verdad hollada que desdeño

(10)

á que nunca la diga me condena.

Consiento en que, mirándome con ceño
la musa airada, que mi fuego aviva,
mis versos den, á quien los viere, sueño.

Quiero, en fin, que por pena me prescriba
un moderno Calígula, en mi mengua,
que aquellos versos que adulando escriba,
borre yo mismo con mi propia lengua.



(11)

TEATROS.

¿QUIÉN ES POR ACÁ EL AUTOR DE UNA COMEDIA?

ARTÍCULO SEGUNDO.

EL DERECHO DE PROPIEDAD.

«Veo que ya no es tenido por sabio sino
aquel que sabe arte lucrativa de pecunia...
Veo los ladrones muy honrados... todo lle-
no de fé rompida y traiciones, todo lleno
de amor de dinero.»

Luis Mejía.

¿Qué cosa es el derecho de propiedad? Si nosotros no lo decimos, ¿quién lo dirá? Y si ninguno lo dice, ¿quién lo sabrá? Y si ninguno lo sabe, ¿quién lo remediará?

Ya la fama esparció de provincia en provincia, de pueblo en pueblo, la gloria del nuevo alumno de las *nueve*, ya el importante y anhelado voto del ilustrado público coronó sus sienes con la hoja inmarcesible, resonaron los aplausos, vertió el *ingenio* lágrimas de alegría, y ya va á gozar del premio de sus tareas.

Piénsalo así á lo menos el desdichado; pero no sabe que ha escojido mala palestra para triunfar, y que en este juego, como en el ganapierde, el que gana es el que da mas á comer. Si su modestia y su

mala ventura quiso que retardase acaso la publicacion de su obra, levantarase una mañana y le dará en los ojos el anuncio de ella, ya impresa y puesta en venta, que andará bizmando las esquinas de la capital. Algun librero de... de donde no es justo decir, le ha hecho el obsequio de imprimírsela en muy mal papel, con pésimo carácter de letra, estropeado el testo original, y sin pedirle licencia. Asi corren impresas muchas de ellas, y esto se hace pública y libremente.

No comprendemos en realidad por qué ha de ser un autor dueño de su comedia; verdad es que en la sociedad parece á primera vista que cada cual debe ser dueño de lo suyo; pero esto no se entiende de ninguna manera con los poetas. Este es un animal que ha nacido como la mona para divertir gratuitamente á los demas, y sus cosas no son suyas, sino del primero que topa con ellas y se las adjudica. ¡Buena razon es que el pobre hombre haya hecho su comedia para que sea suya! ¡Lindo donaire! Dios crió al poeta para el librero, como el raton para el gato, y caminando sobre este supuesto, que nadie nos podrá negar, es cosa clara que el impresor que tal hace cumple con su instinto, desempeña una obra meritoria, y si no gana el cielo, gana el dinero, que para ciertas conciencias todo es ganar.

Asi que, asombrados estamos de la bondad y largueza de aquellos impresores honrados, (que tambien los hay) que se dignan favorecer al autor con pedirle su permiso y su comedia, pagarle el precio convenido, y darla despues licitamente al público: estos deben de entender poco ó nada de achaque de conciencias, porque ¡cuánto mas sencillo y natural es salirse á caza de comedias, como quien sale á caza de calandrias, tirar á la bandada, y caiga la

que caiga... y rechine con ella la prensa, y rechine el autor.

Nosotros á fé de poetas, si es que se deja á los poetas que tengan siquiera fé, ya que tan poca esperanza tienen, les juramos no acudir á ponerles pleito, porque nunca hemos gustado de cuestiones de nombre, y tanto se nos da de que sea la divina astrea la que saque el fruto de nuestras comedias, como de que sea el librero; con la ventaja para este de que siquiera nos da gloria, al paso que la otra solo nos podria dar cuidados y las conchas vacías de la ostra que se hubiese engullido. Hágales pues muy buen provecho á los señores tratantes en libros, que esto hacen, nuestro ingenio, que mientras estemos nosotros aqui no les ha de faltar modo de vivir á los *murcianos* de nuestra literatura; y aun quizá nos demos por muy honrados y contentos.

¡Ojalá tuviesen fin aqui las lacerias del pobre autor! Pero dejando aparte el vil interés, y entrándonos por los campos de la gloria, ¿qué elocuente hablador podrá enumerar las tropelías que le quedan por sufrir al desventurado ingenio en su propia patria? Ved cómo corre su comedia de teatro en teatro; en todas partes gusta, pero acerquémonos un poco mas. Aqui el corifeo de la compañía le despojó de su titulo, y le puso otro, hijo de su capricho, porque ¿qué entienden los poetas de poner títulos á sus comedias? Alli otro cacique de aquellos indios de la *legua* le *atajó* un *parlamento*, ó le suprimió una escena, porque ¿qué actor, por mal que represente, no ha de saber mejor que el mejor poeta dónde han de estar las escenas, y cuán largos han de ser los parlamentos y los diálogos, y todas estas frioleras del arte, particularmente si en su vida ha visto un libro, ni estudiado una palabra? Porque es

de advertir que en materia de poesía, el que más lee y mas estudia es el que menos entiende. Y gracias si la cuchilla de aquel bárbaro victimario no le suprimió entero el papel de un personage, aunque fuere el del protagonista, que era el que menos falta hacia y mas fuera estaba de su lugar.

¿Y aun de esta manera mutilada gustó la comedia? Pues en ese caso no habrá farsa mezquina, ni torpe drama, ni traduccion mercenaria á la cual no se le ponga el nombre del autor una vez aplaudido. Tal es la despreocupacion de los actores de provincia; para ellos todos los hombres y todos los autores son iguales, y desde el ápice de sus ficticios tronos ven á todos los mayores ingenios tamaños como menudas avellanas, y hacen justicia de unos y de otros, y una masa comun de todas sus obras, fundados en que si tal autor no hizo tal obra, bien pudiera haberla hecho, y en el supremo tribunal de estos nuevos dispensadores de la fama lo mismo vale un Juan Perez que un Pedro Fernandez.

Concluyamos pues que el poeta es el único que no es hijo ni padre tampoco de sus obras. Dedicaois, compañeros, dedicaois á las letras, aprisa; ese es el premio que os espera. Y quejaos siquiera, infelices. Luego oireis la turba de gritadores que á la primera queja os ataja. «¿Qué insolencia! dicen: ¿pues no tiene valor de quejarse? ¿Y esto se permite? ¿Qué escándalo! ¿Un hombre que reclama lo que es suyo; un loco que no quiere guardar consideraciones con los necios; un desvergonzado que dice la verdad en el siglo de la buena educacion; un insolente que se atreve á tener razon! Eso no se dice así, sino de modo que nadie lo entienda: encerrad á ese hombre que pretende que el talento sea algo entre nosotros, que no tiene respeto á la injusticia, que:::

encerradle, y siga todo como está, y calle el hablador.”

Sí, callaremos, gritadores, que gritais de miedo, callaremos; pero solo callaremos *espontáneamente* cuando *hayamos* hablado.

FILOLOGIA.

Supuesto que por la lengua pecamos, y que por ella hemos de morir, no será mucho que dediquemos á este ramo de la literatura algunas de nuestras tareas. Bien se deja conocer que la lengua es para un hablador lo que el fusil para el soldado; con ella se defiende y con ella mata. Tengamos pues prevenidas y en el mejor estado posible nuestras armas, y demosle á este fin un limpiecillo de cuando en cuando.

Vayan pues por hoy para los aficionados á discurrir un par de acertijos.

¿Qué entendemos cuando vemos impreso «*El embajador ó ministro tal cerca de la corte de cual &c. , &c. ?*”

¿Quiere decir que anda al rededor de aquella corte, sin poder nunca llegar á ella, como andaban las almas de los paganos, cuyas exequias no se habian celebrado, en torno de la barca del viejo Caronte? ¿ó padecen los pobres señores el tormento de la garrucha, que como el lector sabe mejor que nosotros consistia en colgar al paciente por los brazos de suerte que tocasen las puntas de sus pies en el suelo al estirarse, pero sin poder nunca descansarlos en él, precisamente en la misma forma que dejó suspendido la pundonorosa Maritornes al hidalgo manchego del agujereado pajar? Nosotros no en-

tendemos de otra manera aquello de andar *cerca*, y cierto que nos da verdadera lástima y dolor que unos señores de tal categoría se hallen en tan dificultosa posición. Libreseles cuanto antes de aquel tormento, si es que somos cristianos, y lleguen ya por fin á sus cortes respectivas, y vivan en ellas como en tiempo de nuestros antepasados, que decían: *El embajador de Francia en la corte de España &c.* Porque si del que se balla en una corte se puede decir que está *cerca* de ella, ¿qué inconveniente habrá en que digamos que tenemos los ojos cerca de la cara, y no en la cara?

No hace mucho tiempo que vimos en la representación de una comedia titulada *No mas mostrador* la frase siguiente: si el *ridículo* que nos hemos echado encima, no nos hace morir &c. Y en muchas partes vemos continuamente repetido este galicismo.

¿Qué cosa es un *ridículo* que se echa uno encima? ¿Se usa en castellano como sustantivo la voz *ridículo*, ni quiere decir nada usada de esta manera? Si los jóvenes que se dedican á la literatura estudiasen mas nuestros poetas antiguos, en vez de traducir tanto y tan mal, sabrían mejor su lengua, se aficionarían mas de ella, no la embutirían de espresiones exóticas no necesarias, y serían mas celosos del honor nacional.

El Bachiller.

MADRID: 1837.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,
calle del Amor de Dios, número 7.

EL POBRECITO HABLADOR,

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES &c. &c.

Por el Bachiller

D. Juan Perez de Munguia.

NÚM. 6.º

—•—
Segunda edicion.
—•—

MADRID: 1837.

IMPRENTA DE YENES.

Se hallará con los números anteriores en la librería de Escamilla, calle de Carretas.

EL PORRETO HABLADOR.

REVISTA SATIRICA DE COSTUMBRES &c. &c.



REVISTA SATIRICA DE COSTUMBRES &c. &c.

MADRID: 1837
IMPRIMERIA DE PEREZ.

Se halla en los números anteriores en la librería de Escamilla, calle de Carretas.

CARTA SEGUNDA,

ESCRITA Á ANDRÉS
POR EL MISMO BACHILLER.

Qué país, Andrés, el de las Batuecas! ¡Cuánto no prometes! ¿De mi amistad exiges que siga poniendo en tu noticia lo que de este extraordinario suelo pueda alcanzar á tener? ¿Gustóte mi primera epístola? Juro en buen hora por mi honor, y ya sabes que este juramento es en estos tiempos y en las Batuecas cosa seria y sagrada; juro por mi honor, digo, que no tengo de parar hasta que tanto sepas en la materia como yo.

De poco te asombras, querido amigo: nada es lo que he dicho en comparación de lo que me queda que decir. Te dije que no se leía ni se escribía. ¿Cuál será tu asombro y tu placer cuando te pruebe que tampoco se habla? ¿No puedes concebir que llegue á tanto la moderación de este inculto país? ¿Y por eso le llaman inculto? ¡Hombres injustos! Llamais á la prudencia miedo, á la moderación apocamiento, á la humildad ignorancia. A toda virtud habeis dado el nombre de un vicio.

¿Puede haber nada mas hermoso ni mas pacífico que un país en que no se habla? Ciertamente que no, y por lo menos nada puede haber mas silencioso. Aquí nada se habla, nada se dice, nada se oye.

¿Y no se habla, me dirás, porque no hay quien oiga, ó no se oye porque no hay quien hable? Cuestion es esa que dejaremos para otro dia, si bien cuestiones andan en esos mundos decididas, acreditadas y creidas mas paradójicas que esta. Empero conténtate por ahora con saber que no se habla; costumbre antigua tan admitida en el pais, que para ella sola tienen un refran que dice: "Al buen callar llaman Sancho;" y no necesito decirte la autoridad que tiene en las Batuecas un refran, y mas un refran tan claro como este.

Llégame á una concurrencia.=Buenos dias, don Prudencio: ¿qué hay de nuevo?=Tsr: calle vd., me dice con un dedo en los labios.=¿Que calle?=Tsr: y se vuelve á mirar en derredor.=Hombre, si yo no pienso decir nada malo.=No importa: calle vd. ¿Ve vd. aquel embozado que escucha?... Es un esp... un sop...=Ah! =Que vive de eso.=¿Y se vive de eso en las Batuecas?=Ese es un hombre que vive de lo que otros hablan, y como ese hay muchos: asi que todos estamos reducidos aqui á no hablar: mírenos vd. oscuramente envueltos en nuestras capas, hablando por dentro del embozo, desconfiando de nuestros padres y de nuestros hermanos.... Parece que hemos cometido todos ó vamos á cometer algun delito..... Imita vd. nuestro ejemplo, que en ello le va mas de lo que parece.=
 ¿Hay cosa mas rara?! Un hombre que vive de lo que otros hablan! ¿Y dicen que los Batuecos no

son industriosos para vivir. Va á edificarse un monumento que podrá dar gloria á las Batuecas: el plan es colosal, la idea magnífica, la ejecución asombrosa; pero hay un defecto, un defecto tambien colosal: me apresuro: yo le haré conocer, yo le haré desaparecer.=Sr. D. Timoteo, traigo un artículo para vd.: insérteme vd. en su miscelánea.=Ah! ¿Esto? Es imposible.=¿Imposible? Y me añade al oido.=Vd. no sabe que el sugeto que ha propuesto el plan se llama D. Y. Z.=Bien pudiera llamarse asi ese sugeto y corregirse el defecto.=Pero es pariente del señor....=¿Y no pudiera seguir siendo su darente despues de desaparecer el defecto?=Cierto: no me entiende vd.: es mal enemigo, y no me atrevo á insertarlo.

Oh inagotable capítulo de las consideraciones! Por todos lados adonde nos volvamos para marchar encontramos con la pared. ¿Qué de elogios no merece esta noble moderacion, este respeto á las personas que pueden entre los Batuecos!

Encuéntrome con un escritor público.=Sr. Bachiller, ¿qué le parecen á vd. mis escritos?=Hombre, me parece que no hay nada que pedirles, porque nada tienen.=Siempre ha de decir vd. cosas....=Y vd. nunca ha de decir cosas! ¿Por qué no fulmina vd. el anatema de la crítica contra ciertas obras que nos inundan?=Ay amigo! Los autores han descubierto el gran secreto para que no les critiquen sus

obras. Zurcen un libro. ¿Son vaciedades? No importa. ¿Para qué son las dedicatorias? Buscan un nombre ilustre, encabezan con él su mamotreto, dicen que se lo dedican, aunque nadie sepa lo que quiere decir eso de dedicar un libro que uno hace á otro que nada tiene de comun con el tal libro; y con ese talisman caminan seguros de ofensas ajenas. Ampáranse como los niños en las faldas de mamá para que papá no los pegue.==¿Por qué no pinta vd. el desorden de nuestras costumbres y de nuestras.....==¿Ah! ¿No conoce vd. el país? ¿Yo satírico? ¿Si tuviera el vulgo la torpeza de entender las cosas como se dicen! Pero es tanta la penetración de estos Batuecos, que adivinan el original del retrato que vd. no ha hecho. Dice vd. que es ridículo el ser un *calzonazos*, y que es un pobre hombre todo Juan Lanás; y sale un importante de estos que á costa de tener reputación se conforman con tenerla mala, y esclama á voces: ¡Señores! ¿Saben vds. quién es ese Juan Lanás de quien habla el satírico? Ese Juan Lanás soy yo; porque para eso de entender alusiones no hay hombres como los Batuecos.=Hombre, ¿qué ha de ser vd. si el autor no le conoce siquiera.....=No importa: apuesto mi cabeza á que soy yo, y os pone un cartel de desafío, y no hay sino dejaros matar, porque él es un necio.=¿Quién es aquella *sultana del Oriente*? le dicen á vd.=Cualquiera que se halle en ese caso, responde vd.=¿Picarillo! le reponen: sí, á mí con esas..... Esa es la X.*** Como si no hubiera

mas que una en Madrid.=Agregue vd. á esto que la naturaleza reparte sus dones con economía, y dando fuerzas á aquel á quien negó el talento, corre el satírico gran riesgo en las Batuecas de que su cabeza se encuentre en el mismo camino de un garrote, encuentre siempre que puede traer peores consecuencias para la primera que para el segundo.=Bien, pues no sea vd. satírico: sea vd. justo no más. Cuando representan pésimamente una comedia, cuando cantan rabiando una ópera, cuando es la decoracion mezquina, ¿por qué no levanta su voz?==Con gente del teatro nunca se las haya vd.: Cervantes lo dijo. Nunca les falta algun campeón que defenderá su pleito; campeón formidable. Además, ese es un teclado en que no se ve mas que el exterior: nunca se sabe quién le toca: detras del retablo y de esas figuritas de pasta de Gaiferos y los moros; debajo del parche de Maese Pedro está Ginesillo de Pasamonte que las mueve: ¡ay! no tome vd. la defensa de la infeliz Melisendra, no desbarate las figuras, que si la mona se escapa al tejado, si rompe la ilusion, si destroza las muñecas, las pagará caras. Esa es en fin materia sagrada, y *nadie las mueva que estar no pueda con Roldan á prueba*.=Pero, señor, nunca se ha ahorcado á nadie por decir que fulano es mal cómico.=Lo que se ha hecho, Sr. Bachiller, y lo que se hará, mejor se está callado.=Se reclama, se apela.....=Señor Munguía, quiero contarle á vd. un cuentecillo, y es caso ocurrido no ha muchos meses en un lugarcito de las Batuecas.

Corriáanse un dia novillos; y contra la costumbre establecida en esos pueblos de salir enmaromado el animal, bien como debian andar por el mundo muchos animales de hasta que yo conozco para que no hicieran daño, hubieron de determinarse á dejarle suelto por las calles. Capeábanle los mozos alegremente, y fue el caso que uno de ellos, mas valentón que sus compatriotas; en vez de sortear al novillo se dejó sortear por él: notable equivocacion: enganchóle el hasta retorcida de la faja que en la cintura traia, y aun no se sabe cuáles hubieran sido las vicisitudes del jaque á no haber acudido en su auxilio dos primos suyos movidos de aquel impulso natural que todos tenemos de amparar á los que andan enredados con animales cornudos. Soltáronle en efecto; pero como quiera que los novillos no valgan nada cuando no hacen algunas de las suyas, amotinose en la plaza la parcialidad contraria á nuestro jaque, clamando que para eso no se sacaba al novillo, y que el que no supiese torear que la pagase, y que habia sido una mala partida meterse entre dos que riñen á su salvo; que aquello de ayudar al capeador habia sido una alevosía contra el toro; y aun es fama que alguno de los mas leídos, que debia ser sobrino del cura, trató aquello de traicion semejante á la de Beltran Claquin, como le llama nuestro Mariana, cuando volviendo lo de abajo arriba dijo en Montiel: *Ni quito ni pongo rey*. Como quiera que fuese, creció la zambra, enronqueciéronse las voces,

alzáronse los palos, y no se sabe en qué hubiera parado aquella nueva discordia de Agramante, á no haberse aparecido en medio de la confusion la divina Astrea, disfrazada en figura de alcalde, que el mismo diablo no la conociera, con medio pino en la mano en vez de balanza, y sin venda, porque es sabido que el que no ve con los ojos abiertos, escusa tapárselos para no ver; y á su decision prometieron resignarse todos. Alegaron las partes; escuchólas á entrambas aquel rústico Lain Calvo, que fue milagro que se cansó en oirlas para sentenciar (aunque hay quien asegura que se durmió mientras hablaron), y dijo en conclusion alzando la voz estentórea: *Señores, por la vara que tengo en la mano* (y tenia el tal medio pino que llevamos referido) *juro á Brios que me enterado, aunque me esté mal el decirlo; y condeno á los dos primos á una multa para mis urgencias; es decir, para las urgencias de la justicia, que soy yo, por haber quitado la accion al animal; y declaro que en lo sucesivo nadie sea osado á ayudar en funcion de esta clase á ningún mozo, por lo menos hasta despues de la primera embestida, porque el primer golpe es de derecho del toro, y nadie se le puede quitar. Y Dios sea con todos*. Con cuya decision debió quedar el pueblo sosegado y vd. convencido. ¿Me ha entendido vd., señor Bachiller? Pregúntolo, porque si no me ha entendido ahora, escusa hacer mas preguntas, que ya nunca me entenderá.

Así, pues, librese de la primera embestida, y no lo deje para la segunda; y desengañese, que en las Batuecas si nos quita el adular, nos quita el vivir: es preciso contentarse con decir en todo papel impreso, que la comedia estuvo de lo lindo; que todos los actores, incluso los que no la representaron, se sobrepusieron á sí mismos, que es frase que quiere decir mucho, aunque no hay un cristiano que la entienda; que la decoración fue cosa esquisita; que el público anduvo acertado en aplaudirla; que la invención última es el sumum del saber humano; que el edificio, y que la fuente, y que el monumento son otras tantas maravillas; que aquella otra cosa está planteada sobre las bases mas sólidas y los auspicios mas felices; que la paz y la gloria, y la dicha y el contento llegaron á su colmo; que el cólera no viene á las Batuecas, porque describe triángulos acutángulos, y es cosa averiguada que todo el que describe esta figura al andar, no puede pasar de cierto punto; entreverar un articulejo de volapies, que esto á nadie ofende sino al toro; ingerir tal cual examen analítico de la obra última entre si diré, si no diré lo que hay en la materia, tal cual anacreóntica, donde se le digan á Filis cuatro frioleras de gusto, con su poco de acertijo, y algun sonetuelo de circunstancias, que es cosa que sabe como cada fruta en su tiempo, y en las demas materias; chiton! que las noticias no son para dadas, la política no es planta del país, la opinion es del tonto que la tiene, y la verdad estése

en su punto. Además de que la lengua se nos ha dado para callar, bien así como se nos dió el libre albedrio para hacer solo el gusto de los demas, los ojos para ver solo lo que nos quieran enseñar, los oídos para solo oír lo que nos quieran decir, y los pies para caminar adonde nos lleven.

Y á alguno conozco yo, Sr. Bachiller, que argüia á uno de estos que pregonan la felicidad presente; y arguyéndole con ejemplos bien palpables, le repetia á cada punto; con que estamos bien? A lo que le fue respondido, como respondió Bossuet al jorobado: *para Batuecos, amigo mio, no podemos estar mejor.*

Así ves, Andres mio, á los Batuecos, á quienes una larga costumbre de callar ha entorpecido la lengua, no acertar á darse mutuamente los buenos dias, tener miedo pazguatos y apocados á su propia sombra cuando se la encuentran á su lado en una pared, y guardándose consideraciones á sí mismos por no hacerse enemigos; sucediéndoles precisamente que se mueren de miedo de morir, que es la especie de muerte mas miserable de que puede hombre morir. Bien como le sucedió á un enfermo á quien un médico brusista habia mandado no comer si queria evitar la muerte, que comiendo, segun decia, le amenazaba, el cual á poco tiempo de este régimen dietético se murió de hambre.

Por lo demas, querido Andres, te confieso que trae muchas ventajas el no hablar, y no quiero ci-

tarte para convencerte entre otros ejemplos sino el pícaro resultado y la larga cola, que mas bien parece maza que cola, que nos han traído aquellas palabras que se hablaron en los principios del mundo; esto es, las que dijo á Eva la serpiente acerca del asunto de la manzana; trance primero en que empezó ya á hacer la lengua de las suyas, y á dar á conocer para qué habia de servir en el mundo. Sin lengua qué seria, Andres, de los chismosos, canalla tan perjudicial en qualquiera república bien ordenada, qué de los abogados? Ni existiera sin lengua la mentira, ni hubiera sido precisa la invencion de la mordaza, ni entrara nunca el pecado por los oidos, ni hubiera murmuradores ni bachilleres, que son el gusano y polilla de todo buen orden. Con lo cual creo haberte convecido de otra ventaja que llevan los Batuecos á los demas hombres, y de qué cosa sea tan especial el miedo ó llámese la prudencia, que á tal silencio los reduce. Te diré mas todavía: en mi opinion no habrán llegado al colmo de su felicidad mientras no dejen de hablar eso mismo poco que hablan, aunque no es gran cosa, y semeja solo el suave é interrumpido murmullo del viento cuando silva por entre las ramas de los cipreses de un vasto cementerio; entonces gorzarán de la paz del sepulcro, que es la paz de las paces. Y para que veas que no es solo Dios el que desaprueba el hablar demasiado, como arriba llevo apuntado, te traeré otra autoridad, recordándote al famoso filósofo griego (y no me hagas gestos al oír esto del

filósofo), que enseñaba á sus discípulos por espacio de cinco años á callar antes de enseñarles ninguna otra cosa, que fue idea peregrina, y seria aquella cátedra lo que habria que oír; de donde concluyo, porque me canso, que cada Batueco es un Platon, y no me parece que lo ha encarecido poco tu amigo el Bachiller.

P. D. Se me olvidaba decirte que á mi última salida de las Batuecas se susurraba que hablaban ya. ¡Pobres Batuecos! Y ellos mismos se lo creían!

MANÍA

DE CITAS Y DE EPIGRAFES.

Hombres conocemos para quienes seria cosa imposible empezar un escrito qualquiera sin echarle delante, á manera de peon caminero, un epígrafe que le vaya abriendo el camino, y salpicarlo todo despues de citas latinas y francesas, las cuales, como suelen ir en letra bastardilla, tienen la triple ventaja de hacer muy variada la visualidad del impreso, de manifestar que el autor sabe latin, cosa rara en estos tiempos en que todo el mundo lo aprende, y de probar que ha leído los autores franceses; mérito particular en una época en que no hay español que no trueque toda su lengua por un par de palabritas de por allá. Nosotros, como somos tan bobalicones, no sabemos á qué conducen los epígrafes, y quisiéramos que nos lo esplicasen, porque en el ínterin que lle-

ga este caso, creemos que el pedantismo ha sido siempre en todas las naciones el precursor de las épocas de decadencia de las letras. Verdad es que estamos muy seguros de que no ha de ir á menos nuestra literatura; esto es en realidad caso tan imposible como caerse una cosa que está caída; pero por eso mismo no quisiéramos tener los síntomas de una enfermedad, cuyo único y verdadero antídoto acertamos á poseer.

Si el autor que escribe dice una verdad, y sienta una idea luminosa, no sabemos qué mas valor le han de dar *los pocos sabios que en el mundo han sido* reunidos en su apoyo: y si su asercion es falsa, ó sienta una idea despreciable, no consideramos que haya Horacio ni Aristóteles capaz de disculpar su tontería. Agrégase á esto, que por lo regular suele tergiversarse el sentido de los autores pasados para acomodar su testo á nuestra idea, á veces en materias cuya posible existencia ni siquiera sospechó la docta antigüedad,

Verdad es que el vulgo, que ignora la lengua en que se le trae la cita, suele quedar deslumbrado. Este es el origen del aplauso y de la algazara que se arma en el teatro siempre que un autor, conocedor del corazon humano, ingiere en su drama uno ó muchos latines, ó palabras técnicas y científicas que entienden pocos; cada cual se apresura á reirse para que no piense el que tiene al lado que no ha entendido toda la picardía de aquella palabra. Tal es la

condicion de nuestra pueril vanidad. Sucede tambien que se lee con desprecio ó indiferencia á un autor moderno, y solo se le empieza á respetar desde que se ve la autoridad del antiguo, como si estos hombres con quienes se vive diariamente no fuesen capaces de decir por sí solos cosa alguna que valga la pena de ser leida, porque está probado que no hay cosa para ser tenido en mucho como morirse, á lo cual se agrega que el vulgo ignora cuán facil es encontrar en el dia textos para todo, y que es mas difícil tener mucho saber que aparentarlo. Todo esto es verdad, y es lo único que en apoyo de las citas y epígrafes encontramos; pero el hombre verdaderamente superior desprecia estas vulgaridades.

Nosotros, que no somos hombres superiores, ni nos creemos vulgo, tomaremos de buena gana un medio igualmente apartado de ambos extremos, y deseáramos que mas celosos de nuestro orgullo nacional, no fuésemos por agua á los rios extranjeros, teniendo los caudalosos en nuestra casa. Cansados somos ya del *utile dulci* tan repetido, del *lectorem delectando* &c., del *oscurus fio* &c., del *parturiens montes*, del *on sera ridicule* &c., del *c'est un droit qu'à la porte* &c., y de toda esa antigua retahila de viejimos proverbios literarios desgastados bajo la pluma de todos los pedantes, y que por buenos que sean han perdido ya para nuestro paladar, como manjar repetido, toda su antigua novedad y su picante sainete.

Creemos que casi todo está dicho y escrito en castellano. No atreviéndonos, pues á desterrar del todo esta manía, porque el vulgo no crea que sabemos menos, ó tenemos menos libros que nuestros hermanos en Apolo, traeremos siempre en nuestro apoyo autoridades españolas, que no nos han de faltar, aunque tratásemos de poner á cada artículo siete epígrafes y cincuenta citas, como lo hacia cierto Duende Satírico, de pícará recordacion, que algunas veces se las hemos contado; de suerte que no habia modo de entrar á sus cuadernos sino atropellando á una infinidad de varones respetables que le esperaban al pobre lector á la puerta como para darle una cerrada al ver donde se metia.

Sin embargo, por si el público curioso dudase de nuestra mucha latinidad y de nuestros adelantamientos en la lengua francesa, nos reservamos el derecho de darle al fin de la publicacion de nuestros números, si lo creyésemos conducente para nuestra buena opinion, una listita de los epígrafes y citas mas ó menos oportunas que hubiéramos podido usar en el discurso de nuestras hablaturías, lo cual podremos hacer cómodamente aun sin saber mucho latin ni frances, con solo echarnos á copiarlos de los libros y papeles que andan impresos, que cada uno trae por lo menos en su frontis su epígrafe, que le viene bien, ademas de muchas citas en el discurso de la obra, que le vienen mal, y de otras que de ninguna manera les vienen ni bien ni mal.

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES &c. &c.

POR EL BACHILLER

DON JUAN PEREZ DE MUNGUÍA.

Número 9.º

REFLEXIONES ACERCA DEL MODO DE RESUCITAR
EL TEATRO ESPAÑOL.

SEGUNDA EDICION.

Hase apoderado hoy la murria de nosotros: no espere, pues, el lector donaires ni chanzonetas; nos hallamos en uno de aquellos momentos de total indolencia, y *de qué se me da á mi*, á que está por desgracia demasiado sujeta esta miserable humanidad, que sobre sí acarrea nuestro flaco espíritu á la otra vida, segun la mas recibida opinion. ¿Serán influencias de algun astro maligno que grave sobre nosotros? Pero esta es creencia antigua, porque tambien las creencias caducan y pasan; los modernos no creen en influencias. ¿Será el famoso *spleen*? Bien podrá ser, porque esto es mas de moda en un tiempo en que es de buen tono la melancolía y la displicencia. ¿Estaremos acaso acometidos de algun acceso de tétrito sentimentalismo? Pues á fé de habladores, ni hemos estado luchando con las sombras ensangrentadas de Zaragoza, ni salimos de la representacion de ningun melodrama traducido del francés.

¿Será el mismo asunto que para el artículo de hoy hemos escogido? A la verdad, no hay astro, ni sombra, ni melodrama que pueda influir en nosotros de una manera mas triste. Literatos somos, mal que le pese á Minerva, y poetas de por acá; si esto no es bastante á teñir de oscuro nuestras ideas, no habrá en el mundo un solo malhumorado que tenga verdadero motivo para estarlo.

Pasemos, en fin, á nuestro artículo, que es mas árduo de lo que parece, por mas que desconfiemos de que pueda nuestro corto talento presentar las ideas con todo aquel órden, claridad y elocuencia que de buena gana envidiamos á otros.

TEATROS.

«El atrevimiento que tomo de dar consejo sin ser llamado merece perdon; pues el negocio es comun, todos tenemos licencia de hablar.»

Mariana. Hist. de Esp. Informe dado al Rey por un Prelado.

¿Qué ocasion mejor se nos ha presentado nunca, ni se nos puede volver á presentar jamas para reclamar una reforma radical en los teatros de nuestro pais, que esta, en que ha empezado á brillar para España una aurora mas feliz, que promete por fin la realizacion de mil esperanzas justas, tantas veces desvanecidas? ¿Que esta, en que nuestro sabio Gobierno se pone decidida y enérgicamente á la cabeza de la nacion, cuyo cuidado le está cometido para marchar hácia el bien? Ninguna. Aprovechemos este momento. Abramos los ojos sobre nuestra situacion,

y hagamos patentes nuestras razones con la sumision de buenos vasallos, con la confianza de hombres que tienen un Gobierno ilustrado. Digamos por fin cosas muchas veces dichas por personas muy superiores á nosotros, y constantemente desoidas por sujetos manos bien intencionados que nosotros.

No es este el lugar ni la época ya de una larga disertacion acerca del objeto de los teatros, y de las ventajas que bien dirigidos y administrados pueden reportar á una nacion dispuesta á recibir la instruccion, y á un Gobierno decidido á dársela. Demasiado conocido y sabido es por todos que en el actual estado de sociedad que alcanzamos, esta que en sí no es mas que una diversion, es una diversion indispensable; una diversion que dirige la opinion pública de las masas que la frecuentan; un instrumento del mismo gobernante, cuando quiere hacerle servir á sus fines; una distraccion que evita que los ociosos turbulentos piensen y se ocupen en cosas peores; un morigerador, en fin, de las costumbres, que son en nuestra opinion el único apoyo sólido y verdadero del órden y de la prosperidad de un pueblo. Verdades de tanto bulto no serán ciertamente las que encontrarán en el día poderosos impugnadores. La luz de la verdad disipa por fin tarde ó temprano las nieblas en que quieren ocultarla los partidarios de la ignorancia; y la fuerza de la opinion, que pudiéramos llamar, moralmente hablando, *última ratio populorum*, es á la larga mas poderosa é irresistible que lo es momentáneamente la que se ha llamado *última ratio regum*.

Concedidas, no disputadas, por mejor decir, la necesidad y la utilidad del teatro, resta saber cuáles pueden ser los medios de hacerle prosperar.

¿Cuáles han sido los obstáculos que se han opuesto constantemente en este pais á la realizacion de tan vasto proyecto?

La poca importancia que se ha creído siempre poder dar impunemente á este ramo los comprende todos. De aquí ha nacido el estado particular del teatro: la posición ridícula de los poetas, la situación deplorable de los actores. Cosas tan íntimamente unidas entre sí no se pueden separar sin perjuicio de todas. No basta que haya teatro; no basta que haya poetas; no basta que haya actores: ninguna de estas tres cosas puede existir sin la cooperación de las otras, y difícilmente puede existir la reunión de las tres sin otra cuarta mas importante: es preciso que haya público. Las cuatro, en fin, dependen en gran parte de la protección que el Gobierno les dispense.

Un público indiferente á las bellezas, heredero de una educación general mal entendida, é instruido superficialmente, es el primer eslabon de esta miserable cadena. Cuando los poetas ven al público aplaudir dramas execrables, no sospechar siquiera la existencia de bellezas positivas, que tantas vigilias le han costado, no tarda en sucumbir y en repetir con Lope de Vega:

Puesto que el vulgo es quien las paga, es justo hablarle en necio para darle gusto.

Los hombres no son mas que hombres, y sería mucho exigir de la débil humanidad querer encontrar siempre en cada hombre un héroe dispuesto á sacrificar los aplausos justos ó injustos, al deseo de agradar á media docena de literatos cuya aprobacion de gabinete no mete ruido. Cuando los poetas ven que falta en el auditorio ese orgullo nacional, capaz de hacer milagros donde quiera que exista; cuando oye aplaudir indistintamente las mezquinas traducciones estrañas á nuestras costumbres, y preferirlas acaso á las obras originales; cuando las ve pagar con tan poca diferencia, ¿qué mucho que no se canse en

correr en pos de la perfeccion? ¿Cuánto mas fácil es traducir en una semana una comedia que hacerla original en medio año! ¿Por qué ha de emplear tanto tiempo, tantos afanes por conseguir aquel mismo premio que en menos tiempo y con menos trabajo puede alcanzar? De aquí las miserables traducciones, de aquí la espulsion del buen género para hacer lugar al género charlatan que deslumbra con fáciles y sorprendentes golpes de teatro. De aquí la ausencia de caracteres, de pasiones y de virtudes, para sustituirles esos traidores falsos y eternos que hacen el mal para buscar el efecto, esos crímenes no justificados, y esos vicios asquerosos pintados de una manera todavía mas asquerosa.

No se crea, sin embargo, porque hemos espuesto aquí estos descargos de los poetas, que los consideramos tan inocentes como los demas: nada de eso. Dentro de poco probaremos que si bien estas son disculpas, no son razones para seguir en el torpe camino en que se han encerrado: probaremos que si alguno debe obrar heroicamente es el poeta. Los poetas son hombres; pero si los hombres no han de ser héroes, y sobre todo ciertos hombres, que se alimentan mas que otros de gloria, ¿quiénes lo serán?

¿Qué no dirémos de los actores? Si ven aprobado un traje inexacto solo porque es ridículo, si oyen aplaudir un modo de decir falso solo porque es exagerado, si ven desconocida á cada paso tal cual belleza que se les escapa, y bulliciosamente coronado de aplausos todo gesto innatural, todo ademan grotesco, ¿á qué se han de fatigar en buscar por senderos tortuosos una reputacion, primer premio que anhelan, que á mucha menos costa y por cualquier camino se encuentran adquirida?

Otro tanto decimos de las empresas. Si una buena comedia cae al lado de un melodrama furibundo, si

una mala traduccion llena el teatro y sus areas mas veces que la obra original del ingenio, ¿se podrá exigir de una empresa que sacrifique sus caudales generosamente en beneficio del buen gusto, que tan pocos representantes tiene entre nosotros para agradecerse? ¿Podremos pedirle que recompense mas lo que menos le produce? Un delirio fuera exigir semejantes sacrificios.

El público es, pues, la primera causa del abatimiento de nuestra escena. Lo repetimos á voces: *instruccion, educacion* para este público: instruccion sana, sí, religiosa, morigerada, pero instruccion en fin. Los enemigos de la instruccion la han querido pintar siempre como perjudicial: ciertamente si es mal dirigida es un puñal en manos de un niño. Pero cuando está fundada en la religion, en la virtud y en la verdadera sabiduria, entonces no puede ser mas que un bien para todos: entonces solo puede conducir al hombre á conocer sus verdaderos intereses en sociedad, puesto que no puede vivir de otra manera. Si el interés de un hombre puede estar tal cual vez momentáneamente en contradiccion con el bien general, á la larga el interés de todos los hombres está en la virtud, en el orden. Esto es lo que solo puede enseñar una sólida instruccion, que no se quede á medio camino: estamos seguros de que el interés es el gran móvil del hombre: toda la dificultad está en hacerle conocer cuál es su verdadero interés. Esto se lo proporciona la sólida instruccion, que es la única de que hablamos: en este caso esta será en todo y por todo para el hombre el manantial de su felicidad.

Quando el público verdaderamente instruido y educado conozca y aprecie todas las bellezas de las obras de imaginacion, quando su orgullo nacional, despertado de nuevo, le haga exigir de los ingenios

originales trabajos dignos de consideracion, á los cuales puedan ligarse recuerdos patrióticos, quando esté en el camino del buen gusto, entonces él mismo formará á los actores, porque él es solo quien puede formarlos. Entonces los autores escribirán con placer, los actores representarán con perfeccion, y las empresas recompensarán con generosidad. Entonces el mismo círculo vicioso establecido en el día para el mal, se establecerá para el bien.

Ahora bien: si el público y su falta de instruccion es la primera causa del daño, ¿quién ha de instruirle? 1.º Causas que no son de nuestra inspeccion. 2.º A falta ó en cooperacion de estas, los autores. Sí, estamos enredados en un verdadero laberinto de círculos viciosos; es preciso para salir de ellos que rompa alguno por medio: es preciso que alguno empiece sacrificando algo. ¡Unos por otros estan las mejoras sin hacer! ¿Quién deberá, quién estará mas obligado á dar principio á esta grande obra? Lo repetimos claramente: los poetas. Los que saben mas tienen de ello mas obligacion. Los hombres de talento, los hombres extraordinarios (1) han sido los que en todas las naciones han dado siempre los primeros este primer impulso. Por una parte los periódicos con su imparcialidad, por otra los autores con sus obras. La naturaleza al concederles el inmenso privilegio de su superioridad, la incalculable influencia que ejerce el talento sobre el comun

(1) Si esta verdad grandiosa necesitase pruebas, citaríamos solamente el nombre de Moratin. ¿Qué revolucion hizo en nuestro teatro? Mas habia que mejorar que en el día. Por esto, despues de él, pueden arrostrar las mejoras que faltan, hombres que no sean Moratines, puesto que no sería fácil encontrar muchos en cada siglo.

de los hombres, no les dió arma tan poderosa para volverla contra sus altos fines, sino para contribuir al bien de la humanidad, para abrirle los primeros el camino. Esta obligacion sagrada es la que no pueden echar en olvido sin cubrirse de ignorancia y de culpabilidad. Los hombres de talento son los que empiezan á instruir las naciones. ¿No tendremos ninguno entre nosotros? Salgan, pues, si los hay, y conquisten con su generosidad y su mérito el premio y el tributo de consideracion que se les niega. Verdad es que necesitan algun apoyo. ¡Triste verdad! Empero verdad no mas que hasta cierto punto. Mil caminos hay; si el mas ancho, si el mas recto no está espedito, ¿para qué es el talento? Tome los rodeos, y cumpla con su alta mision. En ninguna época, por desastrada que sea, faltarán materias para el hombre de talento; sino las tiene todas á su disposicion, tendrá algunas. *¡No se puede decir! ¡No se puede hacer!* Miserables efgios, tristes pretextos de nuestra pereza. ¿Son dobles los esfuerzos que se necesitan? Hacerlos. Doble será el premio que los espere, mayor la gloria que los corone. ¡Oh si nosotros pudiéramos lisonjearnos de ese talento superior! Ni un momento vacilaríamos. Desgraciadamente no alcanzan nuestras fuerzas sino á decir verdades; si alcanzasen para remediarlas, no seríamos los últimos á dar el paso vencedor.

Hagan los poetas obras de mérito: si el público las apécea poco al principio, redoblen sus esfuerzos, y hagan ostentacion de constancia; mañana las apreciará, y pasado mañana no podrá pasar sin ellas. ¿O pretendemos que antes de hacer nada nos traigan á nuestra casa la corona de la victoria? ¿Todo lo ha de hacer la proteccion? Haga algo el mérito, y obligará á que se le proteja. *¡No me protegen!* clama la medianía. ¿Dónde está el mérito, pues, para pro-

tegerle? ¿Dónde los autores? ¿Dónde las obras? (1) ¿Quién le ha de proteger, si no existe, ó existe envilecido? Salgamos primero nosotros de nuestro envilecimiento y nos protegerán. Hagamos las obras y los protectores. Obliguémosles á que nos protejan, y nos lo deberemos todo á nosotros solos.

Cuando los poetas y la instruccion hayan formado el gusto del público, cuando este haya formado á los actores, todos juntos formarán á las empresas, obligándolas á recompensar, porque entonces el mérito podrá imponerles la ley. Este es el camino, el que estamos obligados á tomar, por lo mismo que no tenemos otro mas cómodo y mas espedito.

Hecho esto, todavía quedarán por vencer algunos obstáculos, sin cuyo desvanecimiento aun les ha de costar trabajo á las empresas de teatros recompensar dignamente el mérito de cada uno en el grado que se merezca, y sostener este primer entusiasmo. Ademas, si al paso que los poetas hiciesen un esfuerzo tan heróico encontrasen algun auxilio superior, ¿cuánto mas fácil y halagüeño sería el logro de nuestros deseos! Recorramos, pues, ligeramente los demas medios que pueden contribuir á facilitar la prosperidad de los teatros, despues de los dos agentes principales que dejamos indicados.

Pedimos en primer lugar para los poetas, sin miedo de parecer exigentes, lo que solos ellos no tienen en la sociedad. El derecho de propiedad. *Repartieronse mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes*, puede exclamar el poeta con mucha razon, si se nos permite mezclar esta espresion sagrada entre nuestras habladurías.

En un pais en donde las letras han sido casi siem-

(1) Ya en otro lugar hemos dicho que no contamos por nada una ó dos escepciones.

pre el recurso del que no ha tenido otro, y donde ha sido tan escasa la gloria que han alcanzado, parece que el premio debiera haber sido mayor; mas por desgracia no han recibido ni premio (1) ni consideracion.

(1) Con gran dolor nuestro nos obliga el propio argumento de nuestro artículo á prescindir un momento de la gloria en favor del vil interés. Mucho tiempo hemos considerado si deberíamos hacer mérito del interés. Ciertamente que en un poema épico sería un pobrísimo episodio, y en una oda estaria tan mal colocado como el hospital en las Delicias. Pero en un pape-lucho de poco lucimiento y de menos provecho, en boca de un Hablador y de un Pobrecito, nos parece que está tan perfectamente *como una pedrada en el ojo de un boticario*, y no ignora el vulgo, en cuya boca anda este caritativo refran, la exactitud de nuestra comparacion. Magüer que pobrecitos, bien traslucimos que los poetas que mas gloria han alcanzado han comido, y no se nos diga que esta es una paradoja. No pocas veces se complacia Homero en la descripcion de los mas suculentos banquetes; Horacio se burla amargamente de un mal convivente. De nuestro Cervantes juráramos que escribió con mas que mediana hambre y apetito el capítulo de las bodas de Camacho. No hablemos de Anacreonte y de todos sus discípulos, porque sabido es que estos han trocado siempre por una gota del zumo de Liéo todo el jugo que puede dar el arbutto de Dafne. Sabemos cuánto apreciaba nuestro Ville-gas el ruido de las castañas y el buen aloque; y en qué consideracion tenia Baltasar de Alcazar la oronda morcilla, que nunca le dejó acabar su cuento. En fin, de los poetas bucólicos sabremos decir que no ha habido uno que no haya encumbrado á las nubes la dulce miel y la blanca leche. Así, pues, sostendremos á la faz de

Ya en otro lugar dejamos enumerados algunos de los trabajos que esperan al vate en su aventurada carrera; efectivamente en ocasiones se le disputa hasta el derecho de ensayar y repartir sus papeles á los actores que mas le convengan, que de todo hemos visto. Apláudese, en fin. ¿Cómo se paga? ¿Quién valúa la cosa vendida? Solo el comprador. ¿Cómo la premia? A su arbitrio. Se sabe lo que vale una comedia? ¿Se deduce su valor de lo que cuesta y de lo que produce? ¿Puede nunca reconocer el poeta mas juez capaz de valuar su talento que el público bueno ó malo para quien escribe, ó el mismo Gobierno asesorado de los inteligentes que para ello crea necesarios.

¿Puede oirse en paciencia que se hayan pagado de una vez con mil ó dos mil reales comedias que han producido por espacio de muchísimos años, que producen todavia y que producirán, Dios sabe hasta cuando, tesoros á las empresas?

Nuestro ilustrado Gobierno, que siempre ha manifestado en esta parte los mejores deseos, persuadido de la exactitud de estas reflexiones ú otras semejantes, conoció que el talento es una propiedad como otra cualquiera y de mejor ley; propiedad que debe producir á su dueño en relacion de su mérito. Con el objeto, pues, de desterrar tan ignominiosos abusos se formó y publicó en el año 1807, á propuesta del Excelentísimo Ayuntamiento, cuyo zelo hemos tenido ya ocasion de alabar en otra parte, un Reglamento de Testros. En él se establecia el modo de pagar de una manera justa y equitativa. Un

los partidarios de la aérea fama póstuma, á quienes parezca mal la ruin direccion que toman nuestras habladurias, que si los grandes poetas no han escrito para comer, á lo menos han comido para escribir.

tanto por ciento era el premio establecido para las obras originales; de esta manera guardaba una proporción exacta con el mérito de la obra y con las facultades de la empresa, pues solo pagaba esta mucho cuando ganaba mucho. Desgraciadamente este Reglamento se puede contar en el número de las cosas mandadas, pero no de las cumplidas, y nos hallamos en el año 32 peor que en el año 7; contratiempo y atraso debido tal vez á la sucesion de revoluciones que han afligido desde aquella época nuestro desventurado pais.

No pára aquí el desprecio de la propiedad. Los teatros de Provincia se creen autorizados, representada una vez una comedia en Madrid, á sustraer copias fraudulentas, y á representarla en todas partes, muy persuadidos de que los autores no tienen derecho alguno á impedirselo, y clamando con la fábula: *¡para mí los crió la Providencia!* En el mismo Reglamento, que tenemos á la vista, se establecía que los tales teatros pagasen al autor con arreglo á sus facultades, ni mas ni menos que los de Madrid. Pero claman los actores: *¡La costumbre es ley!* Bien haya la costumbre; podrá ser así, en cuyo caso no sospecho por qué han de ahorcar á los ladrones siendo una costumbre tan antigua la de robar. En ese caso no se podrá corregir jamas ningun mal inveterado. *¡Mal haya si entendemos de qué manera una mala costumbre puede llegar á ser una buena ley!* Pues porque es costumbre es preciso abolirla, que á no serlo escusáramos reclamar contra ella. Los abusos que existen son los que se han de desterrar, que los que no existen no hay para qué.

Al llegar á este punto oímos á las empresas clamar: *¿Pagar mas á los poetas ni á los autores, ni á nadie? ¡Imposible! Si estamos...*

Lo sabemos, señores empresarios, y aquí entra-

mos en otro abuso. Hemos pedido para los poetas la justicia que puede animarlos en sus tareas. Pidamos ahora para las empresas lo que de derecho les corresponde.

Apenas se pueden creer las cargas espantosas que sobre los infelices teatros gravitan. Dejemos á un lado un número considerable de asientos de todas clases que estan obligados á dar de valde por otra costumbre tan ley y tan buena como la que llevamos arriba citada; no hablemos de algunas consideraciones que con toda clase de gentes tienen que guardar; concretémonos á decir que pasan de cuatrocientos mil reales las sumas que en metálico tiene que satisfacer anualmente á un sinnúmero de establecimientos. Y para que no se crea que nuestra maledicencia ó nuestra parcialidad nos hacen hablar, copiemos aquí el artículo 3.º del capítulo 12, título 2.º del Reglamento, propuesto por un Ayuntamiento zeloso, aprobado por un Gobierno ilustrado, y sancionado por un Soberano acreedor á nuestra gratitud.

«La Junta propondrá á la piedad del Rey algun arbitrio para la mas pronta estincion de estas cargas, pues verdaderamente no hay relacion ninguna entre los tres coliseos y los hospitales de Madrid, los frailes de San Juan de Dios, las niñas de San José y el hospicio de San Fernando. Estos son los partícipes de una buena porcion de sus productos, de que procede que los actores sean mal pagados, la decoracion ridicula y mal servida, el vestuario impropio é indecente, el alumbrado escaso, la música pobre, y el baile pésimo ó nada. De aqui que los poetas, los artistas, los compositores que trabajan para la escena sean ruinmente recompensados, y por lo mismo se vean en ella las heces del ingenio. De aqui, finalmente, la mayor parte de la decadencia y lastimoso atraso de nuestros espectáculos.»

¿Qué pudiéramos nosotros añadir á tan enérgico período? Pedimos, pues, para las empresas que se les desembarace de obstáculos y respetos inoportunos el camino de su especulacion; que manden en lo suyo, como únicos dueños, mientras tengan las empresas. Esto bastará á dar al teatro un impulso incalculable. Entonces las empresas, desembarazadas y libres en sus operaciones, marcarán cada día con una mejora, recompensarán mejor á los actores, mezquinamente pagados, y á los poetas, de ninguna manera premiados.

Nada hemos dicho de las mejoras que saben en los actores, porque este mal ya promete quedar en gran parte remediado. El establecimiento de una escuela dramática dirigida por dos de nuestros mejores actores, bajo la inmediata proteccion de una REINA que tanto bien ha venido á hacer á nuestro país, nos hace concebir esperanzas lisonjeras. Hasta ahora se ha creído que bastaba con tener memoria ó apuntador para ser cómico, y aun cómicos hemos conocido que por no saber leer se hacian leer por otros sus papeles para aprenderlos. ¿Digannos si gentes de esta especie son las que pueden verter en la escena las bellezas que no saben ni leer, ni apreciar, y tomar nuevos Proteos la forma de todos los caracteres y genios posibles, y enseñar los buenos modales y las buenas costumbres? Nadie necesita hacer estudios mas prolifos de la historia del hombre y del corazon humano si ha de ponerse la máscara de todas las pasiones, la apariencia de todas las épocas: nadie necesita tener mejor educacion que un actor si ha de ser en las tablas modelo de ella.

¿Qué de pequeños obstáculos podríamos citar aun si nos lo permitiesen los límites que en nuestros folletos nos hemos impuesto! ¿Qué de cosas nos dejamos por decir! Bastaria sin embargo para obviar to-

dos estos pequeños obstáculos que pasamos en silencio, la realizacion de las mejoras principales que hemos propuesto, y nosotros nos tendríamos con eso solo por muy felices. Desgraciadamente nuestras ideas pasarán como otras muchas que se dicen continuamente y no se oyen. Verdad es que son cosas que no se pueden acabar en un día; pero son cosas que nunca se verán acabadas si no se empiezan alguna vez.

Fórmese, pues, el público, y si otras causas no concurren, como es de desear, á esta instruccion general tan necesaria, tomen sobre sí los que escriben para él tan árdua empresa: mas generosos que hasta ahora, no doblen la cerviz al mal gusto: den la ley, y no la reciban. Reconózcase la propiedad y séalo el talento; descárguense los teatros de las inmensas cargas que los abruman; mejórense los actores, y prémiense generosamente. Vigile una censura juiciosa para que nuestra religion y nuestras leyes sean respetadas de los escritores, pero sin oponer obstáculos jamas á la representacion de las obras inocentes. Entonces, nosotros lo afirmamos, entonces tendremos teatro español, entonces el suelo de los Lopes y Calderones, de los Tirsos y los Moretos, volverá á retoñar ingenios: entonces citaremos con orgullo una literatura nuestra y una diversion racional que tienen todos los países cultos, y que nosotros hasta ahora hemos dejado perecer al poderoso influjo de una infinidad de concausas ominosas.

Quando empezamos nuestro número dijimos que creíamos que no se podía presentar ocasion mas favorable para esponer á la luz del día estas ideas: ahora al concluirle añadimos que no pudiera ofrecerse mejor coyuntura para lograr su verificacion. Nuestra REINA, á quien tanto tenemos ya que agradecer, es quien nos inspira esta confianza: su pro-

teccion decidida á todo lo bueno, un mes glorioso que puede contar mas grandezas que tres siglos anteriores, cosas tan grandes que con solo quererlas ha llevado á cabo, nos hacen esperar que esta reforma que proponemos, y que ofrece tantas dificultades menos, se deberá tambien algun dia á su benéfico impulso.

En el ínterin nos contentamos con desearlo, y poner todos los medios que estan á nuestro alcance para cooperar á tan grande obra; y concluimos como concluía D. Gutierre de Cárdenas el parecer que dió á D. Fernando el Católico.

«Este, Señor, es mi parecer; si acertado, sean á Dios las gracias; si contra el vuestro, merece perdon mi lealtad: lo que vos determináredes, eso será lo mejor y mas acertado.»

El Bachiller.

MADRID: 1837.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,
calle del Amor de Dios, número 7.

Se hallará con los números anteriores en la librería de
Escamilla, calle de Carretas.

POBRECITO HABLADOR.

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMERES &c. &c.

POR EL BACHILLER

DON JUAN PEREZ DE MUNGUÍA.

Número 10.

QUE TRATA DE LO QUE SE VERÁ.

SEGUNDA EDICION.

MADRID: 1837.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,
calle del Amor de Dios, número 7.

*Se hallará con los números anteriores en la librería de
Escamilla, calle de Carretas.*

CARTA

DE ANDRÉS NIPORESAS

AL BACHILLER.

Mi querido Bachiller: todas tus cartas he recibido, y no he contestado á ninguna, merced á esta pereza del país que nos tiene á todos poco menos que dormidos; pero como quiera que me preguntas varias cosas que te puede ser de alguna satisfaccion saber, iréte contestando parte por parte, ó como pueda, que ya sabes que en punto á coordinar mis ideas no soy fuerte, y en punto á espresarlas soy flojo. En cambio de las buenas prendas lógicas y oratorias que me faltan encontrarás en mí una buena fé á prueba del siglo XIX, mas que mediana inocencia, sana intencion, y lo que vale mas que todo, un respeto, que te ha de asombrar, á todas las cosas, y un miedo, que habrás de conocer por muy saludable, á todas las personas.

Pongo párrafo aparte para elogiarte mi desconfianza, porque lo merece: esta es tal, que desde pequeño dieron en llamarme por apodo *Niporesas*; apodo que pasó á ser apellido, asi como hay apellidos que pasan á ser apodos. Todo el mal de mi desconfianza está en en vivir yo mas en lo pasado que en lo presente: es el caso que he sido tonto, lo cual no es poca fortuna, porque hay otros que lo son to-

davía, y muchísimos que lo serán hasta que se mueran; he sido tonto, es decir, que me han engañado muchas veces: de aquí procede que en el día estoy reducido á no creer mas que en Dios, porque en cuanto á creer en los hombres me voy con muchísimo tiento. Dejemos esto aquí, porque la materia es resvaladiza, y no quisiera que dieran tormento á lo que escribo.

Mucho me agrada cuanto me dices acerca de las Batuecas; son efectivamente muchas las ventajas que llevan á otros países, como dices muy bien en tus números, no sé cuántos, que esto es material: al fin es mi país, y tengo en eso fundada mi vanidad, aunque no hay un motivo. Convengo sobre todo contigo (número 6.º) en que á los batuecos no les falta mas que hablar, que es precisamente lo mismo que suele decir un amigo mio de cierto sugeto que tú conoces, que es tonto y feo, y ademas pícaro, y un si es no es tartamudo.

Me parece con todo eso que este país promete: no ha mucho tiempo que hubiera creído, si yo hubiera sido capaz de creer, como llevo dicho, que á la vuelta de un par de siglos ya no habria batuecos sobre la superficie de la tierra: en este supuesto pudieras haber arrojado por la ventana tu recado de escribir, porque hubiera llegado el caso de que tus desmedidas alabanzas hubieran venido á ser inoportunas; pero como acaso las volvamos presto á merecer, porque eso está en la posibilidad de las vicisitudes humanas, y todo se puede esperar de nuestro buen natural, te aconsejo que no borres todavía las Batuecas de tu mapa.

Te doy la enhorabuena porque ya te han abierto las universidades, quiero decir, que dejarás de ser autor para volver á tus estudios. Al fin te va en ello

lo que va de ser tonto á no serlo, y lo que va de bachiller á licenciado ó doctor, porque supongo que te graduarás inmediatamente, cesando de escribir folletos que no valen lo que pesan, y que te pueden pesar mas de lo que te valen (1).

Me preguntas del estado de mi familia: voy á

(1) No tratamos de inculpar en modo alguno por los cuadros que vamos á describir al justo Gobierno que tenemos: no hay nacion tan bien gobernada donde no tengan entrada mas ó menos abusos, donde el gobierno mas enérgico no pueda ser sorprendido por las arterias y manejos de los subalternos. Contraria del todo es nuestra idea. Precisamente ahora que vemos á la cabeza de nuestro Gobierno una REINA, que de acuerdo con su augusto Esposo nos conduce rápidamente de mejora en mejora, nosotros, deseosos de cooperar por todos términos como buenos y sumisos vasallos á sus benéficas intenciones, nos atrevemos á apuntar en nuestras habladurías aquellos abusos que desgraciadamente y por la esencia de las cosas han sido siempre en todas partes harto frecuentes, creyendo que cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el orden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desorden, y mucho menos si se hacen las críticas generales, embozadas con la chanza y la ironía, sin aplicaciones de ninguna especie, y en un folleto que mas tiende á escitar en su lectura alguna ligera sonrisa que á gobernar el mundo.

Protestamos contra toda alusion, toda aplicacion personal, como en nuestros números anteriores. Solo hacemos pinturas de costumbres, no retratos. Mas adelante hablamos de empleos y empleados, se entiende de los malos; los buenos, que respetamos, nunca se darán por ofendidos; los malos no merecen respetos de nadie.

informarte como pueda de la suerte de cada uno.

Antoñito está de enhorabuena: le concedieron la gracia de capitán con sueldo y todo, por los méritos de su padre, que hace ya lo menos cuatro años que está sirviendo á S. M. con cuarenta mil reales: con estos méritos le han hecho esta gracia al niño. Me alegrára que le vieras tan mono como está con sus dos charreteritas y su espadita, que parece un juguete. ¿Qué quieres? ¡En esa edad! ¡Ocho años! Nos llena la casa de pajaritas de papel; dice que son los enemigos, les corta la cabeza, y es una risa todo el día con él. Ya puede un criado no servirle pronto; le da un palo, lo cual nos hace mucha gracia á todos, y nunca se le olvida decirle que tiene qué sé yo cuántos miles reales de sueldo. Su madre se le come á besos. Es de advertir que el señor capitán está ya en medianos, y muy adelantado en la gramática, de donde inferimos todos que ha de ser un gran militar.

También está Miguel de enhorabuena, porque le han hecho nada menos que teniente: verdad es que llevaba cuarenta y dos años de servicio, con haberse hallado en todos los encuentros de importancia que ha habido en ese tiempo, haber estado dos veces prisionero, y tener diez y siete heridas, y un ojo de menos. ¿Pero qué es eso comparado con una tenencia? Ello es que le han premiado ya, y está que brinca de gozo. Él pretende pasar al regimiento donde es capitán Antoñito, todo por el placer de estar juntos. ¡Como son parientes! Y como le quiere tanto, suele decir que aunque teniente, de buena gana le enseñaría á ser capitán. No se puede negar que tiene Miguel una alma excelente. Como el otro es un chico, no hay duda en que podría aprovechar algunas leccioncillas de su tío.

A Juanito le hicieron jóven de lenguas: con este

motivo ha tomado maestro de francés, y aun dice que lo tomará de inglés, porque eso sí, aunque ya está colocado, es muy racional, y no se desdén de aprender: dice que no parece bien en un jóven de lenguas no saber ninguna, en lo cual tiene alguna razón, y manifiesta ser muy despejado. Su fortuna le ha valido, porque se susurra que pretendían la plaza seis muchachos de mucho provecho, pero como dicen, no tenían hombre. Amigo, que se la busquen de otra manera, que no todos han de ser jóvenes de lenguas.

Frasco, á quien conoces, ha tenido mas desgracia. Solicitó una plaza de vista de no sé dónde: entregó el memorial tal como á las cuatro y cuarto, porque supo que á las cuatro estaban agonizando al que la tenía, y aunque en rigor todavía no había muerto, debía morir de allí á poco. Pero le dijeron que llegaba tarde, porque ya estaba dada. ¡*Qué prontitud de demonios!* En vano alegó sus grandes conocimientos en la materia y la exactitud que tiene acreditada. La plaza de vista se la dieron á un buen señor, ciego por mas señas, ó poco menos: dicen que se habían compadecido de él porque se veía arruinado de resultados de una travacuenta. ¡Cierto que ha sido una caridad! ¡Pobrecillo!

Jorge volvió, como que le cogió la amnistía de medio á medio; pero está rabiando: quería que le hubiesen devuelto el destino que tenía hace diez años, es decir, cuando chiquito... Mira tú quien se acuerda ya ahora de... Es el caso que lo tiene otro.

Julianita hizo una muy buena boda: casó con un jóven muy despejado y rico. Por supuesto que tuvo habilidad para ocultarle que había tenido un hijo de aquel otro querido que la obsequió cuatro años (hijo que tiene ocultamente en un colegio). El tal jóven

tiene una índole excelente, y se hace querer de toda la familia; está loco con su boda. Días pasados decía que se atrevía á poner las manos en la lumbre por la virtud de su muger; mira tú si es atrevido. A propósito añadía, que en su vida se hubiera casado con una viuda, porque él había buscado siempre una muger nueva para enseñarla á sentir, y se daba la enhorabuena de haberlo conseguido.

Me preguntas si he pretendido yo tambien alguna cosa; voy á responderte. Yo no pretendo ningun empleo, porque sé que no me lo han de dar, aunque batueco. Ya me lo han ofrecido muchos, pero nunca ha cuajado. Ello sí, dicen que soy muy despejado, que cuente con ello, que espere un poco... Ahora no es el momento oportuno, ni antes lo ha sido nunca, unas veces he llegado demasiado tarde, y otras demasiado temprano. Mira tú si soy torpe, no parece sino que estudio con el mismo Barrabás. Sin embargo, tengo muchos protectores, y como soy útil para algunas cosas, y me lo aseguran tantas veces, podrá ser que llegue el caso de creer algun día que me han de dar algo. Mas te diré. A veces cuando oigo á algunos me lo llevo á creer, como que me tengo de salvar ayudándome Dios, que es sobre todo, y la penitencia y buena vida que tengo pensado hacer. Ya ves que en esta parte casi infrinjo el sistema de mi desconfianza.

Por lo demas no pretendo, pero no dejo de conocer que no hay cosa como tener oficina y sueldo, que corre siempre ni mas ni menos que un río. Se pone uno malo, ó no se pone; no va á la oficina, y corre la paga; lee uno alli de valde y al brasero la Gaceta y el Correo, y un cigarrillo tras otro se llega la hora de salir poco despues de la de entrar. Si hay en casa un chico de ocho años se le hace meter la

cabeza, aunque no quiera ni sepa todavia la Doctrina Cristiana, y hételo meritorio. ¿No sirve uno para el caso, ó tiene un enemigo, y le quitan de enmedio? Siempre queda un sueldecillo decente, si no por lo que trabaja ahora, por lo que ha dejado de trabajar antes... Aunque estas razones, capaces de mover un carro, no me tuviesen harto aficionado de los destinos, sólo el ser del pais me haria gustar de esas gangas tan naturalmente como gusta el pez de vivir en el agua. Eso de estudiar para otras carreras, ni está en nuestra naturaleza, ni lo consiente nuestro buen entendimiento, que no ha menester de semejantes ayudas para saber de todo.

Otras ventajillas de los empleos pudieran citar; hay unos, por ejemplo, en que se manejan intereses y hay sobrantes... Da uno cuentas, ó no las dá, ó las dá á su modo. No que á mí esto me parezca mal, no señor. A quien Dios se la dió san Pedro se la bendiga. Algunos te dicen á eso que no tiene gracia que á cada mano por donde pasan aquellos rios se le pegue siempre algo. A eso pregunto yo si es posible que llegue el caso de que no se le pegue nunca nada á nadie. Ello es que hay cosas de suyo pegajosas, y si te arrimas mucho á un pellejo de miel, por fuerza te has de untar, sin que esto sea en ninguna manera culpa tuya, sino de la miel que de suyo unta.

Otros empleillos hay como el que tenia un amigo de mi padre: contaba este tal veinte mil reales de sueldo, y cuarenta mil mas que calculaba él de manos puercas, pero tambien recaía en un señor excelente que lo sabia emplear. El año que menos, podia decir por Navidades que habia venido á dar al cabo de los doce meses sobre unos quinientos reales en varias partidas de á medio duro y tal, á doncellas desacomodadas y otras pobres gentes por ese estilo; porque

eso sí, era muy caritativo, y daba limosnas... ¡U! De esta manera, ¿qué importa que haya algo de manos puercas? Se dá á Dios lo que se quita á los hombres, si es que es quitar aprovecharse de aquellos gajecillos inocentes que se vienen ellos solos rodados. Si saliera uno á saltarlo á un camino á los pasajeros, vaya; pero cuando se trata de cogerlo en la misma oficina, con toda la comodidad del mundo, y sin el menor percance... Supongo, v. gr., que tienes un negociado, y que del negociado sale un negocio; que sirves á un amigo por el gusto de servirle no mas; esto me parece muy puesto en razon; cualquiera haría otro tanto. Este amigo, que debe su fortuna á un triste informe tuyo, es muy regular, si es agradecido, que te deslice en la mano la finecilla de unas oncejas... No, sino ándate en escrúpulos, y no las tomes; otro las tomará, y lo peor de todo, se picará el amigo, y con razon. Luego si él es el dueño de su dinero, ¿por qué ha de mirar nadie con malos ojos que se lo dé á quien le viniere á las mientes, ó lo tire por la ventana? Sobre que el agradecimiento es una gran virtud, y que es una grandísima grosería desairar á un hombre de bien, que... Vamos... bueno estaría el mundo si desapareciesen de él las virtudes, si no hubiera empleados serviciales, ni corazones agradecidos.

Lo mismo digo acerca de que te vá á pedir un favor una señora, acaso bien parecida, ó con alguna hija que lo es. ¿Cómo te niegas á oír á una señora que va con su hija? Era preciso tener entrañas de tigre. Yo te aseguro que este sería para mí uno de los puntos en que nunca se quedaría rezagada mi galantería. ¡Jesus! ¡Una señora!

Agrega á esto que para ser oficinista con saber darse tono, con hacer esperar á los hombres y á las

feas en la sala de audiencia, diciendo el portero que el señor oficial está sumamente ocupado, con no conocer á nadie al entrar y salir, con abuecar la voz, estirarse el corbatín y perder el expediente, ya está mas que aprendido el oficio. No es decir esto que no los haya por otro estilo; pero ya tendría yo la curiosidad de ver algunos.

Luego hay hombres que no sirven para otra cosa entre nosotros, y son los mas. — ¿Qué ha de ser usted sino empleado? me decia dias pasados un ultrabatueco. ¿Querrá usted que en estas Batuecas, unas gentes acostumbradas á su oficina, y sus once, y su Gaceta, y su cigarro, vayan á enfrascarse en la cabeza media docena de ciencias y artes útiles, como las llaman, para vivir de otra manera que han vivido hasta ahora, sin el descanso de la mesada, ni los gajes de manos puercas? Bien sabe Dios que eso es tontería, porque yo y los que á mí se me parecen, que no son pocos, tenemos las cabezas mejores que para ciencias y artes para moldes de pelucas, y lo digo con vanidad. A buen seguro que mi padre y aun mi abuelo nunca supieron lo que era un libro; era todo lo mas si sabian firmar, y el uno murió de ochenta y cinco años, y el otro de noventa; ni conocieron nunca lo que era dolerles una uña; y no le parezca á usted que eran unos pelagatos, porque fueron empleados toda su vida, tanto que se puede decir que les salieron los dientes en la oficina, y cuando murieron el uno tenia una venera, y el otro tenia dos. —

Y tenia razon el batueco. Ya ves tú, pues, que si no pretendo no es porque desconozca yo lo que lleva consigo un empleo. Yo no le encuentro á esta carrera mas inconveniente que uno, y es que hay pocos empleos; si no ya tendría yo el mio; esta es

nuestra desgracia, porque como las revoluciones, conforme han dado en hacerlas en el día, no son sino cuestiones de nombre, todo el toque está en estos altos y bajos, en saber cuáles de unos ó de otros han de ser dueños del cotarro. Ello no hay sino diez empleos (que es el mal que nos aflige) y veinte pretendientes. Yo considero que todo estaba arreglado con que hubiera veinte empleos y diez pretendientes; ni yo sé cómo no han dado en esto, siendo una verdad que salta á los ojos.

Asómbrate sin embargo: como hay hombres para todo, un batueco de estos que á ratos no lo parecen, me decia ayer hablando de esto: «los batuecos que quieren bien á su patria han de empezar por apartar el pensamiento de los empleos, y quemar todos los memoriales hechos y por hacer: si el Gobierno necesita hombres, hombres buscará, pues ya sabe dónde estan, y bien conocidos son; al que no le busquen que no se haga buscar él, sino que hínque el codo y se aplique. Si hay un pais en que pueda un hombre hacerse un bien estar por cualquier ramo de artes ó ciencias es este, donde hay de ellas tanta escasez. Pero si esperan á llamar buen Gobierno á aquel que á cada vecino le dé veinte y cuatro mil reales de renta por su manifiesta adhesion, nunca le habrá para las Batuecas, porque el que mas y el que menos somos adictos y muy adictos á tomar la paga el último dia del mes, y aunque sea el primero del siguiente. Agregue usted á esto que el seguir en el carril de hasta ahora es desnudar á un santo para vestir á otro, y santo por santo, voto á Brios que bien se está quien se está vestido. Sí, señor don Andrés; aqui no tendremos un principio de esperanza sino cuando conozcan todos la necesidad de no sacar mas sangre de este cuerpo ya desangrado;

cuando tengan mis compatriotas ideas moderadas un plan uniforme, una marcha prudente, menos egoismo, menos miedo, menos partidos y colores, menos pereza y holgazanería; cuando el cielo nos envíe luz para ver, y aplicacion para trabajar; cuando tengamos, en fin, el verdadero deseo de ser felices, que mucho lleva adelantado para serlo quien de veras lo desea, porque el cielo es tan bueno que querrá probablemente todo lo que nosotros de veras queramos.”

Mira tú, mi Bachiller, por dónde se apeó el batueco. ¡Vaya que hay hombres locos! ¡Luz para ver! Mejor nos estamos á oscuras: de esta manera Dios sabe lo que uno puede topár á tientas: vez hay que se anda uno á buscar tal cosa, y se encuentra debajo de la mano tai otra que no habia visto. Lo mas que puede suceder es que hagamos, jugando á buscar el bien, lo que hace el que juega á dar con la piñata, que suele dejársela á las espaldas, y atinar con un palo á los concurrentes, que esto ya se ha visto.

Yo, como sé que todas esas quimeras que á uno le cuentan son bobadas, porque me llamo Niporesas, y conozco mi patria y mis batuecos como mi casa y mis hijos, á mis empleos me atengo: la semilla ha de caer en buena tierra, y si no, no echarla.

Y con esto concluyo mi carta, que las cartas no han de ser tan largas como nuestro remedio, ni tan cortas como nuestros alcances.

Te he contestado cumplidamente á la tuya. Te he dado noticias de mi familia y de mi persona, y aun de mis opiniones: ahora ruega tú á Dios que los que me protejen me den pronto un empleillo de esos de manos puercas, para dar en tierra con m^í desconfianza, porque de no, me habré de meter

(16)

descontento, y es mal oficio. Si por el contrario me lo dan, le serviré como cada batueco, ó me servirá él á mí por mejor decir: entonces sí que diré que vivimos en la prosperidad, como algunos quieren que lo crea por pruebas que no son pruebas. Tu amigo

Andrés Niporesas.

EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

DON JUAN PEREZ DE MUNGUÍA.

Número 12.

**EL MUNDO TODO ES MÁSCARAS; TODO
EL AÑO ES CARNAVAL.**

Artículo del Bachiller.

SEGUNDA EDICION.

MADRID: 1837.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,
calle del Amor de Dios, número 7.

¿Qué gente hay allá arriba, que anda
tal estrépito? ¿Son locos?

Morat. Comed. Nuev.

No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto, y entregado á profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar á los necios y á los discretos, á los cuerdos y á los locos, á los ignorantes y los entendidos que han de leerme, y sobre todo á los dichosos y á los desgraciados que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa?

Animado con esta reflexion, cogí la pluma y ya iba á escribir nada menos que un elogio de todo lo que veo á mi alrededor, el cual pensaba rematar con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamacion en el país, para contentar á todo el que se me pusiera por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren; pero tropecé con el inconveniente de que los hombres sensatos habian de sospechar que el dicho elogio era burla, y esta reflexion era mas pesada que la anterior.

Al llegar aquí arrojé la pluma, despechado y decidido á consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar; para lo cual determiné verme con un amigo, abogado *por mas señas*, lo que basta para que se infie-

ra si debe de ser hombre entendido, y que éste, registrando su *Novísima* y sus *Partidas*, me dijese para de aquí en adelante qué es lo que me está prohibido, pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas sin andarme á buscar *cotujas en el golfo*, ni el mal fuerá de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba ya para dormirme, á lo cual habia contribuido no poco el esfuerzo que habia hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso así, ó á lo que yo tengo por mas cierto, un amigo que me alborotó la casa, y que se introdujo en mi cuarto dando voces en los términos siguientes, ú otros semejantes.

¡*Vamos á las máscaras!* Bachiller, me gritó. — ¿A las máscaras? — No hay remedio; tengo un coche á la puerta; ¡á las máscaras! Iremos á algunas casas particulares, y concluiremos la noche en uno de los grandes bailes de suscripcion. — Que te diviertas: yo me voy á acostar. — ¡Qué despropósito! No lo imagines: precisamente te traigo un dominó negro y una careta. — ¡A Dios! Hasta mañana. — ¿A dónde vas? Mira, mi querido Munguía, tengo interés en que vengas conmigo; sin tí no voy, y perderé la mejor ocasion del mundo.... — ¿De veras? — Te lo juro. — En ese caso, vamos. ¡Paciencia! Te acompañaré. — De mala gana entré dentro de un amplio ropage, bajé la escalera, y me dejé arrastrar al compás de las exclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme: ¡*cómo nos vamos á divertir!* ¡*Qué noche tan deliciosa hemos de pasar!*

Era el coche alquilon; á ratos parecia que andábamos tanto atrás como adelante, á modo de quien pisa nieve; á ratos que estábamos columpiándonos

en un mismo sitio; llegó por fin á ser tan completa la ilusion, que temeroso yo de alguna pesada burla de Carnaval, parecida al viage de don Quijote y Sancho en el clavileño, abrí la ventanilla mas de una vez, deseoso de investigar si despues de media hora de viage estaríamos todavía á la puerta de mi casa, ó si habríamos pasado ya la línea, como en la aventura de la barca del Ebro.

Ello parecerá increíble, pero llegamos, quedándome yo sin embargo en la duda de si habria andado el coche hácia la casa, ó la casa hácia el coche; subimos la escalera, verdadera imágen de la primera confusion de los elementos: un Edipo sacando el reloj y viendo la hora que era; una Vestal, atándose una liga elástica; y dejando á su criado los chancos y el capote escocés para la salida; un Romano coetáneo de Caton dando órdenes á su cochero para encontrar su landó dos horas despues; un Indio no conquistado todavía por Colon con su papeleta impresa en la mano y bajando de un birlocho; un Oscar ahambando de fumar un cigarrillo de papel para entrar en el baile; un Moro santiguándose asombrado al ver el gentío; cien dominós, en fin, subiendo todos los escalones sin que se sospechára que hubiese dentro quien los moviese, y tapándose todos las caras, sin saber los mas para qué, y muchos sin ser conocidos de nadie.

Despues de un modesto reconocimiento del billete, y del sello y la rúbrica y la contraseña, entramos en una salita que no tenia mas defecto que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello es mas preciso tener máscaras que sala donde colocarlas. Algun ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un *piano*, tan *piano* que nadie lo consiguió oír jamás, eran la

música del baile, donde nadie bailó. Poníanse, sí, de vez en cuando á modo de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intension de ánimo sendos enconrones á derecha é izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta espresion.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, y segun yo llegué á presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que á otros muchos les acontece. Algunas madres, sí, buscaban á sus hijas, y algunos maridos á sus mugeres; pero ni una sola hija buscaba á su madre, ni una sola muger á su marido. *Acaso, decian, se habrian quedado dormidas entre la confusion, en alguna otra pieza... Es posible*, decia yo para mí, *pero no es probable*.

Una máscara vino disparada hácia mí.—¿Eres tú? me preguntó misteriosamente.—Yo soy, le respondí, seguro de no mentir.—Conocí el dominó; pero esta noche es imposible; Paquita está ahí; mas el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por dónde diantres ha encontrado billetes.—¡Lástima grande!—¡Mira tú que ocasion! Te hemos visto, y no atreviéndose á hablarte ella misma, me envia para decirte que mañana sin falta os vereis en la *Sarten...* Dominó encarnado y lazos blancos...—Bien.—¿Estás?—No faltaré.

¿Y tu muger, hombre?—le decia á un ente rarísimo que se habia vestido todo de cuernecitos de abundancia, un dominó negro que llevaba otro igual del brazo.—Durmiendo estará ahora; por mas que he hecho no he podido decidirla á que venga; no hay otra mas enemiga de diversiones.—Así descansas tú en su virtud; ¿piensas estar aquí toda la noche?—No; hasta las cuatro.—Haces bien. En esto se habia alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras.—Nada ha sospechado.—¿Cómo era posible? Si

salí una hora despues que él...—¿A las cuatro ha dicho?—Sí.—Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada?—No hay cuidado alguno, porque:: Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demas palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de *¿me conoces? Te conozco* &c. &c.

¿Pues no parecia estrella mia haber traido esta noche un dominó igual al de todos los amantes, mas feliz por cierto que Quevedo, que se parecia de noche á cuantos esperaban para pegarlos?—¿Chis! ¿Chis! Por fin te encontré, me dijo otra máscara esbelta asiéndome del brazo, y con su voz tierna y agitada por la esperanza satisfecha. ¿Hace mucho que me buscas?—No por cierto, porque no esperaba encontrarte.—¡Ay! ¿Cuánto me has hecho pasar desde antes de anoche! No he visto hombre mas torpe; yo tuve que componerlo todo; y la fortuna fué haber convenido antes en no darnos nuestros nombres, ni aun por escrito. Sino...—¿Pues qué hubo?—¿Qué habia de haber? El que venia conmigo era Carlos mismo.—¿Qué dices?—Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él le vió y le cogió. ¿Qué angustias!—¿Y cómo saliste del paso?—Al momento me ocurrió una idea. ¿Qué papel es ese? le dije. Vamos á verle; será de algun enamorado; se lo arrebato, veo que empieza *querida Anita*; cuando no ví mi nombre respiré; empecé á echarlo á broma.—¿Quién será el desesperado? le decia riéndome á carcajada. Veamos; y él mismo leyó el billete, donde me decias que esta noche nos veríamos aquí si podia venir sola. Si vieras cómo se reía.—¿Cierto que fué gracioso!—Sí; pero por Dios, *don Juan, de estas, pocas*.—Acompañé largo rato á mi amante desconocida, siguiendo la broma lo mejor que pude... el lector comprenderá fácilmente que

bendije las máscaras, y sobre todo el talisman de mi impagable dominó.

Salimos por fin de aquella casa, y no pude menos de soltar la carcajada al oír á un máscara que á mi lado bajaba. — ¡Pésia á mí! le decía á otro; no ha venido; toda la noche he seguido á otra creyendo que era ella, hasta que se ha quitado la careta. ¡La vieja mas fea de Madrid! No ha venido; en mi vida pasé rato mas amargo. ¿Quién sabe si el papel de la otra noche lo habrá echado todo á perder? Si don Carlos lo cogió... — Hombre, no tengas cuidado. — ¡Paciencia! Mañana será otro dia. Yo con ese temor me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta. — Hiciste bien. — Perfectísimamente, repetí yo para mí, y salime riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rimero de criados y capas tendidos aquí y allí por la escalera. La noche no dejó de tener tampoco algun contratiempo para mí. Yo me habia llevado la querida de otro; en justa compensacion otro se habia llevado mi capa, que debia parecerse á la suya, como se parecia mi dominó al del desventurado querido. Ya estás vengado, exclamé, ó burlado mancebo. Felizmente yo al entregarla en la puerta habia tenido la prevision de despedirme de ella tiernamente para toda mi vida. ¡O prevision oportuna! Ciertamente que no nos volveremos á encontrar mi capa y yo en este mundo perecedero; habia salido ya de la casa, habia andado largo trecho, y aun volvía la cabeza de rato en rato hácia sus altas paredes, como Hector al dejar á su Andrómaca, diciendo para mí: *allí quedó, allí la dejé, allí la vi por lá última vez.*

Otras casas recorrimos, en todas el mismo cuadro; en ninguna nos admiró encontrar intrigas

amorosas, madres burladas, chasqueados esposos ó solícitos amantes; no soy de aquellos que echan de menos la accion en una buena cantatriz, ó alaban la voz de un mal comediante, y por tanto no voy á buscar virtudes á las máscaras. Pero nunca llegué á comprender el afan que por asistir al baile habia manifestado tantos dias seguidos don Cleto, que hizo toda la noche de una silla cama y del estruendo arrullo; no entiendo todavía á don Jorge cuando dice que estuvo en la funcion, habiéndole visto desde que entró hasta que salió en derredor de una mesa en un verdadero *ecarté*. Toda la diferencia estaba en él con respecto á las demás noches en ganar ó perder, vestido de moharracho. Ni me sé esplicar de una manera satisfactoria la razon en que se fundan para creer ellos mismos que se divierten en un enjambre de máscaras que vi buscando siempre, y no encontrando jamas, sin hallar á quien embromar, ni quien los embrome, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas les echaran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallan todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse á sí mismos y creerse felices por espacio de una noche entera? ¿Es por dar á entender que tambien tienen un interés y una intriga? Algo nos inclinamos á creer lo último cuando observamos que los mas de estos os dicen si los habeis conocido. — ¡Chiton! ¡Por Dios! *No digais nada á nadie.* — Seguidlos, y os convenceréis de que no tienen motivos ni para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan, gastan, salen quebrantados del baile::: nunca empero se les olvida

salir los últimos, y decir al despedirse: *¿Mañana es el baile en Solis?*—*Pues hasta mañana.*—*¿Pasado mañana es en San Bernardino?* ¡Diez onzas de-
ra por un billete!

Ya que sin respeto á mis lectores me he metido en estas reflexiones filosóficas, no dejaré pasar en silencio antes de concluir las la mas principal que me ocurría. ¿Qué mejor careta ha menester don Braulio que su hipocresía? Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los dias, y reza sus devociones, á merced de esta máscara que tiene constantemente adoptada, mirad cómo engaña, cómo intriga, cómo murmura, cómo roba::: ¿Qué empeño de no parecer Julianita lo que es! ¿Para eso solo se pone un rostro de carton sobre el suyo? ¿Teme que sus facciones delaten su alma? Viva tranquila: tampoco ha menester careta. ¿Veis su cara angelical? ¿Qué suavidad! ¿Qué atractivo! ¿Cuán fácil trato debe de tener! No puede abrigar vicio alguno.—Miradla por dentro, observadores de supercies: no hay dia que no engañe á un nuevo pretendiente; veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos, insufrible y altanera con su esposo: esa es la hermosura perfecta, cuya cara os engaña mas que su careta. ¿Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas en sociedad? ¿Qué deferencia! ¿Qué prevision! ¿Cuán sumiso debe ser! No le escojas solo por eso para esposo, encantadora Amelia: es un tirano grosero de la que le entrega su corazón. Su cara es tambien mas pérfida que su careta; por esta no estás espuesta á equivocarte, porque nada juzgas por ella; pero ¡la otra:::!! imperfecta discípula de Lavater, crees que debe ser tu clave, y solo suele ser un pérfido guia que te entrega á tu enemigo.

Bien presumirá el lector que al hacer estas meta-

físicas indagaciones algun pesar muy grande debia afligirme, pues nunca está el hombre mas filósofo que en sus malos ratos; el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofia, como un salto de pelo su *bisoñé*; la filosofia es efectivamente para el desdichado lo que la peluca para el calvo, de ambas maneras se les figura á entrambos que ocultan á los ojos de los demas la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Así era; un pesar me afligia. Habíamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta Corte; el continuo transpirar, el estar en pie la noche entera, la hora avanzada y el mucho cavilar habian debilitado mis fuerzas en tales términos que el hambre era á la sazón mi maestro de filosofia. Así de mi amigo, y de comun acuerdo nos decidimos á cenar lo mas espléndidamente posible. ¡Funesto error! Así se refugiaban máscaras á aquel estrecho local, y se apiñaban y empujaban unas á otras como si fuera de la puerta las esperase el mas inminente peligro. Iban y venian los mozos aprovechando claros y describiendo sinuosidades, como el arroyo que va buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya; apenas habia un plato de que disponer; pedimos sin embargo de lo que habia, y nos trajeron varios restos de manjares que alguno que habia cenado antes que nosotros habia tenido la prevision de dejar sobrantes. *Hicimos semblante* de comer, segun decian nuestros antepasados, y como dicen ahora nuestros vecinos, y pagamos como si hubiéramos comido. Esta ha sido la primera vez en mi vida, salí diciendo, que me ha costado dinero un rato de hambre.

Entrámonos de nuevo en el salon de baile, y cansado ya de observar y de oír sandeces, prueba irre-

fragable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesura y talento, toda mi ambicion se limitó á conquistar con los codos y los pies un rincón donde ceder algunos minutos á la fatiga. Allí me recosté, púseme la careta para poder dormir sin escitar la envidia de nadie, y columpiándose mi imaginacion entre mil ideas opuestas, hijas de la confusion de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, mas no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie, segun dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado sobre todo, predisponen la imaginacion débil y acalorada del hombre á las visiones nocturnas y aéreas que vienen á tomar en nuestra irritable fantasia formas corpóreas cuando estan nuestros párpados aletargados por Morfeo. Mas de cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariencias. Esto es precisamente lo que á mi me aconteció; porque al fin, segun espresion de Terencio, *homo sum et nihil humani à me alienum puto*. No bien habia cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda oscuridad; reinaba el silencio en torno mio; poco á poco una luz fosfórica fué abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas, y una redoma mágica se me fué acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso meteoro. Saltó un tapon con que venia herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su cuello destapado, y todo volvió á quedar en la oscuridad. Entonces sentí una mano fria como el mármol que se encontró con la mia; un sudor yerto me cubrió; sentí el crujir de la ropa de una fantasma bulliciosa que ligeramente se movia á mi lado, y una voz semejante á un leve

soplo me dijo con acentos que no tienen entre los hombres signos representativos: *abre los ojos, Bachiller; si te inspiro confianza sígueme*: el aliento me faltó, flaquearon mis rodillas; pero la fantasma despidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de su cigarro, y á su escasa luz reconocí brevemente á Asmodeo, héroe del *diablo Cojuelo*. — Te conozco, me dijo; no temas: vienes á observar el Carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio! ven conmigo; do quiera hallarás máscaras, do quiera Carnaval, sin esperar al segundo mes del año.

Arrebatóme entonces insensible y rápidamente, no sé si sobre algun dragon alado, ó vara mágica, ó cualquier otro bagage de esta especie. Ello fué que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa presa, fué obra de un instante. Entonces vi al través de los tejados como pudiera al través del vidrio de un excelente antejo de larga vista.

Mira, me dijo mi extraño *cicerone*. ¡Qué ves en esa casa? — Un jóven de sesenta años disponiéndose á asistir á una *suaré*; pantorrillas postizas, porque va de calzon; un frac diplomático; todas las maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasion sobre todo indestructible de que su figura hace conquistas todavía...

— ¡Y allí? — Una muger de cincuenta años. — Obsérvala; se tiene los blancos cabellos. — ¡Qué es aquello? — Una caja de dientes; á la izquierda una pastilla de color; á la derecha un *polison*. — ¡Como se ciñe el corsé! va á exhalar el último aliento. — Repara su gesticulacion de coqueta. — ¡Ente execrable!

¡Horrible desnudez! — Mas de una ha deslumbrado tus ojos en algun sarao que debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras.

—¿Quién es aquel mas allá? — Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar á un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuanto salió, como tú arrojás la careta en llegando á tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: venid aquí necios, dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Témis. ¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creía Neptuno?

Observa mas abajo: un moribundo; ¿oyes como se arrepiente de sus pecados? Si vuelve á la vida, tornará á las andadas. A su cabecera tiene á un hombre bien vestido, un baston en una mano, una receta en la otra: *ó la tomas ó te pego. Aquí tienes la salud*, parece decirle, yo sano los males, yo los conozco; observa con qué seriedad lo dice; parece que lo cree él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. No hay cuidado, sale diciendo; ya sube en su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo? — Sí. — Pues oye tambien el último ay del moribundo, que va á la eternidad, mientras que el doctor corre á embromar á otro con su disfraz de sábio.

Ven á ese otro barrio. — ¿Qué es eso? Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas? — Sí. — Míralas con este antejo. — ¡Cielos! La alegría rebosa dentro, y cuenta los días que el decoro le podrá impedir salir al exterior.

Mira una boda: con qué buena fé se prometen los novios eterna constancia y fidelidad.

.....
 ¿Quién es aquél? — Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! *Yo sé ganar batallas*, parece que va diciendo. — ¿Y no es cierto? Ha ganado la de***. — ¡Insensato! Esa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo. — Pero: :: — No es lo mismo. — ¿Y la otra de?*** La casualidad. — Se está vistiendo de grande uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E.; él y los que así le ven creen que ya no es un hombre como todos.

.....
 Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te estan embromando toda la vida? ¿A qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal á la calle, y verás las máscaras de valde. Solo te quiero enseñar antes de volverte á llevar donde te he encontrado, concluyó Asmodeo, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencantarte. Al decir esto pasábamos por el teatro. Mira allí, me dijo, á un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes, y de Neron, y de Otelo... ¡Infeliz! ¿Pero qué mucho? Un inmenso concurso se lo cree tambien. ¡Ya se ve! ni unos ni otros han conocido á aquellos señores. Repara, y rieta á tu salvo. ¿Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos corredizos? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, ¡y qué mas sé yó! ¿Ves aquel que sale ahora? Aquel di-

ce que es el grande sacerdote de los griegos, y aquel otro Edipo; ¿los conoces tú?—Sí; por mas señas que esta mañana los ví en misa. — Pues míralos; ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Jocasta, y el pueblo Tebano entero se van á cenar sin mas acompañamiento, y dejándose á su patria entre bastidores, algun carnero verde, ó si quieres un excelente beefteck hecho en casa de Genyeis. ¿Quieres oír á Semíramis?—¿Estás loco, Asmodeo? ¿A Semíramis?—Sí, mírala; es una excelente conocedora de la música de Rossini. ¿Oíste qué bien cantó aquel adagio? Pues es la viuda de Nino; ya espira; á imitación del cisne, canta y muere.

Al llegar aquí estábamos ya en el baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas. ¡Asmodeo! grité. Profunda oscuridad; silencio de nuevo en torno mio.—Asmodeo, quise gritar de nuevo; dispiértame empero el esfuerzo. Llena aun mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos, y todos los trages apiñados, todos los países me rodean en breve espacio: un chino, un marinero, un abate, un indio, un ruso, un griego, un romano, un escocés::: ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Ha sonado ya la trompeta final? ¿Se han congregado ya los hombres de todas las épocas y de todas las zonas de la tierra á la voz del Omnipotente en el valle de Josafat?.. Poco á poco vuelvo en mí, y asustando á un turco y una monja entre quienes estoy, esclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, é imitando las espresiones de Asmodeo, que aun suenan en mis oídos: «*El mundo todo es Máscaras: todo el año es Carnaval.*»

EL POBRECCITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

D. JUAN PEREZ DE MUNGUÍA.

Núm. 13.

CONCLUSION.

SEGUNDA EDICION.

Madrid: 1838.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Pinuela,

CALLE DEL AMOR DE DIOS, NÚMERO 7.

HABLADOR.

«No tratamos de inculpar en modo alguno por los cuadros que vamos á describir al justo Gobierno que tenemos: no hay nacion tan bien gobernada donde no tengan entrada mas ó menos abusos, donde el gobierno mas enérgico no pueda ser sorprendido por las arterias y manejos de los subalternos. Contraria del todo es nuestra idea. Precisamente ahora que vemos á la cabeza de nuestro Gobierno una Reina que, de acuerdo con su Augusto Esposo, nos conduce rápidamente de mejora en mejora, nosotros, deseosos de cooperar por todos términos como buenos y sumisos vasallos á sus benéficas intenciones, nos atrevemos á apuntar en nuestras habladurías aquellos abusos que desgraciadamente, y por la esencia de las cosas, han sido siempre en todas partes hartos frecuentes, creyendo que cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el orden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desorden, y mucho menos si se hacen las criticas generales, embozadas con la chanza y la ironia, sin aplicaciones de ninguna especie, y en un folleto que mas tiende á escitar en su lectura alguna ligera sonrisa, que á gobernar el mundo.

«Protestamos contra toda alusion, toda aplicacion personal, como en nuestros números anteriores. Solo hacemos pinturas de costumbres, no retratos.»

Pob. Hab., n.º 10, pág. 9.

1828

Imprenta de los Señores Esteban y Juan

CALLE DEL AÑO DE DIOS REYERDO 7.

... en unos tiempos en que es preciso
 ... en buelo á los negocios, uno á uno, no nos
 ... sentamos con ellos para tan largas tareas; mas
 ... mas, mas, mas, que á mí no me
 ... han hecho nada.
 ... Considero ahora el juicio lector que con-

Trece números y diez meses va á hacer que, acosados del enemigo malo que nos inducia á hablar, dimos principio á nuestras habladurías? —¿Qué? ¿No queda mas que hablar? nos dirán. —Mucho nos falta efectivamente que decir, pero acabamos de entrar en cuentas con nosotros mismos, y hecha abstracción de lo que no se debe, de lo que no se quiere, ó de lo que no se puede decir, que para nosotros es lo mas, podemos asegurar á nuestros lectores que dejamos el puesto humildemente á quien quiera iluminar la parte del cuadro que nuestro pobre pincel ha dejado oscura. Confesamos que al acometer tan arriesgada empresa no conociamos la cara al miedo; pero en el dia no nos queremos salvar, si no es cierto que temblamos de pies á cabeza al sentar la pluma en el papel. En unos tiempos en que la irritabilidad de nuestras modernas costumbres exige que tengamos á la vez en la misma mano la espada y la pluma para

*

convencer á estocadas al que no pueden convencer razones; en unos tiempos en que es preciso matar en duelo á los necios, uno á uno, no nos sentimos con fuerza para tan larga tarea; *mate, pues, moros quien quisiere, que á mí no me han hecho mal.*

Considere además el juicioso lector que contra todo nuestro gusto hemos echado diez meses en verter media docena de ideas, que acaso en horas habíamos concebido, y todo para decirlas á fuerza de lagunas y paliativos, de la ridícula y única manera que las pudieran oír los mismos que no quieren entenderlas. Desconfiados ya en un principio de nuestras flacas fuerzas, nunca nos propusimos trazar un plan mucho más entendido..... ¿Cómo no hemos de exclamar arrojando la pluma «no servimos para escribir aquí; nuestras ideas están en contradicción con las buenas, ó con las del mayor número?» ¿Cómo pudiera no pesarnos con verdadera atrición de haber contado ligeramente con la buena voluntad de los amigos de la verdad, que realmente no debe de tener muchos entre nosotros? Ya en otra parte dijimos que donde quiera que volvemos los pasos encontramos una pared insuperable, pared que fuera locura pretender derribar. Pongámosle al contrario como cada uno un ladrillo más con nuestras propias manos; vivamos

entre nuestras cuatro paredes, sin disputar vanamente si nos ha de sorprender la muerte como á los carneros de Casti, asados ó cocidos, y si del otro lado imaginan algunos que está la felicidad, que nosotros no vemos en el mundo por ninguna parte, Dios se la tenga muchos años por allá, y se la dé á quien más le convenga, pues ya está visto que á nosotros, pobrecitos habladores, no nos debe en manera alguna de convenir.

Una duda ofensiva nos queda por desvanecer; esta es una aclaración que nos pesará más que todo no poder hacer. Habrán creído muchos tal vez que un orgullo mal entendido, ó una pasión inoportuna y dislocada de estrangerismo han hecho nacer en nosotros una propensión á maldecir de nuestras cosas. Lejos de nosotros intención tan poco patriótica; esta duda solo puede tener cabida en aquellos paisanos nuestros que, haciéndose peligrosa ilusión, tratan de persuadirse á sí mismos que marchamos al frente ó al nivel á lo menos de la civilización del mundo; para los que tal creen no escribimos, porque tanto valiera hablar á sorcos; para los españoles empero juiciosos, para quienes hemos escrito mal ó bien nuestras páginas; para aquellos que, como nosotros, creen que los españoles son capaces de hacer lo

que hacen los demas hombres; para los que piensan que el hombre es solo lo que de él hacen la educacion y el gobierno; para los que pueden probarse á sí mismos esta eterna verdad con solo considerar que las naciones que antiguamente eran hordas de bárbaros son en el dia las que capitanean los progresos del mundo; para los que no olvidan que las ciencias, las artes y hasta las virtudes han pasado del Oriente al Occidente, del Mediodia al Norte en una continúa alternativa, lo cual prueba que el cielo no ha monopolizado en favor de ningún pueblo la pretendida felicidad y preponderancia tras que todos corremos; para estos, pues, que estan seguros de que nuestro bienestar y nuestra representacion política no ha de depender de ningún talisman celeste, sino que ha de nacer, si nace algun dia, de tejas abajo, y de nosotros mismos; para estos haremos una reflexion que nos justificará plenamente á sus ojos de nuestras continuas detraçiones, reflexion que podrá ser la clave de nuestras habladurías, y la verdadera profesion de fé de nuestro bien entendido patriotismo. Los aduladores de los pueblos han sido siempre, como los aduladores de los grandes, sus mas perjudiciales enemigos; ellos les han puesto una espesa venda en los ojos, y para usufructuar

su flaqueza les han dicho: *lo sois todo*. De esta torpe adulacion ha nacido el loco orgullo que á muchos de nuestros compatriotas hace creer que nada tenemos que adelantar, ningún esfuerzo que emplear, ninguna envidia que tener. Ahora preguntamos al que de buena fé nos quiera responder: *Quién es mejor español*, el hipócrita que grita: *todo lo sois; no deis un paso para ganar el premio de la carrera, porque vais delante*; ó el que sinceramente dice á sus compatriotas: *aun os queda que andar; la meta está lejos; caminad mas aprisa; si quereis ser los primeros*? Aquel les impide marchar hácia el bien, persuadiéndoles á que le tienen; el segundo mueve el único resorte capaz de hacerlos llegar á él tarde ó temprano. ¿Quién, pues, de entrambos desea mas su felicidad? El último es el verdadero español, el último el único que camina en el sentido de nuestro buen Gobierno. Y cuando una mano poderosa y benéfica, de quien sabe mejor que los aduladores de las naciones lo que nos falta que andar, nos anima señalándonos gloriosos ejemplos, cuando una Reina ilustré y un Monarca bien intencionado tratan los primeros de llevarnos á la posible perfeccion, retardada acaso no por culpa de sus escelsos antecesores, sino tal vez por la sucesion de revoluciones desgraciadas siempre

que han afligido nuestro pais, en esta ocasion ¿no se nos permitirá proclamar esta luminosa verdad, que un español fiel vierte en cooperacion de los altos fines de sus Reyes? ¿No se nos permitirá tampoco rendir este postrer homenaje á la verdad?

Esta era la última reflexion que nos quedaba que hacer; el deseo de contribuir al bien de nuestra patria nos ha movido á decir verdades amargas; si nuestras pocas fuerzas, si las dificultades que en nuestra marcha hemos encontrado, si las circunstancias, en fin, hubiesen impedido resultados correspondientes á nuestras esperanzas, sirvenos al menos de consuelo y de recompensa la propia satisfaccion que nos inspira nuestro objeto. ¿No se nos permitirá tampoco decir á la faz de nuestros lectores: *¡esta fue nuestra intencion!*? ¿Qué riesgo podrá haber para nadie en decir en altas voces que deseamos lo bueno, y que por eso criticamos lo malo? Despues de este exordio, en que hemos dado la clave de nuestro Hablador, despues de haber manifestado harto claramente que si números enteros han sido dedicados á objetos de poca importancia, no ha sido porque fuese tal nuestra intencion, sino por la naturaleza de las cosas que nos rodean, terminemos nuestra coleccion como podamos;

y si hubiere lector que no pareciese muy satisfecho de nuestras divagaciones, ó de la futilidad tal vez de las materias que tratemos, le rogamos que vuelva á leer el exordio que antecede para que no culpe á quien de buena gana le siguiera divirtiendo mas á su placer, y recuerde que solo el deseo de cumplir la palabra que al público tenemos dada de llenarle catorce números nos pone hoy nuevamente la pluma en la mano.

CARTA ULTIMA

DE

ANDRÉS NIPORESAS

AL BACHILLER

DON JUAN PEREZ**DE MUNGUÍA.**

Querido Bachiller: Imagina tú si me será sensible el estado de tu salud y ese malhadado frenillo que te embarga la lengua y te obliga á hablar tan de tarde en tarde; echa mano de la sopa en vino, y si esta no basta á dar tono á tu decaida máquina, avísame con tiempo para encomendarte á Dios y rogarle que te haga arrepentir en vida de tus muchos y corpulentos pecados, pues te veo ya con un pie en la sepultura, y me doy á entender que si te alcanza la muerte antes de arrepentirte, no ha de haber luego remedio humano ni divino para tí, ni te han de alcanzar oraciones de ningun cristiano. Mira es-

tas cosas muy despacio, y considera sobre todo que hay infierno: De esta verdad, si la fé no te respondiera, te responderia yo, que llevo este punto de creencia á tal extremo que estoy para mí que no solo le hay en la otra vida, sino en esta tambien debe haberle para mas de uno, segun vehementes indicios que de ello tengo.

Es tanta la batahola de preguntas y confusion de encargos que en tu última carta reservada, y no vista del público, me dirigés y encomiendas, que no sé si bastaré yo para dar completa satisfaccion á todas tus necesidades. Conténtate, pues, con lo que buenamente te pueda ir diciendo.

Pasemos á tus largas preguntas y á tus interminables encargos (1).

Con respecto á la Historia de España que me pides, como me dices que ha de ser buena, no te la puedo enviar, porque no la he encontrado.

Me encargas que envíe á tu sobrinito á las cátedras públicas de Historia y Geografia que supones temerariamente que debe de haber en una Corte como esta; me añades que ya que tiene la fortuna de estar en el primer pueblo de la nacion que aproveche esta feliz circunstancia para

(1) Véase el epigrafe de este número, página 2.ª, para leer lo que sigue.

ilustrarse. Te ruego encarecidamente que antes de hacerme estos encargos procures no ser tan ligero en tus juicios, porque aqui no hay semejantes cátedras; lo que hay es una Academia de la Historia, y un despacho de mapas en la calle del Príncipe. Puede ser que sean estas las noticias que tengas, y como erés tan torpe, todo lo hayas confundido.

Soy de opinion que no aprenda Taquigrafía, en atención á que aqui no hay palabra que seguir.

Lo que sí debe aprender es el arte de tener siempre razon; es decir, la esgrima, porque andan muy en boga los desafíos de algun tiempo á esta parte; de suerte que ya en el dia es una vergüenza no haber estropeado á algun amigo en el campo del honor. Otra cosa no menos importante. Es de primera necesidad que se vista de majo y eche un cuarto á espadas en cualquier funcioneilla de toros extraordinaria que entre señoritos aficionados se celebre, que si se celebrará; con estas dos cosas será una columna de la patria y un modelo del buen tono, segun los usos del dia. Y aun si pudiera ser tener pantalon *colan* y sombrero *clac*; si pudiera ser además que pasase la mañana haciendo visitas, y dejando cartoncitos de puerta en puerta, la tarde haciendo ganas de comer y atropellando ami-

gos en un caballo cuelli-largo y sin rabo, condicion *sine quâ non*, la prima noche silbando alguna comedia buena, y la madrugada de *raout* en *raout* perdiendo al ecarté su dinerillo y el de sus acreedores, sería doblemente considerado de las gentes del gran mundo, y atendido de las personas sensatas del siglo.

Alguna obra de la biblioteca de las que me indicas está en lo reservado, y asi te devuelvo tu encargo.

Tampoco he encontrado una coleccion de tragos españoles de todas las épocas, porque no la hay. Me han preguntado si estás tú seguro de que anduviesen vestidos nuestros antepasados.

No se ha encontrado quien compusiera tu reloj; sabe mas que tú y que todos nosotros; por mas que ha querido el relojero gobernarlo, él no se ha dejado gobernar.

La laminita que quieres, no he hallado en Madrid quien la haga; dicen que es preciso hacerla sobre acero, y para obtener buen resultado me han asegurado que debes encargarla á París.

No he dado á encuadernar el libro consabido, porque como lo quieres lujoso y preciosamente encuadernado, y aqui no hay mas que uno que lo sepa hacer, está muy atareado, sobre llevar muy caro, y asi es cosa larga. Si te corre prisa lo enviaré á Londres.

No he podido confiar tus comisiones á Domingo, ni á Pedro, ni á la Nicolasa: hánles sucedido á todos desgracias impensadas.....

Ya te puedes poner en camino, porque en esta semana pasada no ha habido mas que dos robos de diligencias.....

Pero si vienes á pretender no vengas, que por ahora no tengo empeños que prestarte, y para traerte solo contigo tus méritos te puedes quedar con ellos por allá, que aqui nadie los ha menester.....

Vengas ó no vengas, lo que debes hacer es callar; supuesto que el mundo ha de ir siempre como va, haz lo que todos, y de lo que sabes saca partido; si es que no quieres olvidarlo, lo cual seria mas seguro. Cuando las cosas no tienen remedio la habilidad consiste en convertir las como son en provecho de uno. Déjate, pues, ya de habladorías, que te han de costar la vida, ó la lengua; imítame á mí, y escribe solo de aqui en adelante cartas simples y serias de familia, como está, donde cuentes hechos, sin reflexiones, comentarios ni moralejas, y en las cuales nadie pueda encontrar una palabra maliciosa, ni un reproche que echarte en cara, sino la sencilla relacion de las cosas que natural y diariamente en las Batuecas acontecen; ó lo que seria mejor, ni aun eso escribas, que para que

esta habilidad no se te olvide, bastará que pongas semanalmente la cuenta de la lavandera.

Andrés Niporesas.

Nota. De aqui para adelante el Editor no sabe mas qué ha sido de los escritos del Bachiller ni de su correspondencia con Andrés Niporesas: solo se sabe que, como de los fragmentos de esta carta se puede barruntar, se habia puesto el Pobrecito en camino para la Corte de las Batuecas, y, como se infiere, Andrés seguía en Madrid. Que á poco el Bachiller murió, lo cual se supo por los últimos partes telegráficos. El Editor aguarda los mas recientes pormenores para darlos al público, como lo espera hacer en el número 14 de esta coleccion, que será *la muerte del Pobrecito Hablador*. Solo se han hallado entre papeles viejos algunos fragmentos, como en dicho número se dirá, los cuales no se sabe si con el tiempo podrán ver la luz pública.

¿Qué se hizo el Rey Don Juan?
Los Infantes de Aragon
¿qué se hicieron?

• • • • •
Mas como fuese mortal,
metiólo la muerte luego
en su fragua:
¡O juicio divinal!
Cuando mas ardía el fuego
echaste agua.

Jorge Manrique.

(1)
O fragilidad de las cosas humanas! ¿Será cierto? El fuerte, el terrible cayó. ¡No existe ya el Pobrecito Hablador! ¿Pero qué mucho? Caen y pasan los imperios, ¡y no habrán de caer y pasar los habladores! Los asirios cayeron; los babilonios hicieron lugar á los persas; los persas sucumbieron á los griegos; los griegos se refundieron en los romanos; Roma humilló su altiva frente á las hordas del Norte, y á los bárbaros sus águilas imperantes: :: todo pasó: el recuerdo de su soberbia existe solo para hacer mas humillante su caída. ¿Qué le prestó á la colonia de Dido su mala fé? ¿Qué le prestaron sus ciencias á la ciudad de Minerva? ¿Qué á la corte de Zenobia sus altos monumentos? ¿Qué á la capital del mundo su severidad republicana ni sus fuertes muros? Todo lo destruyó el tiempo. ¿Y no podrá destruir á un hablador?

Entre lágrimas y congojas escribo estos tris-

*

tes renglones que acaso la posteridad leerá; pero por si la posteridad no los leyese, porque de la posteridad no se sabe cosa cierta, léanlos á lo menos nuestros coetáneos.

Un pañuelo en la mano, apoyada en esta la mejilla, mis cabellos esparcidos, los ojos anegados en lágrimas, las huellas del dolor sobre mi frente: : Héme aquí, discípulo de Apeles; pinta mi desesperacion si alcanzan tus pinceles á pintar el mayor dolor que un mortal, y que un Andrés, han alcanzado jamas á padecer.

Tregua por fin á los sollozos: corra mi pluma sobre el papel; selle con caracteres de tinta y consigne en la eternidad tan funesto acontecimiento.

No ha dos horas aun esperaba el correo... la alegría brillaba en mis ojos. ¡Noticias de las Batuecas! esclamaba. ¡Cuánto se engaña el hombre! Llega un propio acelerado; mi mano trémula se resiste á romper el negro lema... y... ¡Qué horror! El Bachiller... ¡Ha muerto! ¿Alguna alévosa pulmonía? No; no era un soplo de aire quien habia de matar á un hablador. ¿Una apoplegía fulminante? ¡Ah! Un pobrecito no muere de apoplegía. ¿Murió de tener razon? ¿Murió de la verdad? ¿Murió de alguna paliza? Pero ¡ay! era su estrella dar palos y no recibirlos. ¿Dió con alguno mas hablador que él? ¿Murió de algun traganton de palabras?

No mas dudas, en fin: recorro con la vista el pliego funesto, y la siguiente carta del infeliz escribiente del Pobrecito Hablador desenvuelve á mis ojos las horribles circunstancias de tan espantosa catástrofe.

«Señor don Andrés Niporesas. Aunque á riesgo de que v. m. no me crea, pues sé de muy buena tinta que no cree en cosa nacida ni por nacer, en lo cual hace como aquel que es experimentado y sabe cuánto viven los hombres de mentira, no dudo un momento en participarle la desgracia que en el dia y aun en la noche tiene hecha un mar de lágrimas esta su casa, y lo que vale mas gran parte ya de las Batuecas.

Bien sabe v. m., y lo sabe mejor que nadie, que mi principal el señor Bachiller, que Dios haya perdonado, dió en hablar por los codos, y valga lo que valga esta frasecillá. No fueron parte, como v. m. sabe, á atarle la lengua, ni los respetos debidos á los necios en todo país poco menos que civilizado, ni las consideraciones que la sinrazon merece mas de un vez entre nosotros, ni los gritos de su familia que los poniamos en el cielo suplicándole que no se metiese en habladurías, para lo cual le acumulabamos un sin fin de refranes, como v. g.: al buen callar llaman Sancho, cada uno en su casa, y Dios en la de todos; por la boca muere el pez; y otros tales y tan significativos como

estos; ya conoce v. m. que á mí sobre todo no me faltarian, porque soy de nacimiento castellano y de profesion batueco; pero á todo hacia mi amo orejas de mercader, ó respondia de una manera victoriosa: en cuanto al primero, que él no queria ser Sancho; en lo de cada uno en su casa, ni estaba decidido si él la tenia, ni si él era cada uno; en cuanto á lo de Dios por su casa, mucho le amaba en verdad... Y en lo de que el pez muere por la boca, añadía que tanto tenia él de pez, como los batuecos de personas. Asi no habia entrarle. Ya ve v. m. que un hombre para quien no tenian autoridad los refranes, que tienen toda la legitimidad de la antigüedad, es hombre desahuciado. Habia de hablar y habló.

Y no fue lo peor que hablase, señor don Andrés, porque al fin si siempre hubiera hablado á cien leguas de sus interlocutores como en un principio le acontecia; santo y bueno! que hay cosas que ó no se deben decir, ó se deben decir desde muy lejos... Pero ¡ay de mí! el señor Bachiller la quiso echar de fanfarron: supo que en las Batuecas no todos le agradecian los elogios que de ellos hacia y habia hecho continuamente, porque cuatro lectores de mala fé le daban tormento á las espresiones y esprimian el limon hasta sacar lo amargo. ¡Vea v. m. que injusticia! Bien sabe Dios, y lo sé yo tambien por mas señas, que nunca fue la intencion del señor

Bachiller hablar mal de su pais. ¡Jesus! ¡Dios nos libre! Antes queríalo como un padre á su hijo bien se echa de ver que este cariño no es incompatible con cuatro zurras mas ó menos al cabo del año. Ademas de ser él persona muy bien intencionada, de una pasta admirable y agena de toda malicia, tanto que todo lo que decia lo decia de buena fé y como lo sentia. Ni él quisiera ofender á nadie, porque amaba á su prójimo poco menos que á sí mismo, y toda la dificultad solia ponerla en saber cuál era su prójimo, porque ha de saber v. m. que no todos se lo parecian. Fue, pues, el caso, y tenga v. m. paciencia con mis digresiones, porque yo nunca acerté á escribir de otra manera; antes suelo distraerme y salirme del camino como bestia hambrienta para meterme por los sembrados de las laderas y ver si cojo alguna espiga; asi llevando viaje para Alcalá suelo salir junto á Zaragoza, y como de esas veces me anochece en Huete y salgo á la mañana por los cerros de Ubeda: digo, pues, fue el caso que supo mi señor las habladurias que de su persona andaban, y cómo se corria en las Batuecas que despues de tanto como habia hablado y tan malo no le seria posible dar la vuelta para allá, aunque quisiera, puesto que tendria miedo. Miedo, decia cuando lo supo. ¡Voto á tal! que nunca le vi la cara al miedo, y tengo de ir á las Ba-

tuecas solo por ver si comen Bachilleres esos señores Traga-aldabas. — ¡Ay! no haga v. m., señor Bachiller, tal disparate, le dijimos á una voz: mire que aunque tuviera miedo á los tontos no haria nada de mas, porque no hay nada mas terrible que un tonto. Pero, señor don Andrés Niporesas, dió en pensar en ello, y se pasaba los dias de claro en claro, y las noches de turbio en turbio, dando y tomando en lo del viaje, hasta que hubo de efectuarlo. Fuímonos, señor de mi alma, á las Batuecas... Sosiéguese v. m. porque nada le aconteció por entonces que digno de contar sea.

Llegó por fin un viernes, que viernes habia de ser él para ser bueno, y fue preciso meter entre sábanas al señor Bachiller, Q. S. G. H. Sintiéndose allí morir por momentos, no quiso espirar sin practicar todas aquellas diligencias que á su conciencia debia como buen cristiano, porque ha de saber v. m. que *bueno* no diré, pero cristiano si sé que era. Practicadas estas diligencias, para las cuales le dejamos largo rato solo y recogido, llamónos á todos, y luego que nos tuvo en derredor,

«Hijos míos, dijo con voz bien diversa de la que solia tener cuando hablaba claro, porque es de advertir que á lo último ya apenas se le entendia: hijos míos, os reuno porque no quiero

que se diga de mí que morí sin hacer disposicion alguna, ni declarar mi verdadero modo de pensar, que si no fuese el verdadero, porque esto ni yo lo sé, será por lo menos el último; pues os advierto que yo tambien tuve varios modos de pensar, y tuviera mas, si mas lugar me diera la muerte, que me siento aqui, que me aprieta en la misma garganta. Ni menos quiero que se diga que murió sin decir oste ni moste quien solo de hablar vivió, que esto fuera mengua.

En cuanto á bienes, harto sabeis, queridos míos, que nada tengo que dejar sino el mundo en que he vido, y ese bien sabe Dios que no le dejo yo, sino que me le hacen dejar mal que me pese. Ni necesito hacer ninguna declaracion de pobre, porque bien público y notorio es que he sido poeta, que me dediqué desde chiquito á las letras en este pais, que he sido hombre de bien y de honor, que no he sido intrigante ni adulador, ni yo anduve nunca en empréstitos agenos y ganancias propias, ni tuve muger bonita, ni hija que lo pareciese, ni tío obispo ó padre covachuelo. Así que, ¿por dónde he de ser rico?

«Dejo, pues, lo poco que se halla, si se halla algo, para misas por mi ánima, porque no las tengo todas conmigo; y si se quejase mi hijo que le dejo por ello sin eso poco que le queda-

ria, que tenga paciencia, que primero son mis gustos que sus necesidades, y mi alma que su cuerpo.

» Declaro y confieso en la hora de mi muerte, y como si me hallase en ella, que tengo miedo, y que de miedo muero; lo cual no me da vergüenza, así como hay otras cosas que tampoco se la dan á otros; antes me da mucha pena y estoy muy arrepentido de no haberlo tenido un poco antes. ¡Cómo ha de ser! Todo no se puede hacer á un tiempo.

» Item mas: en consideracion á que conozco muchas personas que estan buenas y gordas y bien establecidas que se han retractado de sus opiniones ó espresiones, siempre que han creido serles conveniente ó venir muy al caso, en consideracion á esto, me retracto no solo de todo lo que he dicho, sino tambien de lo que me he dejado por decir, que no es poco. Y esta retractacion deberá entenderse reservándome el derecho de volverme á retractar cuanto y como me acomodare, si vivo, y así sucesivamente hasta el fin de los siglos; porque esta es mi voluntad, y en cosas de cada uno nadie tiene que mezclarse; siempre tuve mis opiniones como mis vestidos, y cada dia me puse uno, en lo cual batuecos hay que no tienen nada que echarme en cara.

» A propósito de batuecos, declaro que los

batuecos no son tales batuecos por mas que lo parezcan: me arrepiento de habérselo llamado, siendo esta una de las primeras cosas de que me retracto, y agradeciéndoles sin embargo la bondad con que han llevado esta impertinencia mia.

» Arrepíentome en la hora de la muerte, y me pesa, de lo poquillo que en esta vida he sabido, porque no me ha servido sino de dogal, y hago voto de no volver á saber cosa de provecho si de esta me saca con bien la Divina Magestad; y si hubiese de resucitar, como ya por su gran poder en ocasiones se ha visto, lo cual sin embargo no creo que se guarda para pecadores como yo, prometo de no volver á mirar libro alguno sino por defuera, dando siempre mi voto por la pasta."

Aquí fue preciso reforzarle algo, lo que logramos leyéndole algunos rengloncitos de las últimas loas, por ser muy espirituosas: moríanos por instantes, pero algo respuesto siguió: «En cuanto á mi amigo, que dice lo es, Andrés Niporesas, que no firme en mis disposiciones testamentarias, aunque fuere de ellas testigo, sin embargo de que ya veo que no está presente. Insisto con todo en lo dicho, porque he conocido testigos ausentes. Si da cuenta al público de mi fallecimiento, como es de esperar, que no firme tampoco. Y esto lo dispongo así, porque no parezca burla ó

chacota mi muerte ni mi arrepentimiento si ve el público malicioso que concluye con lo de *Niporesas*.

»Mándole que me agradezca esta satisfacción que de mi voluntad le doy, puesto que pudiera escusármela; á muchos conozco yo que cuando mandan no dan nunca satisfacciones, y tengo para mí que no van descaminados.

»Item mas: digo que hay amigos en el mundo (si bien yo he dicho lo contrario), pues los tengo yo, que es cuanto hay que decir en la materia, y es la prueba de las pruebas.

»Item: digo que en la Corte no hay vicios, á pesar de mi segundo número, donde me dió por decir que sí. ¡Válgame Dios por decírmelo todo!

»Item: confieso que el público es ilustrado, imparcial, respetable, y demas zarandajas que de él se cuentan. Y si he dicho lo contrario, preciso es que haya estado loco para desconocer simplezas de tanto bulto. Verdades serán cuando todo el mundo las dice.

»Item: declaro que á veces he dicho las cosas como no las quería decir. No importa mucho, porque creo que de cualquier manera que se digan es como si no se digieran. Hay cosas que no tienen remedio, y son las mas.

»Item: afirmo ahora que los versos de circunstancias nunca son malos, si vienen á pelo,

por malos que sean, porque cada cosa es relativa á otra cosa, y si no me entendiesen lo que quiera decir en esto, ¡cómo ha de ser! Ahora estoy muy depriesa para detenerme á explicarme mas claro.

»Ea pues, hijos, yo me muero todo: tomad para vos este escarmiento: antes de hablar, mirad lo que vais á decir; ved las consecuencias de las habladurías. Si apego teneis á vuestra tranquilidad, olvidad lo que sepais; pasad por todo, adulad de firme, que ni en eso cabe demasia, ni por ello prendieron nunca á nadie: no se os dé un bledo de como vayan ó vengán las cosas; amad á todo el mundo con gran cordialidad, ó á lo menos fingidlo si no os saliere de corazon, con lo cual pasareis por personas de muy buena índole, y no como yo, que muero en olor de malicioso porque he querido dar á entender que de algunos países nunca puede salir nada bueno... en fin... muero... á Dios... hijos... ¡de miedo!!”

De ésta manera, habló lo que tenia que hablar, y espiró á poco rato. Vímosle caer en la almohada, y no se le volvió á oír palabra: solo si debió rendir el alma á manos del último accidente del miedo; pues se tapaba la cabeza con la ropa como si viera fantasmas; huía, temblaba, se escondia y se ponía el dedo en la boca, postura en que murió. ¡O inescrutables fines de la Providencia, que castigas sin palo ni piedra! Apostára yo,

señor don Andrés, que no veía en aquel terrible momento sino duros enemigos, censuras amargas, y encarnizados criticadores de su vida y hechos... En fin, espiró, lo cual conocimos en que dejó de hablar.

El facultativo, sin embargo, dudando si tendría algun resto de vida, se acercó poco á poco á su oído, y le decia á grandes voces.— ¡ Señor Bachiller! Vuelva en sí y repare qué versos tan malos andan por esos mundos, qué autorcillos tan miserables, y qué traducciones tan malas el público aplaude, y qué de cosas buenas desprecia... Mire v. m. que tiene aquí á media docena de necios: este es un elegante, aquel un enamorado, el otro un amigo, el de mas allá dice que es un sabio, el otro es un militar, y el otro un abogado; todos se tienen por hombres de importancia. ¿No les decís nada?—Entonces, haciendo el último esfuerzo, cogió algunos periódicos españoles, púsose los sobre la cara, y esperó un momento; pero no rebullendo mi amo, el doctor exclamó con la mayor pena, dejando caer la ropa sobre el difunto:

«Muerto está; cuando nada dice á todo esto, ni un soplo de vida le queda. En paz descanse.»

Esta fue la muerte de mi señor Bachiller, que lloraré hasta que llegue el momento de la mia.

Registráronse sus papeles en cuanto murió; pero hallamos medio quemado un gran legajo

que los contenia; dímonos á entender que habria tratado en sus últimos momentos de juntarlos y dar con ellos en el fuego; acaso las fuerzas le habrian faltado, y asi quedaban varios fragmentos enteros que el público conocerá tal vez algun dia si aciertan á caer en manos de algun editor escrupuloso que los espurgue de la mucha cizaña que deben necesariamente tener. La imaginacion de quemarlos nos hizo caer en la cuenta de que su arrepentimiento habria sido verdadero, y válida su retractacion.

Nada diré del entierro, que fue muy comun: solo advertiré que nadie se atrevió á hablar en él, antes todos mirábamos atentamente al féretro por ver si hablaría aun despues de muerto.

Queda con esto, señor don Andrés de mi alma, muy de v. m. el escribiente privado mas afligido que nunca tuvo escritor publico. Ruego á v. m. que encomiende al señor Bachiller, que tan amigo suyo era, y mande á su criado

El ex-escribiente del Bachiller.”

Esta fue la carta: ¡ murió el que dijo la verdad, y murió dejándose tanto por hablar! ¿No tenias, ó muerte, algun inútil sordo-mudo que sustituir á tan interesante víctima? ¿Quién nos dirá de aqui en adelante que no hay mas que sinrazon en la tierra? ¿Quién nos dirá que el que no es tonto en el mundo es pícaro, y que

los más son tontos-pícaros? ¿Quién nos dirá que no hay orgullo nacional, que no hay quien conozca sus deberes y cumpla con ellos, que no hay literatura, que no hay teatros, que no hay autores, que no hay actores, que no hay educación, que no hay instrucción? ¿Quién, en fin, nos dirá tanto como se ha dejado por decir?

Juzgue ahora el lector desapasionado si tan horroroso golpe me deja espacio ni humor de hacer mas largas reflexiones.

No; mi silencio dirá mas que mis amargas quejas.

Yo te consagraré una memoria, mi querido y malogrado Bachiller, siempre que un abuso, siempre que una ridiculez se atraviese delante de mis ojos, siempre que la injusticia me hiera, que me ofenda la maldad, que me desconcierte la intriga, y que el vicio me horrorice. Yo en defecto tuyo, cuya censura podia reprimir en algo á los batuecos, rogaré á Dios y á santa Rita, abogada de imposibles, por la prosperidad de nuestra patria, que tantos nos anuncian con tan fáciles como inconsideradas promesas.

Andrés Niporesas.

CARTA
PANEGÍRICA.

CARTA
PANEGIRICA.

CARTA PANEGÍRICA
de
ANDRÉS NIPORESAS
Á UN TAL
Don Clemente Diaz,
GRAN POETA Y LITERATO,
EN CONTESTACION Á CIERTA SÁTIRA
contra el
POBRECITO HABLADOR.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Febrero de 1833.

CARTA PANEGIRICA
de
ANDRÉS NIPORESAS

A UN TAL

Don Clemente Diaz,

GRAN NOTARIO Y LITURATO

EN CONTESTACION A CIERTA SATIRA

de

POBRE CITO HABLADOR

MADRID

Se hallará á 2 reales en la librería de
Escamilla, calle de Carretas.

Válgame Dios, señor don Clemente Diaz, y qué vehementes deseos tenia yo de que saliera á la palestra, armado de punta en blanco, todo un paladin, como vuestra merced parece, contra mi amigo el buen Bachiller Munguía. ¡Ya decia yo! Alguna desgracia debe de haberle ocurrido al señor don Clemente Diaz cuando ni su conocida reputacion, ni su espíritu caballeresco, ni su mucho fondo de literatura han sido parte para obligarle á manchar cuatro páginas contra el impertinente Bachiller. ¡Gracias á Dios que nos ha quitado vuestra merced tan grande duda y sobresalto! Yo le juro como soy Niporesas que su enemistad y su intervencion hacian falta notable á la buena fama de mi amigo Munguía. ¡Vuestra merced tan comedido y tan

mesurado en toda su vida, como ha dicho cierto autor moderno, que nadie le conocia por poeta ni por literato hasta la presente? Verdad es que esto de no conocerle nadie ni por uno ni por otro, mas que de no ser digno de verse como tal por todas las Españas pregonado, dependia de esa fatalidad que han de tener todos los hombres de pró de ir acompañado su mérito de la mas perfecta modestia. Esta es la causa que ha debido tenerle hasta ahora tan atrasado en el concepto público. Pero no hay cuidado; todavia es tiempo de remediar, mal que bien, el daño que le ha causado su modestia referida; háse roto la nube caliginosa donde estaba malamente escondido su mérito, que solo puede ganar con ser bien conocido, y ya amanece vuestra merced, como un astro apagado por las puertas del oriente de la literatura.

La primera idea cuando tuve la primera noticia de que un literato (entonces no sabia yo todavia que habia de ser vuestra merced) iba á escribir contra el Bachiller, sépase que fue acrivillarle á sátiras y folletos, y no dejar en sus es-

critos pedazo entero y sano tamaño como una avellana, ó como la especulacion de vuestra merced, que todo es comparar. Pero luego que supe que era el impugnador un hombre tan conocido como don Clemente Díaz, guardárame yo muy bien, dije para mí, de seguir en tan loco empeño; á mas de respetarle como si fuera el mismo cólera-morbo, vínome á la imaginacion que debia de haberse hecho con su bien hablado folleto un numeroso partido, compuesto todo de los ofendidos por el Hablador. ¡Qué de usureros prestamistas y qué de calaveras tramposos no miro ya en derredor suyo dispuestos á defenderle, qué de libreros mándrias, qué de autores silvados, qué de poetas éticos de circunstancias, qué de capitanes de ocho años y de vistas ciegos, qué de queridas de intendentes, qué de públicos de todas especies, qué de perezosos de aquellos de *vuelva usted mañana*, qué de actores batuecos, qué de batuecos convidadores, qué de gentes, en fin, que ni escriben ni leen, ni leen ni escriben, ni hablan, ni oyen, tendrá dispuestos á sacar la cara por sus escritos!

Verdad es que ellos son tales que no han menester encarecedores ni abogados; ellos solos se recomiendan por ser quien son, y por ser de mi señor don Clemente Diaz, autor tan famoso en las edades futuras; porque es de advertir que si quiere llevar tan alto epíteto, solo de esa manera ha de ser, pues que ni ya lo fue en los tiempos pasados, ni menos lo es en los presentes; culpa no de él, sino de los demas, que ignorabamos, como unos bestias, que teniamos un hombre siquiera en el pais, y que ese era don Clemente Diaz.

Héme propuesto hacer su elogio, porque ha de saber que si tiene algun apasionado, ese soy yo, y para que vea si soy amigo suyo, ha de tener entendido que yo sé que ha escrito un folleto, y esto prueba el interés que por sus cosas me tomo, atendido que no lo sabe nadie sino yo, el cartelero que ha puesto los carteles, y v. m. que lo sabrá tambien, pues es sin duda hombre que sabe lo que hace. Y uno de los motivos que me precisan á escribir esta carta es el deseo de que lo sepa el público; en saliendo lo

sabremos todos; pero sépase ó no se sepa, el caso es que v. m. ha escrito un folleto, y que este folleto es de don Clemente Diaz, lo cual será una verdad eterna, aunque nadie mas que él y yo lo sepamos, porque no dejan las cosas de ser ciertas por no ser sabidas, y pondré un ejemplo; supongamos por un momento que v. m. tiene talento, pero que esto no lo sabe nadie; ¿dejará por eso de existir el talento de v. m. en su cabeza ó en cualquiera otra parte del cuerpo (que ni esto está averiguado, ni yo ignoro que cada uno tiene su poco ó mucho talento donde buenamente puede)? Dígame v. m., ¿dejará de tener el tal talento porque nadie lo haya podido traslucir hasta ahora? Ya se ve que mi argumento no tiene respuesta.

No quisiera yo, por lo mismo que soy tan apasionado suyo, que se creyera parcial mi elogio; esto es ¡vive Dios! lo que me da pena, porque si digo que es malo el folleto, y hablo mal de don Clemente Diaz, me han de responder luego, no que es gana de disimular nuestra amistad, sino que se descubre la que á mi amigo el

Bachiller profeso; y si digo que es bueno, dirán que me burlo de mi señor don Clemente Diaz, y ¡voto va! que si tal dicen, mienten y remienten cuantas veces lo dijeren, que ni yo me burlo de v. m., ni yo ignoro lo que vale un don Clemente Diaz en estos tiempos tan escasos de poetas buenos y de literatos profundos.

Dígame sino; si v. m. no acertára á tomar cartas en el juego, y á sacar la cara por los abusos y necedades criticados en el Hablador, ¿quién diantres la habia de haber sacado? Quedáranse los necios menesterosos sin amparo ni defensa, que fuera gran lástima.

No me dieran á mí otro trabajo que probar hasta la evidencia que v. m. no solo es literato, en cuanto á que tiene esas letras tan gordas que dice; sino tambien caballero y generoso, amigo de enderezar tuertos y desfacer agravios. Prenda muy recomendable en estos tiempos tan egoistas que alcanzamos, y mas para él, que de esa suerte podrá enderezar el que á sí mismo se ha hecho con su folletillo, por lo cual aunque no fuera

tan literato como es, habia de bastar aquella prenda para hacerlo pasar por hombre de bien, ya que no por poeta, como le sucedia á don Eleuterio Crispin de Andorra; y tambien le juro á v. m. que vale mucho mas ser hombre de bien y salvar su alma que hacer buenos versos, sino se pudieren reunir entrambas cosas, lo cual seria lo mejor. Por ejemplo, ahí tiene v. m. á un Arouet (ya sabrá quien es, y si no yo no se lo puedo decir mas claro). ¿De qué le parece á v. m. que le sirvió hacer su Zaira y su Mahoma, con otras frioleras de gusto, si á la hora de esta debe de estar probablemente hecho un torrado en los profundos? Esto es lo que me da rabia cuando leo un hermoso trozo de Homero, y aun de Virgilio; siempre arrojo el libro diciendo: ¡qué lástima que estos hombres no fuesen buenos cristianos, y hombres de bien como don Clemente Diaz! Pues ¿y cuando leo á Horacio, á Juvenal y á Persio, y á Bóaló, como v. m. escribe, ó Boileau, como se llamaba él y escribimos nosotros? Entonces me ocurre al momento la misma idea que á v. m. Si los

abusos no se han de corregir por mas sátiras que se escriban, ¿para qué escribirlas? Eso mismo digo yo; por ejemplo: si mi amigo el Bachiller no ha de dejar de hablar, aunque mas escriba v. m. folletos, ¿para qué es cansarse en escribirlos? Eso digo para mí, y ya le hubiera citado á v. m. en varias ocasiones y en diversas casas si no fuera porque, á pesar de lo famoso que ha de llegar á ser con el tiempo si sigue escribiendo folletos, no gusto nunca de hablar por boca de ganso, sino decir mis ideas tales cuales son, y mas que no se asemejen á las de don Clemente Diaz, que todos no es posible tengamos las mismas ideas, como v. m. conoce mejor que yo.

¡Ay qué bien ha hecho su maestro de primeras letras en ponerle á escribir! porque yo supongo generosamente que cuando empezó el folleto ya sabia leer de corrido; no porque yo crea que necesita irse soltando su estilo, que ya anda demasiado suelto, sino porque si lo hemos de leer no hay otro medio sino que v. m. lo escriba, ¡Y cómo conoció el pícaro del maestro lo que podia

prometerse del buen ingenio de don Clemente Diaz! ¡Apostára yo el valor del primer ejemplar del folleto de v. m., si es que se ha vendido ya, á que son para él las utilidades! ¡Y cómo lo ha entendido el muy ladino!

¿Como cuánto tiempo hará que vuestra merced hace versos, señor don Clemente Diaz? ¿Cómo fue el descubrir v. m. que tenia esa estupenda habilidad, en sazón de estarse publicando los Pobrecitos Habladores? Otra preguntilla, y es la última por ahora. ¿Como cuántos años podrá tener v. m.? Porque si como es de ingenioso es de precoz, ¡voto á Apolo que es una maravilla mi señor don Clemente Diaz! ¡Y qué bien pone la pluma, y cuánto sabe!

Sabe, por ejemplo, hacer él solito palabras compuestas, como v. gr., satiricomanía: sabe citar á Don Manuel Breton de los Herreros y poner su epigrafito y todo, que es un contento. Sabe que el famélico vate no debe lamentarse de lo que se lamentaron otros, sino que cada uno se lamente solo y de cosa distinta, y antes de lamentarse tenga buen cuida-

do de averiguar y saber si se lamentó otro de aquello mismo, y si no, no lamentarse. Si á su merced, por ejemplo, le salieran unos ladrones á robarle y le aporrearan, su merced, que es *vate famélico* segun parece, no debiera lamentarse más que le hubieran llenado de chichones el occipital ó el frontal, porque ni su merced sería el primer aporreado, ni el primero que se ha lamentado de algun aporreo. Asi que todo el toque del escribir está en hacerlo con anterioridad á los que han escrito antes que uno, cosa muy sencilla mirándolo despacio. En esto sigue don Clemente Diaz su misma regla; por no repetir ideas de otros, tiene él las suyas hechas de tal manera que ni yo las vi iguales, ni parecidas, en autor alguno que le haya antecedido, ni espero ¡qué esperar! que ningun hombre de talento pasado, presente ni futuro diga las cosas que don Clemente dice. ¡Tanta es su originalidad y su deliciosa estravagancia!

Sabe decir su merced que gustara acaso Péro si escribiera solo, añade que tambien Juvenal gustara con la misma

circunstancia, y concluye diciendo que tambien otros ciento gustaran si escribiran solos. Me recordó este paso chistoso, capaz de hacer reir á cualquiera, como sin duda se lo ha propuesto el graciosísimo señor don Clemente, el lance aquel de los doscientos gallegos que volvian de la siega y se dejaron robar porque venian solos.

Don Clemente sabe ademas hacer metáforas, entre las cuales no son las de menos donosa invencion aquella de que el mundo con muletas anda cojo, la otra del agostado juicio de mi amigo (*¿si aludirá á que se casó en agosto?*), la otra de dejar ir su mente á rienda floja, y aquella otra tan revuelta y enmarañada y llena de escondrijos y retortijones que dice que exprime el Bachiller el corto zumo de su ingenio para deshacerse en humo de sandeces por cojer un premio de humo. Esta, esta es la que debe de haberle costado mas noches de no dormir y mas dias de no pensar, y por fin la de los timbres de la nobleza que de la gloria en la mansion habita y eleva sobre el tiempo su cabeza; y la lindísima de aquel fantas-

mon de arroyuelo que tenia *arrogante es-rilo* (decir estas cosas es el único modo seguro de no parecerse á ningun otro buen autor). Esto es lo que se llama tener gracia natural para hacer reir, ¿y con qué arbitrio tan sencillo? Con solo reunir don Clemente en sus ratos ociosos palabras de aqui y de alli, barajarlas, y ver qué efecto producen; y mas que no representen ideas que tengan relacion entre sí, en cuyo caso se desbarataria gran parte de la gracia del juego.

Sabe don Clemente Diaz hacer versos aconsonantados sin consonante, cosa que no ha acertado á conseguir ni ha intentado siquiera ningun poeta ni famoso, ni sin fama, como cuando hace consonar *velas* con *vendaba*. Tan cierto es que solo al genio le está reservado abrir sendas desconocidas! Esto me trajo á la memoria aquel otro caso tan sabido del juego de prendas, en que se apuraba una letra y era la g; habia dicho alguno *guitarra*; á usted le toca ahora, señorita, dijo á la persona siguiente el que llevaba el juego, á lo cual contestó ella con gran prisa y raro tino *violin*, y

calló con aquel aire de satisfaccion y desembarazo que tiene el que ha salido triunfante de un grande apuro.

Consonante á *velas*... Vamos, don Clemente, en *elas*. — ¿En *elas*? ; *vendaba*! ; Bravo, don Clemente! ; Ven ustedes? Ya salimos del paso.

Recuérdame esto otro cuentecito que me contó mi maestro: un poeta nuevo, como vuestra merced, señor don Clemente, tenia que hacer una oda á un amigo suyo, á quien habian sacramentado; él habia visto que en las odas solia haber unos versos cortos y otros largos, y dijo: si en eso consiste, odas haré yo tambien, que es lo que á v. m. le habrá sucedido con los tercetos: hizo, pues, su oda, y describiendo la mala noche concluía una estrofa con estos dos versos, el uno quebrado y el otro tan entero como un burro garañon.

«Y era tan fuerte el viento,
que se apagaban las hachas de los que por purísima devo-
cion iban alumbrando al Santísimo Sacramento.»

Bien es verdad que si v. m. tenia que decir precisamente la palabra *vendaba*

por razones particulares que ignoro, y que él acaso sabrá, aunque hubiera habido mas arriba de velas por el mar del *frívolo*, que aunque no está en el mapa, culpa de los mapistas, sabe v. m. muy bien cual es, no era cosa de andarse horas enteras á buscar consonante en *elas* para decir otra cosa que lo que queria decir; primero es la verdad que el consonante, y ser franco que ser poeta; y volvemos á aquello de la hombría de bien; ya sabe v. m., señor don Clemente, que para ganar el cielo no se necesita tener el oido muy delicado. ¿Quién sabe si á v. m. le sonará lo mismo *velas* que *vendaba* por la regla de apurar la letra y empezar todo con V. *ohibebona* *no* Lástima grande que no habite encima del cuarto de v. m. algun poeta para que hiciese con él lo que Pedro Corneille con su hermano Tomás: aquel tenia hecha, como v. m. no sabrá, una trampilla en el piso de su habitacion solo para pedirle en los graves apuros consonantes á su hermano, que vivia debajo de él. *29* *v. m. sup habrev es noil*
 Dígame v. m. la verdad, como si

nadie nos oyera. ¿Vuestra merced entienda los consonantes al revés, y cree que han de consonar las palabras por el principio ó por el fin? En ese caso le sucederá lo que á aquel cochero beodo que montó la mula al revés, y tomándole el rabo por riendas, arreaba y pegaba latigazos á su inocente coche.

Sabe el señor don Clemente ademas que todo el que no sea hombre de talento debe domar toros, de donde se infiere que todos los tontos deben ser vaqueros, y que la clase de vaqueros debiera ser la mas numerosa de la sociedad, por que los mas son tontos, como v. m. sabe. V. m. debe saber mucho de domar toros, á no ser que haya dicho lo del *toro* por ser su satirilla en tercetos, y haber de consonar con *oro* y *tesoro*, en cuyo caso no he dicho nada, y tiene él razon, á pesar de que otras veces no se pára en consonantes, y teniendo su *vendaba* á mano para estos casos apurados no habia necesidad de recurrir á la tauromaquia.

¿Y qué de cosas mas sabe v. m.? ¿Apostamos algo á que sabe tambien dónde tiene la mano derecha?

¿Con que ha leído v. m. á Juvenal, y á Pérsio, y á Boileau? ¿Y qué mas libros ha leído v. m.? ¿Como á qué edad empezaria mi señor don Clemente Diaz á leer? ¡Vaya que es un centon mi señor don Clemente Diaz! ¿Ha leído v. m. tambien el Hablador que critica? Porque ya veo que es muy capaz de leer hasta lo que no está escrito, y hasta de escribir lo que no se haya de leer. Yo, amigo don Clemente Diaz, no leo tanto, á pesar de que he leído el folleto de v. m., que, sin vanidad, ni hay muchos que puedan decir otro tanto, ni habrá uno solo que me niegue que se necesita para ello tener afición decidida á la lectura.

En lo que tiene razon es en decir que los poetas no han de buscar con que vivir, sino gloria, y yo estoy seguro de que él no busca mas que gloria, como se echa de ver en aquello de regalarnos el folleto por dos reales cada ejemplar, que atendido su mérito, es lo mismo que decir *de valde*; asi que la gloria debe de ser para v. m. una especie de maná, si bien yo tengo para mí que no ha de echar muchas carnes con la que le ha

valido su folleto; imagino que le ha de costar algunos dias el digerirla, pues tengo entendido que es alimento fuerte para estómagos flacos. Ni es justo que el poeta vea su comedia, ni que se le premie por ella. ¡Disparate! ¡Cómo se conoce que no ha hecho don Clemente Diaz ninguna comedia! No porque no haya podido, sino por no emporcarse las manos con las medallas de plata carcomidas que suele cobrar el poeta. Supuesto que don Clemente cobra en laureles, ¿como cuánto laurel vendrá á tener v. m. hacinado en su casa? Vamos serios, don Clemente Diaz, hagamos una especulacion, que como nos lo ponga á un precio moderado, ¿quién sabe si pudieramos hacer negocio?

Hánme dicho malos amigos de su folleto que es gran lástima que no tenga mas gracia de la que tiene, porque á tenerla todos nos hubieramos divertido, y v. m. el primero.

No haga caso de habladurías, que si se parára en lo que dicen era cosa de no volver á escribir. Lo único que le aconsejo yo es que cuando diga verdades las

diga claras y no se ande con rodeos, de la pieza remendada en prosa, sino que la nombre; diga los verdaderos defectos del Hablador, y si no los conoce acuda á nosotros el Bachiller y yo, que somos uña y carne, y se los hemos de apuntar; algunos tiene que v. m. se ha dejado en el tintero.

Esperamos, pues, señor don Clemente Diaz, que siga en otras sátiras y folletos corriendo tras de la gloria por si la puede alcanzar, aunque ella va de prisa y le lleva bastante delantera: si bien el Hablador no admite ni da contestaciones; yo, que soy su amigo, á quien no alcanza el entredicho, le podré contestar; y si no le contestase mas, lo cual es muy posible, no por eso se desanime, sino escriba y versifique, y no defraude malamente á la posteridad del fruto que podrá sacar de sus vastos conocimientos: tenga entendido que ha nacido para escribir folletos, y todo lo demas es errar la vocacion y no cumplir con la obligacion que traen al mundo los hombres grandes de ilustrar á sus semejantes, si es que v. m. tiene semejantes: yo por mi parte le ase-

guro por la fé de caballero, que aplicándose ha de llegar á hacer sátiras muy regulares, lo cual debe v. m. hacer tanto mas cuanto que puede vivir seguro de que encontrará siempre en mí un panegirista zeloso de su gloria, y de que no se menoscabe en nada la colosal reputacion que tiene adquirida en el mundo literario, como Clemente, como Diaz, como poeta y como satírico, y mas que perjudiquen á los intereses del Bachiller sus claras luces y sus terribles impugnaciones.

Andrés Niporesas.

Nota. Sabedor el autor de esta Carta de que se ha introducido la moda de terminar las cuestiones literarias por medio de *duelos* ó *quebrantos* de huesos, advierte al público que en su redaccion no se admiten palizas ni desafíos.

guo por la fe de caballero, que aplican-
dose ha de llegar a hacer otras muy
regulares, lo cual debe v. m. hacer tan-
to mas cuanto que puede vivir seguro, lo
que encontrar siempre en mi su pa-
trista zeloso de su gloria, y de que no
se menoscabe en nada la colonial republi-
ca que tiene adquirida en el mundo li-
terario, como Clemente, como Diaz,
como poeta y como satirico, y mas que
perjudiquen a los intereses del Bachiller
sus claras luces y sus terribles impugna-
ciones.

Madrid 17 de Mayo de 1764.

Nota. Sabedor el autor de esta Car-
ta de que se ha introducido la moda de
terminar las cuestiones literarias por me-
dio de humor ó quebrantar de humor, ad-
vierte al publico que en su redaccion no
se admiten burlas ni dardos.

lletos, y todo lo demas es errar la voca-
cion y no cumplir con la obligacion que
traen al mundo los hombres grandes de
ilustrar á sus semejantes, si es que v. m.
tiene semejantes: yo por mi parte le ase-

